



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borja, Borrego, Bueno, Bremon, Bréton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cusó, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Díaz José María, Durán, Duque de Rivara, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fábila, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Malina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Laxama, Lopez Guíjarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ross y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Velez (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Diciembre de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

ADVERTENCIA.

Con el número próximo repartiremos á nuestros suscritores la portada y el índice correspondientes al año de 1881.

SUMARIO.

Un año (alegoría), por D. Miguel Moya.—Ciencia y arte, por D. Antonio Arruti.—Espiritu griego y romano, por D. Eusebio Asquerino.—Concepto actual del Cosmos, por D. J. Rodríguez Mourelle.—Los soldados de la Revolución: Hoche, por D. P. Ruiz Albistur.—La población de América: su aumento en la República Argentina, por D. Héctor Florencio Varela.—Apuntes históricos sobre los reinos de Taifas, por D. Antonio M. Duimovich.—Revista americana, por D. P. de Navarrete.—Las lenguas, por don Francisco de P. Muñoz.—Venezuela, por D. M. Nuñez de Acer.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Suelto.—Anuncios.

Ni ha habido en el exterior suceso alguno digno de que el interés y el renombre le acompañen, ni entre nosotros pueden contarse muchas novedades. Las que merecen ser comentadas, bien pueden esperar algunos días más. Que esperen. Ahora que no se oye hablar más que de balances, justo es que hagamos nosotros el de cronistas.

UN AÑO.

(ALEGORÍA).

Como los niños precoces de quienes dijo el Gloucester de Shakespeare que mueren pronto, los años, nacen condenados á pasajera vida.

Apenas vista la cara cubierta de nieve del año que nace, el que se va desaparece perdiéndose en lo infinito del tiempo, como la deshecha nave combatida por las olas en un día de tempestad, desaparece hundiéndose en lo profundo de los mares. ¿Quién llorará sus desventuras? Dejémosle pasar. Va triste, lloroso y aterido de frío. Se esconde como un mal pensamiento. Piérdese al fin. Libre el año joven de tutelas, entrégase bien pronto á los ardores de una loca alegría. Pero no le condenemos. La culpa no es suya, es del Carnaval que ha jurado pervertir á todos los años y que no quiere por lo visto ser perjuro.

Bailes de máscaras, fiestas magníficas, exposición inmensa de caretas le precedieron; turbas estudiantiles recorriendo gozosas durante la noche, calles y plazas entre alegre rasguear de guitarras, repicar de panderetas y gritos de contento le

precedieron, y el séquito variado y brillante de otras veces le acompaña. ¡Qué lástima que tenga que morir tan pronto! Hace una mueca entre horrible y graciosa; sacude al despezarse, con las conmociones extrañas del cuerpo, los sonoros cascabeles del vistoso traje; mira inquieto á un lado y á otro como pájaro prisionero que busca la salida de su cárcel de alambre; ve el domingo de Piñata abriéndole las puertas de la mística Cuaresma llena de ayunos y abstinencias y desaparece entrándose por ellas cargado de caretas descoloridas, bromas de alquiler y trajes de seda que las manchas del vino, miradas por el sol semejan moire, como desaparece por escotillon un diablo de teatro dejando tras sí rojiza llama que muere apenas vista.

La decoracion ha cambiado. No representa el pátio de una casa de locos, sino el severo pórtico de un templo. La careta sustituida por el tosco sayal del asceta, la orgía por el ayuno, la atronadora carcajada por el rezo ferviente. Ya tenemos en casa á la Cuaresma.

El campo se llena de flores y las iglesias de devotos. Desde las copas de los árboles, que empiezan á cubrirse de hojas y verdor, la compañía de ópera más charlatana, menuda, movidiza y primorosa que darse puede atruena el espacio, con trinos y gorgoros, risas y lágrimas de ignorado idioma; y desde la gótica nave suben á la region divina entre nubes de incienso las plegarias ardientes de la fé.

Aquella deleitosa vida cantada por Virgilio; los recuerdos del viejo Silvano; el labrador que con el corvo arado abre la tierra pródiga en frutos; la verde espiga que sube audaz hasta que el peso de su cabeza la rinde; los chaparros y las madroñeras detrás de los que los ejércitos de liebres y perdices se encastillan. hacen adorable y paradisiaca la vida del campo. Hasta el sol parece que al visitarnos en tales días nos encarga guardar silencio. Nos acercamos á esta época con el mismo cuidado que á una cuna ó con el mismo respeto que á un sepulcro. Y eso es. Nos acercamos á la naturaleza que renace: al sepulcro del hijo de Dios muerto. Por todas partes nos salen al paso saludando cortes, el aroma de las violetas y un ejército de recuerdos de pasados días. Recordar, es el consuelo de los que han sido felices; esperar, la dicha de los que nunca han sido dichosos.

Si la Cuaresma es la época de las abstinencias y de los ayunos, es al propio tiempo como arco de flores por donde la Pascua de Resurreccion entra alegre y risueña con sus procesiones de ángeles, sus solemnes fiestas religiosas en el magestuoso

templo, cubiertos los altares de oro y de rosas; sus giras campestres que recuerdan los cuadros de Teniers, y sus funciones de tauromaquia en las que allá en lo alto del arenoso circo, véanse los palcos convertidos en guirnalda de caras bonitas y abajo en el redondel escenas dignas de las aguas fuertes de Goya.

Abril está cerca. Ha robado á Febrero el privilegio de ser loco y ejerce casi siempre. Así nos explicamos que un día sofocado y ardiente por la visita del sol, nos haga pensar con su trato cariñoso y afable en la proximidad del caloroso estío, y que al siguiente se ponga serio, se le anuble el rostro, lance contra nosotros torrentes de su ira, lluvia y granizo, amenace convertirnos en estatuas de nieve y no tenga para los que tanto esperábamos de su venida, otra cosa que la herencia de Marzo, el campo que verdeguea, la lenta y parsimoniosa resurreccion de los árboles y un derroche de lilas que se disputan nuestras miradas en las puertas de los templos, en los tios de los balcones y en el peinado de las mujeres bonitas.

Los días calorosos se anuncian más tarde como hulanos del estío y á poco el grueso del ejército acampa entre nosotros con sus pertrechos de sestas, trajes de dril, noches de hermosa luna, baños de sudor y sombreros de paja. Recibiéndole sin imitar el ejemplo de Zaragoza no como traidores nos vengamos de la odiosa tiranía del invierno. Una sonrisa del verano basta para que el mundo se llene de frutos y los hombres de alegría.

Los pensamientos, verdaderos cómicos por la variedad de trages con que saben presentarse en escena; los claveles reventando de orgullo; las rosas encendidas como el rubor ó blancas como la inocencia; los geranios, la avara azucena, que hasta momentos antes de morir no quiere enseñarnos los hilillos de oro que encierra, los hermosos jacintos y la presumida dalia, coqueta impenitente sin otro mérito que el de saber guardar bien las apariencias, nos salen al paso en todos los jardines. ¿Qué ruido es ese? Silbatos que siguen la carrera de críticos y voces que pregonan rosquillas. Verbenas tenemos.

A un lado y á otro de las puertas del estío, como á un lado y á otro del Bidasoa los carabineros españoles y los gendarmes franceses, están San Antonio de Pádua, con su ramito de azucenas, y San Juan Bautista con su concha de nácar en la mano y su banderita de paz. Pero no para impedir el contrabando. Aprovechando la poesía de que está impregnada la atmósfera y la tibia luz de la luna, sonrisa de la noche, solo se siente mas claro y distinto que otro alguno el ruido del amor

que pasa, y aun cuando el amor necesita certificado de origen y sello de marchamos, los aduaneros del estío hacen la vista gorda y no hay que temer registros ni aprehensiones. Esta tolerancia, sin ser interesada, ha valido mucho á los dos santos. A ella deben que se les espere con verbenas, que se les salude con alegre música popular y canturreo de coplas, que se pongan ante su paso rosquillas y aguardiente; que se madrugue mucho para verlos entrar y que les regalen su aroma mil tientos de claveles y albahaca. Solo los miran con malos ojos los bizcos y los estudiantes que despues de ocho meses de continuo trabajo en la viña de la pereza, encuenstran, en vez de notas, calabazas, fruta que por este tiempo se cosecha con gran abundancia en Universidades y escuelas. Protestemos contra estas malas intenciones de los estudiantes desaplicados y convengamos en que tienen mayor razon para quejarse las niñas casaderas y los actores dramáticos.

Antes San Antonio, sin inquietarle el venir cargado con el precioso niño, las traía en un bolsillo de su sayal de penitente, todos los maridos de encargo que le habian pedido en sus rezos con verdadera devoción; antes San Juan autorizando bondadoso en las riberas del Manzanares, galanteaba, discreto, citas amorosas, encuentros, tapadas y desafíos, daba asunto para infinitos dramas y comedias; ahora se han asustado de su generosidad ó de nuestra civilización y ¡adios regalos!

El presupuesto de gastos ha concluido con las grandes remesas de maridos. Los faroles de gas y los agentes de Orden público han acabado con la poesía de los desafíos en medio de la calle, y los robos por las alcantarillas con la grandiosidad de un rapto.

Difícil es soportar con paciencia la conversacion de un necio, la prosperidad de un enemigo ó la guerra de un envidioso; pero más, mucho más difícil es resistir todavía la subida del termómetro. En cuanto á este caballero se le antoja pasar de los treinta y cinco, Madrid deja de ser una ciudad animada y bellísima, para convertirse en un desierto; se hace un consumo extraordinario de abanicos y sombrillas; se sofoca la gente aunque no riña y huye á todo correr temiendo ser víctima de un martirio semejante al de la Virgen de la Lorena. El mar, por su parte, ha dado tréguva á la obra de destruccion en que se ocupara durante el invierno y ahora descansa. No le domina la fuerza del sol ni la encadena su impotencia; se rinde á la adulación y está orgulloso del tributo que todos le prestan. En las playas del Mediterráneo serenas y azuladas como el cielo de Italia y en las del Océano que este mar cubre, á intervalos con sus revueltas y formidables olas, se ven innumerables viajeros que creían morir abrasados si no encontrasen en el mar un asilo al que sirve de fana! el cielo. Los bañistas se disfrazan como en Carnaval. Y hay náyades y diadras con polison.

La moda al ver fijar en los aparatos de la Anunciadora por carteles, las listas de la compañía de teatros, ha puesto á todas las mujeres que, huyendo del calor salieron de Madrid, un telégrama, diciéndolas que es hora de que se vayan las golondrinas y de que vuelvan ellas. Las mujeres esperaban, por lo visto, la orden, pues es de ver cómo ellas tan perezosas y rebeldes á toda imposición, se han apresurado á cumplirla. Han mirado por última vez desde la playa allá á lo lejos la incierta línea en que el mar y el cielo se confunden; han abandonado con tristeza las calabazas de que se servían para nadar; han lucido el último traje y han tomado los trenes por asalto.

Descorred la cortina de seda azul, que sirve de telón á cada ventanilla de un coche de primera; mirad dentro y á la escasa luz de un farolillo que agoniza, las vereis volver rebujadas en mantas de viaje; el cabello desordenado y polvoriento, la cara pálida, con la palidez que dan la fiebre ó el insomnio, y debajo de los ojos un semicírculo, más bien que amoratado, negro, denunciando que el humo de la máquina se ha entretenido en pintar ojerás. Al abandonar el coche ya están desconocidas. Mientras el marido ordenó encima del asiento los lios y maletas, ó contó los minutos que faltaban para llegar, ó tomó nota de una estación olvidada en la guía, la mujer pidió auxilio á un tocador de campaña, y gracias á él se nos presenta trasformada.

Ya no tiene más que ese color moreno que deja impreso en el rostro el beso del sol, y que es en los meses del estío tan aristocrático como la sangre azul.

—¡Vamos! la dicen las amigas que la esperan en la estación, así que la letanía de los besos acaba.

Y la mayor parte de las veces contesta:

—No. Aguardad. No quiero irme sin él.

El no es el marido, es... el mundo.

A las puertas del mes de Octubre se ha parado el verano. Ya no viste de trasparente gasa, ni trae en sus manos la dorada espiga, ni quema el aire, ni sale de noche para no exponerse á coger una pulmonía. Emigra con las golondrinas y no volverá hasta que vuelvan las golondrinas y le anuncien que ya tiene arreglada la casa.

Aceptad la invitacion tentadora del sol, una tarde de otoño salir al campo, y vereis que ofrece una incomparable variedad de colores y de matices. Pero si quereis gozar de los últimos momentos de alegría de la naturaleza, parecida á los gladiadores y á los mártires en que al morir sonrín, no perdais tiempo, que la vida del otoño es breve. Tampoco puede negarse su inclinacion á la melan-

colía y á la tristeza. Basta ver cómo pone amarillos pámpanos, castañares y robledales, para convenirse de que tiene el color de la ictericia; basta sentir la intensidad del frio para que arropemos todas nuestras pasiones. Hasta el amor siente la calma y se hace formal y sério si los hay; ó se casa ó va con las manos metidas en los bolsillos.

Pronto las cruza como si fuera á hacer una plegaria; inclina la cabeza sobre el pecho; sumérgese en honda meditacion, se nubla su semblante; se dispone no sabemos si resignado ó si gozoso á dedicar veinticuatro horas al recuerdo de las almas benditas; cae de rodillas delante de una tumba y reza un responso. ¡Día de difuntos! ¡Cuántas historias tristes que recordar! ¡Cuántos remordimientos no acallados! ¡Cuántos fingidos dolores que desaparecen como fuegos fátuos! Los cementerios se llenan de luces. Un rio de gente que va á rezar y el mismo rio que vuelve para ir á ver cómo don Juan Tenorio mata una vez más á Mejía y al comendador don Gonzalo; el tin, tan, acompasado, monótono, igual de la campana que toca á muerto; trajes de luto; bazar de coronas para todos los duelos y todos los bolsillos; una frase de cariño ordinario, por seis reales y una frase de cariño superior por dos pesetas.

En sueños, la imaginacion delirante vé, como Dante, llevado de la mano por Virgilio, en el infierno, clamores confusos, suspiros, llantos y gemidos, ruido de manos y de cuerpos que se golpean; como el gran poeta cuando Beatriz le guía en el cielo, la vida paradisiaca, el Empíreo, un rio de luz que corre entre dos orillas esmaltadas de flores.

Despidámonos de los coros de los ángeles que otros coros más bulliciosos nos aguardan en la tierra. Hemos subido muy alto y es preciso bajar. ¡Abajo!

El marcial tambor, la destemplada pandereta, la chillona chicharra, los alegres villancicos y el prosaico, pero nutritivo mazapan, se han puesto de acuerdo para anunciarnos que la Noche Buena quiere hacernos una visita.

Ya se sabe. Como la Noche-Buena camina sin cesar en el peor mes del año, llega siempre á Madrid muertecita de frio y tan cansada que es una lástima verla. Unas veces, sin duda porque hizo estacion á la orilla de algun rio, viene tan mojada, que cualquiera creeria que quiere ofrecernos un baño; otras, deseosa de ocultarse á nuestra curiosidad porque algun dolor la atormenta, se tapa la cara, pues no se ve la luna y la luna es la cara de la noche; casi siempre, para que no la llamemos descortés, detiénese un momento en el Guadarrama, oculta con cuidado la presa de que le despojó y al llegar aquí vierte menudos copos de nieve, blanqueando calles y plazas, de tal modo, que parecen platos inmensos de *chantilli*.

Cansada de viaje tan largo y penoso, más gustaria del reposo que del bullicio, que no puede impedir que se manifiesten las extraordinarias simpatías de que goza. Bien quisieran los madrileños obsequiarla con un espléndido almuerzo, ó mejor con una comida, que es lo más natural y corriente; pero la Noche-Buena no puede detenerse más de lo justo; trae su itinerario marcado; está comprometida á dejar la entrada á las Pascuas, también como ella deseosa de descanso, y hay que contentarse con preparar en su obsequio una cena. A ella asiste sin cumplimiento, gozosa con presidir la más alegre y patriarcal fiesta de familia. Despues se aleja de nosotros sin despedirse, para evitar sensiblerías y ¡adios Noche-Buena! Trescientos sesenta y cinco días han de pasar para que nuevamente la volvamos á ver. ¿Pero qué es eso? El año inclina la cabeza y cae como herido de muerte... ¡Y se va sin habernos dado la dicha prometida... ¡Cómo ha mentido! Esperemos que el nuevo año sea más generoso.

La esperanza es una dicha pintada con humo en el aire.

MIGUEL MOYA.

En el número 21 de LA AMÉRICA, correspondiente al 8 de Noviembre del presente año, página 3, línea octava del artículo *Ciencia y arte*, que concluye con las palabras: «en los párrafos siguientes.» Sustituyendo punto y coma al punto final, debe continuar diciendo: «despues de hacer una rectificación que consideramos de bastante importancia.»

Entre esa adición y el párrafo siguiente, que principia con las palabras: «Cuando se trata, pues,» debe intercalarse el siguiente párrafo completo:

«Cuando tratamos de la electricidad, del magnetismo, del calor, la luz y la invención, como fuerzas ó seres movidos, debe entenderse que nos referimos al *éter*, ejerciendo los movimientos propios para la presentacion de cada uno de esos fenómenos; los cuales, siendo inmateriales, no ocupan lugar y no pueden, por lo tanto, ejercer los cargos de motores ni movidos.»

#### CIENCIA Y ARTE.

La exposicion de esos móviles prueba que el objeto que se propusieron los hombres al asociarse fué el de mejorar su posicion, proporcionando á sus familias el mayor bienestar posible; pero que los resultados producidos por la asociacion, al ménos en las sociedades que hemos mencionado y se consideraban como las más civilizadas de la época, fueron, para la inmensa mayoría de los asociados, enteramente opuestos á los que sus antepasados se propusieron al formarlas; por la tira-

nía que las minorías privilegiadas llegaron á ejercer sobre las masas populares, cuyos derechos dejaron de reconocer.

En vista de tan fatales resultados los más pensadores de los que componian esas masas; aquellos que, aunque con mucho trabajo y con grandes contrariedades lograron adquirir una instruccion superior á la de la generalidad de sus coasociados; viendo que las masas, á que ellos pertenecian, se encontraban abrumadas por el inmenso trabajo que se veian obligadas á ejecutar casi sin provecho propio, y tan sólo para atender á los inmensos gastos que el lujo y el despilfarro de las clases privilegiadas, las guerras continuas y el sostenimiento de los numerosos ejércitos ocasionaban, se dedicaron á investigar las causas que producian su malestar y los medios que deberían emplear para neutralizarlas; llegando á comprender, que la *desunion* y la *ignorancia* de dichas masas constituian su debilidad, aprovechando de ellas las clases privilegiadas para dominarlas.

Recordaron también que los sacerdotes ó sabios lograron compartir el poder con los más fuertes por medio de la *union* y la *instruccion*; comprendieron, al mismo tiempo, que las minorías privilegiadas empleaban como medios para mantener á las grandes masas populares bajo su obediencia, de la *fuerza armada*, mandada y dirigida por ellas, y la *fé religiosa* predicada por los sacerdotes; intimidando á los pueblos con castigos terribles en el trascurso de su existencia, y otros más grandes y eternos despues de su muerte, si no cumplian con los preceptos que esas minorías les dictaban. Continuando en sus investigaciones se convencieron, por fin, de que la fuerza armada sólo podia ser contrarrestada por otra fuerza mayor formada por la *union* de los más contra la organizacion de los ménos; y últimamente, de que á la *fé religiosa* debian oponer la *verdad demostrada* adquirida por la *instruccion*.

*Union é instruccion*, fué, pues, el lema que adoptaron los que en aquella época intentaban emancipar á los más de la tiranía de los ménos; procurando con sus predicaciones inculcar sus convicciones en el ánimo de las masas populares.

Conocidos los medios que debian emplear para conseguir la emancipacion de las masas populares de la forzosa tutela en que las mantenian las clases privilegiadas, los que á su vez iban conociéndolos en diferentes países intentaron aplicarlos á la práctica; y en algunos puntos en que se presentó oportunidad para ello, lo consiguieron por el pronto; pero sólo lograron crear situaciones pasajeras, poco estables, y que se sostenian con dificultad.

Al llegar aquí, creemos conveniente abrir un paréntesis en la revista histórica que vamos pasando, para dedicar algunas líneas á la explicacion de los dos obstáculos, insuperables hasta el día, que desde la formacion de las sociedades se oponen constantemente á la emancipacion de las masas populares, tiranizadas por las minorías privilegiadas.

Parece realmente inexplicable el que despues de tantos siglos como han transcurrido desde la época lejana á que hasta ahora nos hemos referido, hasta la en que escribimos estas líneas; á pesar del gran número de teorías que durante tan largo tiempo se han publicado, y de tantos sistemas políticos-sociales que se han ensayado, destinados todos á mejorar la posicion del hombre en sociedad, nada haya podido crearse de verdadero ni por consiguiente de estable; continuando aun los pueblos, salvas raras excepciones y algunas diferencias que la serie de siglos trascurrida ha introducido en las costumbres sociales, en el mismo estado de dependencia y miseria en que se encontraban en aquella remota época; y que sus aspiraciones de bienestar se hallen comprimidas por los mismos obstáculos que entonces se oponian á ellas; sin más diferencia que la de ser hoy esos obstáculos más potentes, y encontrarse más desarrollados.

En efecto, la *fuerza armada* destinada por las minorías privilegiadas á comprimir las justas aspiraciones de las masas populares á recobrar sus derechos suprimidos, va, de algun tiempo á esta parte, tan en aumento, que á los pueblos les es imposible subvenir á gastos tan enormes sin arruinarse; y la *fé religiosa*, elevada ya al grado de *fanatismo*, se halla en lucha continua con la civilizacion moderna; produciendo las más fatales consecuencias para el bienestar de los que forman las sociedades actuales.

El origen de los ejércitos permanentes ya le hemos indicado, y su organizacion actual la conocen los pueblos prácticamente, por la parte activa que toman en su composicion; mas no sucede lo mismo con el fanatismo religioso, de cuya historia haremos, por lo mismo, un bosquejo á grandes rasgos.

En la infancia de las sociedades humanas, asustados los hombres con la aparicion de algunos fenómenos físicos, que, en el estado de perturbacion en que aun se hallaba el globo terráqueo, se presentaban con más frecuencia que ahora y que no podian explicar; sobre todo aquellos que á veces producian algunas víctimas, como sucede aun con las tempestades, inundaciones diluviales, erupciones volcánicas, rayos, etc.; creyeron que eran castigos que otros seres superiores á ellos, existentes en el interior ó fuera de su planeta, les aplicaban por haber cometido algunas acciones punibles; lo que manifiesta, que esos hombres, aunque confu-

samente, presentian la existencia de la conciencia moral en su principio del bien y su antítesis el mal; aunque no estaba aun bien caracterizado ese fenómeno mental, por falta de desarrollo suficiente de los movimientos del fluido anímico, propios para su presentación.

Por eso los primeros pueblos adoraron al sol, la luna, y á otros astros, por estar colocados en el cielo, donde creían serian recompensadas sus buenas acciones; así como el de los volcanes y otros fenómenos suponían procedentes del centro de la tierra, donde deberían ser castigadas las malas; y para aplacar su cólera y volverlos propicios dirigian preces á los unos y á los otros, y les dedicaban ofrendas, que tomaron el nombre de *sacrificios*; los cuales, en los primeros tiempos, eran con frecuencia de víctimas humanas.

Esos fueron los primeros dioses y los primeros cultos religiosos, por considerar como de origen divino el principio del bien, que sabemos está comprendido dentro de la conciencia moral, que constituye uno de los fenómenos mentales.

Más tarde, según hemos visto en la reseña histórica que vamos exponiendo, cuando los más fuertes se apoderaron de la dirección de los pueblos, los más instruidos ó sábios, que tomaron el nombre de *sacerdotes*, dominaron á las masas populares y aun se impusieron á sus jefes; imbuyendo en ellos la fe religiosa, atemorizándolos con castigos póstumos eternos, que sufrirían los que no practicaran estrictamente los preceptos de moralidad que ellos les imponían en nombre de los dioses, como sus únicos intérpretes; fe que en muchos creyentes llegó hasta el *fanatismo*.

Resulta de lo expuesto, que en aquella remota época se conocía ya un código religioso, que imponía al hombre la práctica de ciertas acciones y le prohibía otras; distinguiéndolas, por consiguiente, en buenas ó laudables y malas ó punibles, con arreglo á lo que dicta la conciencia moral; debiendo esperar, los que obraban bien, goces eternos, y los que obraban mal, castigos horribles después de su muerte. También se deduce, que además se practicaba un *culto* de adoración á los dioses, dedicándoles ofrendas y sacrificando en honor suyo víctimas, en edificios llamados *templos*, cuidados y servidos por los *sacerdotes*.

Estando, pues, fundado el código religioso en la práctica del bien, la religión no es otra cosa que la aplicación del primer principio contenido en la conciencia moral; religión que como innata, puesto que constituye parte de un fenómeno mental, es invariable, y por consiguiente nadie puede reformarla; no debiendo confundírsela jamás con el *culto religioso*, conocido también con el nombre de *Iglesia*, que, como obra de los hombres, es susceptible de modificaciones y reformas.

Por existir esa confusión entre la religión y los cultos ó iglesias, y por haber algunas iglesias colocado las verdades reveladas frente á las científicas, han dominado en las sociedades humanas la superstición, el fanatismo y la intolerancia, y otros horrores, como el martirio de los primeros cristianos en la pagana Roma; las hogueras de la Inquisición en la católica España; la bárbara matanza de los hugonotes en la cristianísima Francia, etcétera, etc.; actos que se encuentran en oposición completa con lo que dicta el principio del bien, que constituye la única y verdadera religión, sintetizada por el tan sublime como sencillo filósofo que fué crucificado en el Gólgota, en las pocas palabras siguientes: «*Ama al prójimo como á tí mismo.*»

Cerrando ahora este largo paréntesis, reanudaremos la reseña histórica, que quedó pendiente al abrirlo.

## V

Dejamos á las masas populares de los primeros pueblos del Asia y Africa privadas de sus derechos, cargadas de deberes, y sometidas á la tiranía que sobre ellas ejercían las minorías dominantes. Dijimos también, que los más instruidos de entre esas masas subyugadas, llegaron á conocer que los principales obstáculos que se oponían á su bienestar los formaban; la *fuerza armada* que sustituyó á la personal, ejercida por los primeros jefes que tuvieron los pueblos después de los patriarcas, y la *fe religiosa*, inculcada en las masas por los sacerdotes, y desarrollada con el tiempo hasta el *fanatismo*; siendo los mejores medios para anular esos obstáculos la *unión* de los que componen esas masas, en oposición á la fuerza armada, y las *verdades científicas* adquiridas por medio de la instrucción, para destruir el fanatismo religioso.

Extendidas esas ideas por algunos países á beneficio de la propaganda que hacían los más ilustrados, los habitantes de un pequeño rincón de Europa, los griegos, hasta quienes llegó esa propaganda, aprovechando de la oportunidad que se les presentó después de la destrucción de Troya por sus reyes, se dedicaron á desarrollar sus inteligencias por medio de la instrucción, y establecieron en su país instituciones *democráticas*, en sustitución á las *oligárquicas* y *teocráticas* anteriores, que destruyeron.

El pueblo griego, emancipado ya de la forzosa tutela en que le mantenían las minorías privilegiadas, sustituyó á estas en la administración del Estado; y el primer paso que dió fué el de separar la filosofía de la religión, según lo digimos en otra parte, y colocar la ciencia independiente de la fe; dando con eso lugar á que se formaran numerosos sistemas filosóficos, que permitían investigar las

verdades científicamente; pero basándolas siempre en lo que les dictaban los principios del bien y de la justicia comprendidos en la conciencia moral. Ese fué, según nos lega la historia, el primer ensayo de emancipación verificado por las masas populares para destruir la tiranía que sobre ellas ejercían las minorías privilegiadas.

Grecia fué también la primera que proclamó la lógica, como el guía de la mente humana, en sus investigaciones de las verdades científicas, que sustituyeron á las reveladas, así como en sus aplicaciones á la práctica artística. Por eso legó á la posteridad sus sistemas filosóficos, y una porción de obras maestras de arte, que aún se admiran; considerándosela, con justicia, como cuna de la civilización moderna.

En Grecia fué, asimismo, donde nacieron y se ensayaron prácticamente, aunque sin buen resultado, varios sistemas sociales, que posteriormente se han querido volver á ensayar en nuestra época.

En Atenas, que á la par de Esparta, puede considerarse como tipo de las repúblicas griegas, se promulgó más de una vez la *ley agraria*, y se procedió á la repartición de todos los bienes territoriales, á partes iguales, entre todos los ciudadanos; pero al poco tiempo sobrevenía de nuevo la desigualdad, quedando completamente desacreditado ese sistema.

En Esparta, el rey Licurgo estableció el *comunismo*; nada poseían los individuos, ni aún sus hijos; todo pertenecía al Estado; los ciudadanos comían en comunidad la famosa salsa negra que costaba la nación; pero también ese sistema fracasó.

Las masas populares de Atenas obtuvieron todos los derechos que les pertenecían; pero sólo para sí, privando de ellos á la minoría dominada; conquistaron el derecho de intervenir directamente en la administración de su país, por medio del sufragio universal, símbolo de la democracia, pero tampoco le extendieron á todos sus habitantes; intervenían también personalmente en la administración económica, votando los presupuestos y revisando las cuentas que presentaban los administradores en la plaza pública; pero privaron de ese derecho á todos los que no eran atenienses, aún cuando estuvieran establecidos en Atenas y contribuyeran á todos los gastos, así como á los esclavos que constituían las minorías, pues los atenienses conservaron la esclavitud; lo que prueba que, al contrario de lo que pasaba en los pueblos de Asia y Africa, el pueblo de Atenas sustituyó la tiranía de los demás que disfrutaban todos sus derechos, á la de los menos, que se veían privados de ellos.

La república de Atica no fundaba, pues, sus instituciones en la unidad armónica de los principios contenidos en el lema *Libertad, Igualdad, y Fraternidad*; faltando á la igualdad en no haber hecho extensiva la posesión de los derechos á todas las clases sociales, y á la fraternidad, conservando la esclavitud; los legisladores de Atenas incurrieron, pues, en *tiranía*.

En Esparta, durante el comunismo, no existió la libertad, porque todos los ciudadanos eran esclavos del Estado, que absorbía los derechos de los espartanos, hasta los antiquísimos de padre de familia; educando á su manera á los niños y disponiendo de ellos durante toda su vida. Tampoco existieron la igualdad ni la fraternidad, porque había una clase entera compuesta de *Ilotas*, que era considerada como esclava de los demás espartanos; las instituciones de Lacedemonia tampoco se encontraban, pues, en consonancia con lo que dicta la unidad armónica de la conciencia moral, y en consecuencia, los espartanos incurrieron también en *tiranía*.

La causa que en primer término aparece como destructora de las instituciones que se dieron los antiguos pueblos griegos, es, pues, la *tiranía*, ya ejercida por los más sobre los menos, como en Atenas, ya por los menos sobre los más, como en Esparta; lo que prueba, que un organismo social, para que sea estable y duradero, requiere, como condición indispensable, que cada individuo de los que concurren á su formación se encuentre en plena posesión de todos sus derechos, y cumpla escrupulosamente con los deberes que tiene contraídos, según lo reclama el lema de *libertad, igualdad y fraternidad*, cuyo conjunto forma la unidad armónica de los principios contenidos en la conciencia moral, á la que deben someterse los hombres en todos sus actos; incurriendo de lo contrario en *tiranía*.

Los pueblos de la antigua Grecia cometieron además otra falta grave. Divididos en pequeños estados independientes no se federaron para formar una sola nación y defenderse mutuamente de toda ingerencia extraña; al contrario, pactando á cada paso alianzas pasajeras, ya entre unos Estados, ya entre otros, declaraban la guerra á los que no eran sus aliados, aniquilándose de esa suerte recíprocamente; adquiriendo además, en esas continuas campañas, hábitos militares que se encontraban en oposición con sus leyes y costumbres democráticas, incompatibles con la organización de los ejércitos.

Todas estas causas reunidas concluyeron con las instituciones democráticas de las antiguas repúblicas griegas, y sus habitantes, desde entonces, han vivido, hasta hace poco tiempo, bajo el dominio de otras naciones.

La civilización pasó entonces de Grecia á Roma; la cual, fundada por unos cuantos aventureros capitaneados por los dos hermanos Rómulo y Remo, llegó á ser la primera población del mundo.

Durante los primeros años de su fundación Roma fué gobernada por una pequeña serie de reyes; pero al poco tiempo los romanos, á imitación de los griegos, quisieron gobernarse á sí mismos, y adoptando la forma de gobierno republicana, proclamaron los derechos individuales y el político constituido por el sufragio universal; mas esos derechos sólo los hicieron extensivos á los reconocidos como ciudadanos romanos, privando de ellos á los que no obtenían ese privilegio, que realmente lo era, y manteniendo además la esclavitud. Desconoció, pues, el pueblo romano la unidad armónica de los principios en que se funda la conciencia moral; faltando, como el griego, á la igualdad y la fraternidad, é incurriendo también en tiranía.

Roma, además, guerrera desde su origen, tuvo la ambición de dominar al mundo entero, para lo que se vió en la precisión de formar y sostener numerosos ejércitos; y estos, aunque inconscientemente, cumplieron al principio la elevada misión de extender la civilización de su país y sus franquicias municipales, á la mayor parte de los pueblos conocidos en aquella época, y reconocidos hoy como de raza latina.

Mas al cabo de algun tiempo, apoyado en los soldados romanos, halagados y mimados por sus jefes en quienes se concentró la ambición del pueblo entero, de vuelta de una expedición guerrera, el general Julio César pasó el Rubicon hollando las leyes del país; derribó las instituciones democráticas de su patria; privó á las masas populares de sus derechos, y esos soldados le proclamaron Emperador, cargo que desde entonces simboliza la tiranía militar.

Al poco tiempo las legiones romanas, convencidas de que lo podían todo, se trasformaron en pretorianas, destituyendo y matando á veces á los Emperadores para sustituirlos, por sí y ante sí con otros tomados de entre sus jefes de más fortuna, los cuales tenían ordinariamente el mismo fin que sus antecesores.

Tal fué la triste suerte de la soberbia Roma que consiguió ser señora del mundo; suerte que, lo mismo que á Grecia, le cupo por no haber aplicado los derechos del hombre en su totalidad y por haber formado, para atender á su ambición, numerosas legiones que concluyeron con sus instituciones libres.

El imperio romano, condenado ya á perecer con arreglo á las leyes evolutivas porque sus instituciones no se encontraban en armonía completa con los principios de la moral, sucumbió, acaso antes de tiempo, por una invasión de los pueblos del Norte de Europa, bárbaros aun, los cuales, por noticias que llegaron hasta ellos acerca de las conquistas verificadas por las legiones romanas, supieron que existían países de mejor clima, más fértiles y más civilizados que los suyos y cuyos habitantes disfrutaban de comodidades que ellos desconocían. Eso les decidió á invadir la Galia, hoy Francia, y la Iberia, hoy España, llegando por fin á Italia, y ocupándola toda, inclusa su capital Roma.

Según iban invadiendo dichos países, los jefes de las fuerzas invasoras los repartían entre sus capitanes, convirtiéndolos de soldados en *señores feudales*, con derecho á vidas y haciendas sobre sus súbditos, con arreglo á las costumbres de su país; súbditos que de romanos, relativamente libres, se convirtieron en siervos de sus nuevos señores, que ejercieron sobre ellos la más cruel tiranía.

Esa época de oscurantismo y anarquía conocida con el nombre de *Edad Media*, durante la cual solo dominaron la fuerza bruta y el fanatismo religioso tan insoportables para los pueblos europeos de raza latina, habituados ya á la, aunque imperfecta, civilización romana, que les concedía derechos que suprimieron los nuevos invasores, coincidió con el incendio de la biblioteca de Alejandría, verificado por los secuaces de Mahoma; biblioteca que contenía todos los conocimientos históricos, científicos y artísticos de la antigua civilización, que desapareció con Roma; y se hubieran borrado por completo las nociones de toda ciencia, quedando cortado el lazo que une la civilización antigua con la moderna, si algunos hombres dedicados al sacerdocio, que hacían vida común en los conventos con el nombre de *frailes*, no se hubieran dedicado á salvar los antiguos manuscritos egipcios, griegos y romanos, que más tarde han servido para enlazar los conocimientos de esas dos civilizaciones. Los frailes cumplieron, pues, en aquella triste época, una misión civilizadora; ordenando y conservando en sus conventos los manuscritos salvados de aquel incendio.

Las instituciones que rigieron las naciones europeas durante la Edad Media fueron, pues, enteramente inmorales; dominando las minorías á las masas populares, cuyos derechos quedaron completamente suprimidos, por medio de la fuerza armada; valiéndose para ello del tormento y de la horca, que se encontraban en todos los castillos feudales, cuyos dueños se titulaban señores de horca y cuchillo, en lugar de verdugos.

A esta época tan malhadada para los pueblos de raza latina, siguió la llamada del *renacimiento*; la cual principió, cuando los reyes que goberna-

ban esas naciones viendo que los muchos tiranos feudales, esparcidos por las diferentes provincias, oprimían y saqueaban á sus siervos impunemente, en detrimento de los intereses y del prestigio real, llamaron á esos señores á sus respectivas cortes; y para tenerlos contentos les encomendaron todos los cargos superiores políticos, militares y eclesiásticos; con lo que formaron una nobleza que, dependiendo del rey, aumentaba su poderío.

Rey, nobleza y clero, que siempre siguió siendo privilegiado, constituyeron desde entonces los altos poderes del Estado, y el resto del pueblo, que calificaron de cuarto estado ó *estado llano*, aunque siempre dividido é ignorante y por consiguiente oprimido por las minorías privilegiadas, adquirió, sin embargo, algún desahogo; principalmente el que habitaba en el campo, el cual, con el alejamiento de sus señores, se vió libre de la continua servidumbre con que le mantenían durante su permanencia en los castillos feudales.

Entonces fué cuando los Reyes Católicos de España, Fernando é Isabel, despues de libertar completamente su país con la conquista de Granada de la dominación de los moros, que duró ochocientos años, protegieron la expedición del genovés Cristóbal Colon, quien les proporcionó la posesión de un nuevo mundo con el descubrimiento de la América. Las armas españolas, llevando la civilización europea á Méjico y el Perú, cumplieron también otra misión civilizadora; pero el Gobierno español, con la expulsión de los judíos y moriscos y el establecimiento de la llamada Santa Inquisición, cometió, por otra parte, los actos más tiránicos que se han conocido en el mundo, porque atentó á la libertad individual; faltó á la igualdad, sometiendo á castigos horribles á los que practicaban un culto religioso distinto del suyo, y suprimió la fraternidad martirizando á sus semejantes en la Inquisición.

Esa fué también la época en que Guttenberg, con el descubrimiento de la imprenta, aseguró para siempre á la humanidad entera la posesión de las verdades científicas y sus aplicaciones artísticas, principiando entonces á germinar en el seno del estado llano la clase que despues adoptó la calificación de *media*, y sustituye hoy en la administración pública á la antigua nobleza.

Durante la misma época el traile Martin Lutero proclamó la reforma de la Iglesia católica, la más dominante entonces en Europa; reforma que, por haber proclamado la libertad del pensamiento y colocado la ciencia en frente de la revelación divina, se hizo extensiva á las instituciones profanas; produciendo la revolución de Inglaterra, cuyas consecuencias subsisten aún en aquel país, y contribuyendo más tarde á la emancipación de las colonias inglesas de América; las cuales, despues de conquistar su independencia, formaron la república federal de los Estados Unidos, porque el general Washington, verdadero demócrata, dió el raro ejemplo, despues de la victoria, de desprenderse de la fuerza armada que tenía á sus órdenes; creando con ese desprendimiento tan excepcional, un pueblo libre cuyas instituciones están basadas en los derechos del hombre, aunque no con toda la extensión que fuera de desear, pero que colocan al pueblo americano en una situación muy avanzada con respecto á los pueblos de Europa.

Las épocas llamadas de la Edad Media y del Renacimiento, que separan la civilización greco-romana antigua de la europea-americana moderna, nos enseñan, que la tiranía, llevada hasta cierto punto, produce siempre un malestar en los pueblos tiranizados que los conduce al fin á una desesperación general, que degenera irremisiblemente en grandes revoluciones; y eso ocurrió despues á consecuencia de la tiranía ejercida por las clases privilegiadas sobre las masas populares, que mantuvieron en servidumbre en Francia durante tanto tiempo.

En efecto, despues que algunos filósofos titulados *enciclopedistas*, hubieron preparado con sus escritos al pueblo francés, estalló la revolución en 1789; colocándose entonces Francia, como Atenas y Roma en la antigüedad, á la cabeza de la civilización europea.

El pueblo francés fué el primero que sintetizó los derechos y deberes del hombre en sociedad, en la fórmula de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, que forma la unidad armónica de los principios de la moral; en vista de lo cual los Gobiernos monárquicos de Europa, temerosos de que los principios revolucionarios proclamados en Francia cundieran por sus respectivos territorios, se coaligaron contra esa nación, declarándole la guerra. Al mismo tiempo se sublevó la Vendée poniéndose al frente de los vendeanos sublevados la nobleza y el clero del país; proclamando la guerra civil con la bandera de rey y religión.

Como entonces no contaba Francia con fuerza armada organizada suficiente para contrarrestar la invasión de los ejércitos coaligados, y someter al mismo tiempo la insurrección de la Vendée, porque las reformas democráticas verificadas en el ejército y la emigración á país enemigo de los nobles que lo mandaban habían dejado los batallones en cuadro y sin oficiales; habiendo llegado al mismo tiempo á París la noticia de que dos plazas de guerra fronterizas habían caído en manos de los coaligados, teniendo éstos en consecuencia abierto el camino de París, los habitantes de esta villa se sublevaron, proclamaron la forma de

gobierno republicana, y concentraron los poderes públicos en una Convención nacional.

La Convención, haciendo un esfuerzo supremo, declaró la patria en peligro y llamó á las armas á todos los ciudadanos hábiles que voluntariamente quisieran inscribirse; quienes despues de matar en las cárceles los presos políticos, para no dejar, segun decían, enemigos á la espalda, marcharon en masa á la frontera y rechazaron fuera del territorio francés á los enemigos que ya le habían invadido.

Mas la República francesa, al sustituir á los derechos del hombre proclamados por la Asamblea nacional, la dictadura de la Convención, atacó á la *libertad*; en el hecho de llenar las cárceles de sospechosos suprimió la *igualdad* y concluyó con la *fraternidad* al pié de la guillotina, incurriendo, por lo tanto, en *tiranía*; y desde ese momento las instituciones vigentes en Francia quedaron condenadas á desaparecer en breve término.

Además, la guerra que necesariamente tuvo que sostener con el resto de Europa, coaligada contra ella, obligó á la República francesa á formar y sostener numerosos ejércitos; los cuales, con la disciplina militar, adquirieron costumbres despoticas, sucediendo con ellos lo que con los ejércitos griegos y las legiones romanas en otro tiempo; pues habiéndose puesto á su cabeza un genio ambicioso se proclamó, como Julio César, emperador de los franceses; sustituyendo la vana palabra *Gloria* á la positiva de *Libertad*, y extendiendo sus conquistas por toda Europa.

Pero los soldados franceses dirigidos por Napoleón I, infiltraron en los pueblos conquistados los principios revolucionarios que mamaron en su país durante la república, y dejaron entre esos pueblos el germen de un nuevo partido político llamado *liberal*, el cual desde entonces se va desarrollando progresivamente bajo diferentes denominaciones, y sosteniendo una guerra sin tregua con los que quisieran restaurar los antiguos privilegios destruidos por la revolución francesa.

Los ejércitos de Francia de aquella época, como las legiones republicanas de Roma, los frailes de la Edad Media y los españoles en América, cumplieron también otra misión civilizadora; pero esa misión debe ser considerada como la última confiada á los ejércitos con ese fin.

En efecto: en las citadas épocas no se conocían otros medios de propaganda civilizadora que los empleados por los ejércitos liberales en los países conquistados; porque las comunicaciones entre los diversos pueblos eran difíciles, y los adelantos científicos, así como sus aplicaciones artísticas, no podían generalizarse sino al cabo de mucho tiempo y venciendo grandes dificultades; mas hoy que el vapor y la electricidad han acortado y casi suprimido las distancias, y que el hombre puede recorrer en algunos meses la superficie del planeta que habita, donde no existen ya pueblos salvajes sino por excepción, como por ejemplo, en el Africa, cuyo país se trata también de civilizar por medio de la apertura de pozos artesanos, canales, ferro-carriles y alambres telegráficos, estos medios, como más morales, son los llamados á sustituir en adelante, con más prontitud y provecho y con menos desgracias y calamidades, á la propaganda de los ejércitos conquistadores.

La misión civilizadora de los ejércitos ha concluido, pues, ya; como concluyó la de los frailes que en la Edad Media recopilaban y conservaban los restos de la biblioteca de Alejandría; misión que hoy se encuentra á cargo de la imprenta.

De la reseña histórica de las épocas anteriores á la que ahora atravesamos, que acabamos de hacer, resulta que las causas principales que han contribuido á la inestabilidad de las instituciones que han regido á los pueblos hasta la época en que vivimos han sido: de parte de las mayorías populares, el no haber sabido usar de sus derechos y cumplir con sus deberes con arreglo á la unidad armónica de los principios contenidos en la conciencia moral, formulada en el lema *libertad, igualdad y fraternidad*, faltando siempre á alguno de ellos; por parte de los gobernantes, la fuerza armada de que las minorías se han valido para someter á las mayorías gobernadas en sus aspiraciones á reconquistar sus derechos, por no poder esas minorías conformarse con la pérdida de sus privilegios; y como auxiliar de esta última, el fanatismo religioso promovido y sostenido por el clero oficial, que siempre ha tomado una parte activa en las luchas políticas contra las aspiraciones de las masas populares, y á favor de las minorías más reaccionarias; como sucedió, por ejemplo, en la Vendée durante la República francesa, en las guerras carlistas en España y en otras muchas ocasiones y países, dando con eso á entender que, en su opinión, existe incompatibilidad entre su carácter oficial y las instituciones liberales de los pueblos en que vive. Para concluir con esta reseña y continuar la explicación que nos falta acerca de las artes, trataremos ahora de la situación presente.

## VI

La situación actual de Europa es continuación de la creada por la propaganda liberal, extendida en toda ella por los ejércitos revolucionarios franceses, y representa la lucha, iniciada al principio del presente siglo y continuada desde entonces, entre los liberales de todos colores que aspiran á continuar por la senda del progreso y los que por diferentes caminos quieren restaurar un pasado ya desacreditado; tratando los primeros de exten-

der los derechos del hombre, y los segundos de reponer en su antiguo estado la sociedad que va ilustrándose, restableciendo los privilegios de la nobleza, y el fanatismo religioso que, encontrándose en oposición con lo que dicta la ciencia, va ya desapareciendo, vencida por las verdades demostradas.

Cuando despues de los períodos revolucionarios de Inglaterra y Francia cayeron á su vez los tronos restaurados como legítimos en ambos países, por revoluciones ocurridas á causa de la tiranía que trataron de ejercer los monarcas de la restauración, se establecieron en ambos países gobiernos constitucionales representativos, sustituyendo en la gobernación de los Estados la clase media á la antigua aristocracia, ó fundiéndose ambas para formar minorías gubernamentales; sistema político que luego ha sido adoptado por todas las demás naciones de Europa, excepto por la Rusia, donde continúa una lucha sin tregua entre un Gobierno absoluto y un pueblo cansado de tener semejante forma de gobierno.

El sistema constitucional ó representativo, se diferencia del absoluto, en el cual el monarca lo es todo, en haber sustituido á la omnimoda voluntad de los jefes del Estado, reyes ó emperadores, una representación nacional elegida por un sufragio más ó menos restringido, cuya base es la riqueza; quedando también restringidos y reglamentados los derechos individuales, á pesar de ser, como hemos visto, inseparables de la personalidad humana, y por lo tanto inalienables; y no estando formulado siquiera el derecho económico.

A pesar de eso, en prueba de que las masas populares no son descontentadizas cuando ven buena fé en sus gobernantes, se ha observado, que en los países donde ese sistema, imperfecto y que tanto se presta á la mistificación, ha sido una verdad, los pueblos han contenido sus aspiraciones revolucionarias; como ha sucedido, por ejemplo, en Inglaterra, Bélgica y Suiza, y últimamente en Italia y Francia; al paso que, donde ese sistema sirve de comodín á los gobernantes para mantenerse en el poder, falseando la verdad de las elecciones, apoyándose en mayorías ficticias, y entreteniéndose á los pueblos con discusiones políticas para distraerlos del terreno económico, las sacudidas revolucionarias han menudeado, con ó sin el apoyo de la fuerza armada.

De eso resulta, que la mayoría de los pueblos, algo instruida ya y conocedora de sus derechos, trata de reconquistarlos á cualquier costa, valiéndose para ello de medios, hasta los reprobados por la conciencia moral, cuando no puede disponer de otros. Esa fué la razón en que se apoyó un célebre socialista de nuestra época cuando escribió lo siguiente: «Se manifiestan síntomas de disolución en toda Europa. En todas partes se observan las mismas divisiones, las mismas aprensiones, el mismo desaliento. La tendencia á la centralización, al militarismo, á la represión de los derechos de las masas, es universal. Una especie de golpe de estado general amenaza á Europa, signo nada equívoco de la decadencia del mundo antiguo. El poder es para los pueblos un perpetuo motivo de desconfianza, de sorda hostilidad, pues debiendo la importancia de su función hacerle venerable, sagrado, está siempre expuesto á una hostilidad continua y á catástrofes sin fin.»

En efecto, todo el mundo conoce que la situación actual de Europa es de lucha entre la ciencia y la fé; entre la verdad y el error; entre el porvenir y el pasado; entre el progreso y la reacción; entre el derecho y la fuerza, en una palabra, entre las mayorías gobernadas y las minorías gobernantes; lucha que va señalándose cada vez más; habiendo llegado ya hasta el grado, de que todos sienten, que atravesamos un período de transición entre dos épocas las más importantes que han de figurar en la historia de la humanidad; período que en breve va á decidir, aunque sólo por algún tiempo, porque el progreso social es una verdad, de la suerte de esta vieja parte del mundo civilizado; de su regeneración ó su aniquilamiento; de la vida ó muerte, en fin, de los pueblos que hoy habitan la Europa.

Veamos, pues, ahora, si es posible prevenir las catástrofes que profetiza el escritor socialista, autor del trozo que hemos citado; para lo que creemos conveniente precisar antes las causas productoras de esa lucha; las posiciones que respectivamente ocupan los contendientes; los medios que cada uno de ellos emplea para obtener el triunfo y los que debería emplear con arreglo á lo que dicta la conciencia moral.

Hemos visto que las masas populares, desunidas é ignorantes, y por consiguiente débiles y fanáticas en su mayor parte, se sometieron sin protesta, en los primeros años de su agrupación en naciones, á la tutela, primero de los más fuertes, y más tarde de los más sábios que compartieron el poder con los primeros; y aunque algunos pueblos se emanciparon despues de esa tutela, como sucedió con Grecia y Roma, no supieron aplicar los derechos en consonancia completa con la unidad armónica de los principios de moral, y lo verificaron, además, aisladamente, dentro de sus respectivos territorios, sin federarse con los inmediatos; lo que debe atribuirse á que las comunicaciones entre los diferentes países eran entonces muy difíciles, y por consiguiente sumamente tardías. Esta fué la causa primitiva de la lucha entre los gobernantes y gobernados.

ANTONIO ARRUTI.

(Continuará.)

## ESPÍRITU GRIEGO Y ROMANO.

Es una verdad reconocida la inferioridad de la literatura latina comparada con la literatura griega. Los latinos no fueron dotados, como los griegos, de aquel génio sagrado, ligero y alado de que habla Platon. Se repiten con frecuencia los versos de Horacio, que representan la Grecia conquistada, conquistando á su vez á su conquistador bárbaro, y difundiendo sus artes en el Lacio, lo que demuestran además los versos famosos de Virgilio: «Otros labrarán de una mano más flexible un bronce que respira, ó harán salir del mármol una figura viva, sabrán defender mejor un proceso, ó trazar con un compás los caminos del cielo, y el curso de los astros: tú, Romano, ocúpate de gobernar al mundo! *Tu regere imperio populos, Romane, memento.*»

Efectivamente, el romano poseía la fuerza de la voluntad y la del espíritu que se pone al servicio de la voluntad, pero carecía de la inspiración, de la delicadeza y de la magia del espíritu y del alma.

Por haber sido conquistada la Grecia, hubo una literatura latina, pero desgraciadamente al mismo tiempo que Roma fué enriquecida de una literatura, perdió su libertad. Existía, sin duda, en la primera edad de la literatura latina, en tiempo de Caton el antiguo y de los Gracos; pero como toda libertad antigua era el patrimonio exclusivo de una casta privilegiada, de la aristocracia. Había esclavos dentro, y súbditos fuera, otra especie de esclavitud. Los judíos y los syrios, decía Ciceron, raza nacida para ser esclava. ¡Qué magnífico cuadro ofrecía la Grecia desde Homero hasta Aristóteles! Todos los géneros de literatura se desarrollaron libremente. La poesía lírica de Píndaro, de Safo, de Alceo, la tragedia de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, la comedia de Aristófanes, la historia de Herodoto y de Tucídides, la filosofía de Sócrates y de Platon; nombres gloriosos y obras inmortales!

Montaigne decía hace tres siglos, que nada vivía en la memoria de los hombres como las obras de Homero. Acaso antes del autor de la *Iliada* y de la *Odisea* existieron poetas que le prepararon el camino, como los que en las mesas de los príncipes cantaron las desgracias de Troya; Orfeo y Tamyris representaban tal vez una edad de la que Homero fué el heredero; pero no se recuerda un verso griego que sea anterior á la *Iliada*, segun la opinion autorizada de sábios profesores y críticos eminentes.

La gran gloria de Homero ha eclipsado todo lo que le ha precedido, y vive y vivirá eternamente, porque en el siglo actual son muchas las traducciones que se han hecho de sus poemas, en prosa y en verso.

Homero no ha sido solamente poeta, sino el historiador primitivo de la Grecia.

Herodoto, Tucídides y todos aquellos que han querido remontarse á tan lejanos orígenes, apelloraron perpétuamente al testimonio del poeta, sobre los hechos que refieren, sobre los detalles de las costumbres y de los trajes, y más tarde los geógrafos Estrabon y Pausanias invocaron su autoridad para establecer la antigüedad y el sitio de las ciudades que describieron.

Homero fué tambien el padre de la elocuencia y de las artes; la poesía brotó de la lira de Aquiles, cantor de los triunfos de los héroes; la elocuencia nació de las arengas de Nestor y de Ulises á las Asambleas, la magnanimidad y la virtud resaltaron en el reconocimiento noble de Agamenon de sus agravios contra Aquiles, y cuando éste, viendo á Priamo posternado á sus pies le levantó, le hizo sentar á su mesa llamándole «querido viejo», y lloró con él.

La elocuencia, la poesía y la virtud son las más espléndidas glorias de la Grecia, y la humanidad admira á la patria de Homero, de Demóstenes, de Sócrates.

La elocuencia sólo del célebre orador Demóstenes, luchó contra el formidable enemigo Filipo de Macedonia que amenazaba la libertad y la independencia de la Grecia.

La elocuencia política en la antigua Roma tuvo dos edades, la de Caton y la de los Gracos. Caton ensayó el sistema de poner fin á las iniquidades de la aristocracia, apelando á la misma aristocracia para establecer la justicia por la sola virtud de las antiguas leyes, mas fueron vanos sus esfuerzos. Los Gracos intentaron una revolucion legal con el auxilio del pueblo: el pueblo les abandonó, y los dejó perecer. Fueron dos grandes épocas para la elocuencia. De Caton quedan no más algunos fragmentos llenos de vida, y el bello retrato que nos ha dejado Tito Livio.

«Este personaje tenía una superioridad de espíritu y de carácter, que en cualquier situación en la que él hubiere nacido, habria sido él mismo el artífice de su destino. Ningun talento le faltó para hacer su fortuna y la de la república, entendía igualmente de los negocios de la ciudad y de los del campo. Hay hombres que han llegado á los honores supremos por el derecho, otros por la elocuencia y otros por la guerra; en Caton, la flexibilidad de su génio se prestaba á todo y parecia siempre que hubiese nacido para esto mismo que él tenía que hacer; soldado de los más valientes é ilustrado por muchos combates gloriosos, cuando llegó á las dignidades, se mostró un gran capitán. En la paz, él era, segun la ocasion, jurista de los más hábiles, orador de los más elocuentes; y esta elocuencia no era de las que no viven más

allá de la vida del hombre, y no dejan despues de ella monumentos; ella es más viva que nunca y más floreciente consagrada por obras de todas clases. El ha hecho una multitud de discursos para él mismo, para los otros ó contra los otros, porque fatigó á sus enemigos, no por sus acusaciones solamente, sino tambien por sus defensas. El combatió mucho y fué muy combatido; no se sabria decir quién ha sido el más encarnizado, ó la nobleza en agobiarlo, ó él en combatir á la nobleza. Tenia el carácter duro, la lengua insolente, y libre con exceso, pero era invulnerable á las codicias y de una integridad rígida; despreciando igualmente la influencia y la plata; de una austeridad, de una firmeza en presencia de las fatigas y de los peligros, que hacia decir que su alma, tambien como su cuerpo era de hierro. La vejez misma, que destruye todo, no le ha quebrantado; á los ochenta y seis años él se defendia todavia en el tribunal, pronunciaba mismo su defensa y escribia, y á los noventa años él acusaba á Servio Galba delante del pueblo.»

Este hombre extraordinario, en una carta dirigida á su hijo, habia dado esta definicion del orador: *Un hombre de bien que sabe hablar.*

Los Gracos fueron los más valerosos tribunos del pueblo, los dos muy elocuentes, sobre todo el segundo, Cayo, cuya imaginacion era más poderosa, y la sensibilidad todavia más excitada, porque queria vengar la muerte de su hermano Tiberio, asesinado por la aristocracia. ¡Qué escenas más grandiosas nos ofrece la historia romana, tan tiernas y conmovedoras en los historiadores, que las han descrito á larga distancia de los sucesos! Se comprende lo que ha podido ser la elocuencia en Roma libre, en la Roma de la virtuosa é inteligente matrona, Cornelia, de la raza de los Escipiones, y madre de los Gracos, que preguntada por unos embajadores cuáles eran las joyas más preciosas que atesoraba, les presentó á sus dos hijos.

Recuerdos indelebles de nuestra edad primera y de nuestros años juveniles, en los que leíamos con entusiasmo tan magníficas escenas, que conmovian nuestra alma é inspiraban nuestra fantasía para escribir la tragedia de *Los dos Tribunos*, que fué representada en el teatro del Príncipe.

Al fin de este período histórico romano, vivía el viejo poeta Lucilio, del que nos habla Horacio con mal humor, como un espíritu elegante de la corte de Augusto; pero á quien Juvenal rinde un homenaje elocuente, diciendo que él bien quisiera seguir sus huellas; pero que no podia imitarle. «¿Dónde están, dice, las virtudes de este tiempo antiguo, esta sinceridad, *cujus non andeo dicere nomen?*» Este nombre es la libertad.

Las luchas de los nobles y del pueblo eran un campo fecundo para la elocuencia, que fué ahogada bajo el imperio de los Césares.

La carrera de Ciceron, como orador, comenzó bajo la dictadura de Syla, y terminó bajo Octavio, que le dejó matar por haber pronunciado sus *Filípicas*. Y examinando estas dos épocas se vé claramente que la elocuencia tenia no más que la apariencia de la libertad, sin poseer ninguna fuerza ni poder verdadero. La defensa de Ciceron contra un emancipado de Syla, contenia homenajes tributados á un tirano que era preciso atender, y el orador se excusaba diciendo que aquél no habia podido ver todo, porque Júpiter mismo no lo podia en el gobierno del mundo.

Fué libre, por ejemplo, para combatir la aristocracia en su decadencia, y esta circunstancia inflamó la llama de la elocuencia de Ciceron contra Verres; fué libre contra Catilina, Clodio, Vatino, Pison y Antonio; pudo satisfacer enemistades personales y consagrar un leve culto á la conciencia pública á costa de tiranos subalternos, y pronunció ardientes discursos, pero tuvo dudas y vacilaciones que es preciso atribuir á una apreciacion muy justa de los sucesos, y sobre todo unió á esta perspicacia la firme decision de permanecer hombre honrado en un tiempo corrompido. Así el peligro de Roma estribaba en la grandeza de Pompeyo, en la union de tres hombres que se ligan juntos, sobre todo en la grandeza de César, y Ciceron nada pudo decir contra ellos; sólo tenia la libertad del silencio, y cuando habló de ellos, lo hizo para elogiarlos. La *Manilianna* fué un panegírico de Pompeyo; celebró en obras diversas la gloria de César. El poder residia en el ejército y en los generales; hasta el mismo Senado no gobernaba más que por la proteccion de alguna espada.

El emperador Octavio fué el más íntimo amigo de Ciceron, antes de ser su asesino, cuando el César creyó que el orador aspiraba á la libertad de la elocuencia, se convirtió en su más acérrimo adversario, y Ciceron se vió obligado á callar y á morir.

La opinion pública sobrevivió algun tiempo á la libertad, es decir, la que no era oficial, así como una parte de la literatura, representada por Catulo, que tuvo la audacia de atacar hasta César, el filósofo poeta denunciaba á los ambiciosos, trabajando con perseverancia insensata el dia y la noche para elevarse al poder supremo: la poesía tenia el acento de la libertad.

«*Primum graius homo mortales tolere contra. Est oculos ausus, prinusque obsistere contra.*»

Se conoce tambien la energía de Lucrecio; Horacio dirá que no es devoto, *parcus deorum cultor*; pero no hablará el varonil y rudo lenguaje de la libertad; Virgilio saludó con respeto á Lucrecio, que se eleva á otra altura, y dijo en sus *Geórgicas*:

«*Felix qui portuit rerum cognoscere causas.*»

Y despues añadió con más humilde acento:

«*Fortunatus et ille deos qui novit agrestes.*»

Es una confesion de Virgilio, de que los tiempos han cambiado, y que no le permiten ser fuerte.

Y des pues, en el reinado de Augusto, Horacio, Virgilio y Tito Livio, fueron ya cortesanos; los dos primeros no honraron la memoria de Ciceron, porque no era del agrado del César.

*Rara temporum felicitate uvi, sentire quee velis, et que sentias dicere licet*, dijo Tácito, y se puede aplicar esta máxima á los dos poetas que guardaron silencio sobre las preclaras dotes del famoso orador romano, temerosos de excitar el enojo de su dueño. El despotismo degrada y envilece la dignidad humana, los más nobles caracteres son oprimidos y sufren el martirio y la muerte los apóstoles del derecho y de la justicia.

Tito Livio, en un fragmento que ha quedado sobre la muerte de Ciceron, acabó por defender las circunstancias atenuantes del asesinato cometido por Antonio, porque Augusto tenia la responsabilidad. La servidumbre más vergonzosa comenzó en Ovidio, y en Séneca y en sus contemporáneos se encuentra una adulacion deplorable, aunque la muerte de Séneca y de Lucano prueban en su honor que sus almas se rebelaron contra la tiranía.

Despues de los horrosos reinados de Neron y de Domiciano, hubo un intervalo de reposo, pero el génio de este tiempo se resentia aún de la servidumbre, de lo que fué un triste testimonio el panegírico de Trajano por Plinio, del que decía Corneli que no habia podido terminar su lección. Tácito demostró que la libertad pudo encontrar un refugio en la historia, pero en su estilo, á veces comprimido, aparece el sello de una resignacion forzada contra una servidumbre inevitable. Marcial, con un espíritu más flexible que noble, dijo: «Si reapareciera hoy Caton, sería cesáreo.» Sin descender á los panegíricos del bajo imperio, se patentiza que la literatura latina no conoció la libertad ahogada por Augusto, despues que á la república vencida sucedió el gobierno imperial.

¡Que cambio más degradante! Emudeció la tribuna, el Senado descendió á la más abyecta adulacion, y la historia al más servil panegírico; los poetas con sus bellos cantos hacian olvidar solamente á los romanos la decadencia del espíritu público y el abatimiento de los caracteres. La poesía recordaba acaso sus primeros años de gracia y de frescura juvenil, de mágico encanto, cuando la musa de pies alados fué á visitar la nacion salvaje de Rómulo:

«*Musa, pinnatu gradu*

*Intulit se bellicorum in Romuli gentem feram.*»

Ciceron habló siempre con ternura y amor de la vieja literatura.

Para las letras latinas el medio dia se ostentó, sin duda, en el siglo de Augusto, ó más científicamente hablando, el siglo de Ciceron; la tarde empezó pronto con Ovidio, Juvenal fué la noche, y este gran poeta satírico ensalzó la Roma venerable de Régulo y de Caton, de cuyas virtudes no percibia ningun ejemplo en su época, y fué destruido á Egipto, así como Tito Livio, antes de la muerte de Augusto se retiró prudentemente á su querida Pádua, y Ovidio, á su pesar, se libró en el destierro de los peligros de la corte. Tambien el historiador Suetonio se vió obligado á abandonar el palacio imperial de Adriano.

Se debe reconocer que las letras latinas conservaron semillas de libertad, que debian ser fecundas para el porvenir. La elocuencia de Ciceron, el príncipe de los oradores, las *Tusculanas*, las *Cartas* de Séneca, la historia de Tácito y la literatura cristiana de los Padres de la Iglesia, acumularon gérmenes que dieron sus frutos en la Edad Media y sobre todo, en el renacimiento del siglo décimo sexto.

Sin embargo, ¡qué diferencia resaltaba en la libre Atenas, que era el centro de una república donde el pueblo se reunia para deliberar sobre los negocios públicos! Sus ciudadanos eran iguales, la emulacion de una corte no les hacia abandonar la vida comun. discutian con los extranjeros y con los filósofos que les enseñaban sus doctrinas, pasaban una parte de su vida en las plazas, en los anfiteatros, en los templos, sobre un puerto, bajo los pórticos de una ciudad limpia y espaciosa.

La lengua griega invadió á Roma, lo que hizo prorumpir á Juvenal en una exclamacion elocuente:

«*Non possum ferre, Quirites, Græcam urbem.*»

Segun él, la lengua griega era usada por las damas romanas. En griego expresaban sus alegrías y sus tristezas, hacian sus confidencias, pero desde el tiempo de la República, la gran matrona Cornelia, la madre de los Gracos, sabia esta lengua y habia leído á sus hijos los discursos de Demóstenes. *Omnia Græce*, dice Juvenal; las damas no se creian bellas, si no hablaban en griego, y reprochó á Roma que habia sido inundada de griegos que penetraban en todas las grandes casas, que disponian de la influencia doméstica, que algunos por la emancipacion eran declarados ciudadanos romanos, no les negaba ningun talento, el de gramáticos, retóricos, geómetras, pintores, augures, saltimbanquis, médicos, mágicos; acusaba á esta raza de todas las aptitudes, algunas degradadas, si se quiere, por la condicion servil

en que la colocaron sus conquistadores, los romanos.

Pero sus mismas censuras exageradas indicaban la difusión de la lengua y de la civilización griega, porque hasta el más célebre escritor latino, el más ilustrado y ardiente defensor de la lengua latina, en el círculo de sus sabios amigos, él hablaba griego en rivalidad con su ilustre discípulo, Marco Aurelio, quien, gracias á este griego, olvidó un poco el latín que le había enseñado Frontón y pudo leer los autores estoicos.

Frontón escribía cartas en griego á la madre de su discípulo, y quiere hacernos creer que eran corregidas por Marco Aurelio, que conocía el griego mejor que él.

Juvenal fué casi el último gran poeta latino, porque la poesía era ménos natural á los romanos que la prosa; así los escritores sus contemporáneos Suetonio, Séneca, Tácito, Dion, Casio, fueron historiadores, con excepción de Marcial.

La literatura en los reinados pacíficos de Adriano y de Antonino, desinteresada de las grandes investigaciones filosóficas y de las grandes cuestiones políticas, abundaba en pobres versos, ó pequeños discursos, en serviles panegíricos del emperador, de los miembros de su familia, ó de sus amigos.

La guerra de los Parthos, que estalló con más vigor que antes, al principio del reinado de Marco Aurelio, terminada felizmente, dió más impulso á la literatura y un nuevo tema á los sofistas.

No puede ser confundido justamente con estos el escritor Luciano, que compuso entonces su *Tratado sobre la manera de escribir la historia*. Era un hombre de buen sentido y de espíritu vivo, que viendo reinar la hipocresía, la venalidad, la bajeza, y una infinidad de preocupaciones, quiso combatirlas, mofándose de todo; y con bello y sencillo lenguaje compuso su *Tratado*, en el que decía: «Después que se han producido algunos sucesos recientes, yo quiero decir la guerra contra los bárbaros, y la derrota sufrida en Armenia, y la serie de nuestros triunfos, no hay nadie que no se dedique á escribir la historia, ¿qué digo yo? muchos de nuestros conciudadanos se han transformado en Tucídides, en Herodoto, en Xenofon; lo que confirma estas palabras: «La guerra es la madre de todas las cosas», porque de un solo golpe ella ha producido tantos historiadores.»

Frontón compuso un opúsculo titulado *Principia Historiae*, en el que hizo la comparación entre Trajano y Lucio Vero, por las dos guerras hechas contra los Parthos.

El carácter de la gran ciudad de Roma cambió con el imperio. A partir de Julio César fué, según la expresión del retórico Palemon, el imperio del mundo entero. La Roma imperial perdió las agitaciones saludables de la libertad; ya no se nombraron más los magistrados en el Campo de Marte, no resonaban ya los discursos políticos en el Foro, el pueblo quedó mudo y el Senado obedecía. Desapareció de los ojos el espectáculo grandioso de un pueblo que se gobernaba á sí mismo, pero en su transformación de los negocios políticos á las ideas avasalladoras del mundo, reunió al rededor de ella el Oriente, como Alejandría y el Occidente. Era la ciudad, como dice Luciano, capaz de contener á todo el género humano:

*Generis coeat si turba, capacem humani.*

— Y Séneca decía: Una gran parte de esta multitud está sin patria. De los municipios, de las colonias, de la tierra entera, se viene á grandes ondas á Roma. Unos son conducidos por la ambición, los otros por las funciones públicas ó por las embajadas, ó por el libertinaje, que busca un lugar donde el vicio se desarrolle en libertad; los unos vienen á vender su belleza, los otros su elocuencia; en fin, no hay ningún pueblo en el universo que no se precipite hácia una ciudad donde se pagan más caro que en todas partes las virtudes y los vicios.»

Y en una multitud tan inmensa, donde se confundían juntamente los retóricos de la Galia, los sabios de Egipto y de la India, los místicos de Oriente y los filósofos de Grecia, que se comunicaban sus ideas, que derramaban sus opiniones, predominó la influencia de la cultura griega. Terencio, el famoso poeta cómico latino, que puso en la boca de un actor este verso célebre:

*«Homo sum, nihil humani à me alienum puto.»*

Terencio, repetimos, fué imitador del poeta griego Menandro.

Y en la época de Marco Aurelio, que hemos citado antes, sin hablar de Plutarco, que acababa de morir, los literatos contemporáneos eran Epitecto, Dion, Chrysóstomo, Appio, Phlégon de Irácles, Appiano, Ptolomeo, Herodes Attico, Elío Aristide, Gallieno, Herodiano, Polyeno, Pausanias, Máximo de Tyro, Alcino, Sesto Empírico, todos griegos.

No cabe duda: durante muchas generaciones el génio de Grecia influyó poderosamente en la civilización humana.

EUSEBIO ASQUERINO.

## CONCEPTO ACTUAL DEL COSMOS.

Es el Cosmos como expresión integral, en la que están contenidas todas las series de diferenciales, que significan y representan todo cambio individual; pero entiéndase bien que cada uno de estos cambios no es más que simple modalidad de movimientos, manera especial de ofrecerse á nosotros esa energía del Universo; por manera que cada individuo, ó mejor, cada manifestación individual, no tiene más que valor puramente cuantitativo, pues que solo significa determinada cantidad de la energía general del Cosmos. Todos sabemos, y para nada necesito demostrarlo, que la cantidad de energía que existe en el Universo, es fija é invariable, y que solo apreciamos de esta energía formas especiales; que, en una palabra, la actividad del Cosmos experimenta trastornos y cambios que apreciamos como calor, sonido ó color, existiendo siempre relación fija y constante sobre todas las manifestaciones de la actividad cósmica. Para comprender mejor esta idea, imaginad una máquina, en la que disponéis de una cantidad dada de fuerza, con una potencia fija é invariable; á esta máquina, por medio de engranajes, correas sin fin y otros mecanismos le unís con aparatos en los que queréis producir trabajos diversos; bien se comprende que tales trabajos, considerados individualmente, representan cada uno solamente una cantidad dada de aquella energía primitiva; mas todos tendrán diversa forma; pero sumándolos se obtiene, sin duda, la cantidad total de la fuerza que con la máquina se utiliza; pues bien, supongamos que cada uno de estos trabajos sea un mundo ó un organismo, que el efecto general de la energía se distribuye en condensar una nebulosa, en desprender una roca, en formar un vegetal ó en producir un animal cualquiera, aunque sea el hombre, con su divina facultad de pensar, y sumad todos estos trabajos, y unid todas estas actividades, y tendremos idea perfectísima de la vida total del Cosmos, al considerar la variedad y variabilidad de las formas que su energía reviste, variedad que nos hace decir con Hirn «que al modo de la unidad de una obra de arte infinita, la unidad de la obra de arte Universo, resulta de la armonía de la diversidad y no de la identidad de las partes.»

Ciñéndonos más aun á lo que la transformación de las actividades del Cosmos significa, venimos á parar á las consecuencias más trascendentales de la teoría mecánica del calor, en cuyo punto es preciso detenerse un instante. Demuestra un principio matemático, establecido por Sadi Carnot, «que cuando el calor se convierte en trabajo, al pasar de un cuerpo á otro, hay cierta cantidad que guarda con el calor convertido en trabajo la misma relación que la más pequeña de las temperaturas, entre las que la transformación se produce, guarda con la diferencia entre la mayor y la menor.» principio del cual por una serie de consideraciones de orden racional y matemático, han venido á deducir Thompson y Helmholtz esta conclusión: «la energía sensible tiende sin cesar á convertirse en energía calorífica.» conclusión perfectamente justificada en el hecho observado siempre, de la producción y desarrollo de calor en todo movimiento muscular, en toda acción física de cualquier especie y hasta en las acciones químicas todas; porque allí en donde se desenvuelva un movimiento de cualquiera especie, allí donde se determine una acción mecánica de cualquier orden, la producción de calor es su inmediata y precisa consecuencia; pero observad que, á su vez, tiende este calor sin cesar á convertirse en trabajo, ó sea en acción mecánica; mas, como para tal transformación hay que aplicar el principio de Carnot, resulta que no todo el calor engendrado puede convertirse en movimiento y que ha de quedar necesariamente un resto.

Hay en tales transformaciones una serie doble; por una parte acciones mecánicas con tendencia á transformarse ó convertirse en calor; por otra, calor; energía potencial, tendiendo sin cesar á producir trabajo, de donde resulta un cambio incesante, al cual se aplican los principios antes enunciados, según los que la transformación no es total, sino que queda siempre una cierta parte de la potencial en este estado. Por tanto, debemos admitir que se camina á un estado de equilibrio del calor, en el que cesa todo movimiento aparente, quedando solo los incesantes movimientos de las sustancias más elementales del Cosmos; mas no por esto es de temer que lleguemos nunca á tal estado; hay la tendencia á él, al modo que nuestro sistema planetario se dirige hácia la constelación Hércules; pero aquella tendencia tiene por compensación la activa evolución de la energía que engendra estados distintos y desemejantes é irreproducibles en cada momento de su actividad.

Si consideramos cualquiera de los mayores organismos que forman el gran Todo, veremos que su energía sensible va por gradación convirtiéndose en calor; los movimientos aparentes de la nebulosa desaparecen en el astro, pero en cambio su eternidad está asegurada, porque se transforman ó modifican en movimiento interior, en incesante cambio que no podemos apreciar por falta de medios. La potencial de un gas es mucho mayor que la de un sólido, sin que esto quiera decir que desapareció su energía, sino que parte se convirtió en

calor, y la otra se encuentra determinando la forma del sólido.

Los más modernos estudios de los estados de los cuerpos demuestran bien claramente que todos proceden de la relación que existe entre la potencial y los trabajos llevados á cabo, en los cuales aquella energía se ha transformado, así que la serie de estados y formas no es otra cosa, representada teóricamente, sino una función compuesta de un gran número de variables. De esta manera podemos admitir que se desenvuelve la energía total del Cosmos; función riquísima, cuyas variables, infinitas en número, son todas las formas que esa misma energía reviste; de tal modo, que para su estudio y determinación, es preciso dar cierto valor á una de ellas; porque la evolución de la energía cósmica es como círculo ó curva cerrada, cuyo principio es necesario señalar para el estudio, pues de otro modo es imposible, razón por la cual el estudio de la naturaleza no se hace realmente siguiendo sus procesos desde el primero, sino desde uno que por primero se toma.

Aceptando la moderna concepción del calor, debemos necesariamente creer que los movimientos de las masas tienden sin cesar á convertirse en movimientos moleculares ó interiores, ó lo que es lo mismo, en agitaciones de lo que como elemental debé considerarse en el Cosmos; pues bien, figurémonos que un momento, lo más remoto posible, estos elementos poseyesen cierta potencialidad, que los llevase los unos hácia los otros, se originó, en este momento, por su aproximación, la energía sensible, que no es otra cosa que este movimiento de lo que vemos y parece que tocamos, y la actividad vibratoria; mas entendid que todo movimiento no es sino determinación de aquella primera energía, de aquella potencialidad que venimos considerando, y que por esta manera puede distribuirse entre órdenes de movimiento ó actividad, y son: movimiento general de los cuerpos, movimiento vibratorio y cierta parte de energía potencial, conservada en tal estado como de reserva. Pues bien; dados este estado y esta distribución, suponed que unas energías se conviertan en otras, que el movimiento total se transforme en actividad potencial, y que esta á su vez dá origen á movimientos vibratorios; que la intensidad de estas energías varía constantemente, que su transformación es incesante, pero de ningún modo periódica, por cuanto la evolución tiene su comienzo en un total estado de potencialidad, en un punto en que toda la energía era potencial; porque sólo así se concibe la variedad de las formas; sólo así concebiremos lo que es vida del Cosmos; y el concepto ó idea de este mismo Cosmos, dentro de los principios de la Termodinámica.

Conviene insistir cortos instantes sobre este punto. Decimos que dentro de las modernas ideas, admitiendo que la energía sensible tiende á convertirse, y de hecho se convierte, en energía potencial, cabe admitir un estado, tan lejano cuanto se quiera, en que la energía total del Cosmos era toda potencial, en cuyo estado fué determinándose en diversidad de formas, que no representan otra cosa, sino cantidades diversas de esta potencial que se traducen en trabajos muy variados. Afirmación precisamente demostrada en la relación numérica que hay entre todos los fenómenos naturales, en sus transformaciones y cambios; así es que esto se confirma en todos los momentos en que vemos que la energía al obrar se diversifica, para desdoblarse en actos de movimiento que á su vez se diferencian y multiplican, siguiendo así hasta construir vastísima serie que comprende la total evolución de la energía.

El estado potencial que consideramos no se dá de tal modo en la Naturaleza en este preciso momento; porque implica la destrucción y aniquilamiento de las formas todas; pero es indudable que á no existir la compensación antes señalada sería perfectamente real su existencia, según hemos demostrado. Y precisamente para que á tal resultado no se llegue nunca, es preciso una vida general del Cosmos; es necesario el cambio continuo é incesante, tantas veces nombrado, esa diferenciación eterna de la energía, que tanto semeja á la segmentación celular, para que á la vez que la energía cumple su evolución, esta se verifique también en las formas por reiterada diferenciación; de tal modo que las dos evoluciones, al cumplirse, produzcan cuanto existe, el astro que gira en el espacio describiendo inmensa órbita, el vegetal que crece en su superficie y el animal que sintetiza, por decirlo así, la vida de ese astro, parte de este inmenso organismo que llamamos Universo.

La misma energía, la propia fuerza que ha hecho brotar nuestro globo de una nebulosa, lo convertirá en astro muerto, en basáltico mundo que acaso rodando por el espacio se hará pedazos al chocar con otro mundo; ella conserva la luz y el calor del Sol, dá vida á cuanto existe y enciende en nuestro cerebro la divina antorcha del pensamiento; de tal modo, que si determinásemos, en cualquier momento, las equivalencias de estos trabajos, sus relaciones todas y su convertibilidad, habríamos llegado al perfecto conocimiento de la evolución total y completísima de la energía, escribiríamos en fórmulas sus variadísimos procesos y determinaciones, la ley que enlaza lo orgánico, lo psíquico con lo físico; que en una ley debé unirse todo, como en un punto de luz blanca se unen y funden los hermosos colores del iris. Hemos llegado á descomponer esta ley, tenemos aisladas todas las manifestaciones de la energía, faltanos unir-

las, fáltanos recomponerlas y obtener aquel punto en que se integran y unen en estrechísimo consorcio y enlace íntimo.

Ahora bien; ¿cuáles son los elementos de esta vida, que por cambio continuo y transformación incesante traducimos? Son los elementos del Cosmos, ó sea de su actividad, la sustancia, la fuerza, el espacio y el tiempo. Breves momentos voy á detenerme en su consideración.

Es el tiempo concepción abstracta de todas las sucesiones de hechos; el espacio es idea, también abstracta, de todas las existencias. Imposible separar las ideas de sucesión y tiempo, de espacio y coexistencia; mas no por esto hemos de concluir, que tales ideas de espacio y tiempo, sean condición primitiva del conocimiento de las sucesiones y existencias, sino, opinando con Spencer, producto de ideas perfectamente concretas, sistematización de una experiencia que comprende la evolución completa del entendimiento.

Para tener conocimiento del espacio necesitamos indagar posiciones coexistentes, puesto que no cabe concebir un espacio limitado, sino pensamos y suponemos sus límites coexistiendo; esto que decimos del espacio puede aplicarse al tiempo; comprendemos un fenómeno al producirse; pero para entender la sucesión de las transformaciones es fuerza distinguir y determinar los límites de cada una. En cuanto á la materia, pensamos de ella que aparece como constituyendo formas coexistentes, y de la fuerza, que apreciamos siempre como movimiento, decimos que es un grupo de posiciones coexistentes, que unimos mentalmente con las que va ocupando una forma dada.

De estemodo determinamos la vida general del Cosmos por la coexistencia de posiciones, la coexistencia de transformaciones, la coexistencia de formas, la constancia y eternidad de la evolución, en una palabra. Según esto, para nosotros, la eternidad de la vida, siendo un hecho, el Cosmos está formado por la reunión de todas las vidas individuales, que no son otra cosa que los cambios de las formas, persistiendo, sobre todos estos cambios, la energía siempre constante, increada é invariable.

Y no puede ser el Cosmos de otro modo, dadas las actuales ideas: imaginad por un momento que una sola forma no coexistiere con las demás: en aquel momento la evolución cesaría, la vida y el cambio perderían su razón de ser. Viene á constituirse el Cosmos, por lo tanto, de una vasta serie filogénica, que abraza, á la vez, todas las formas en su inmensa variedad; es punto en el que se reúne cuanto en él vive y existe, y se junta allí, no como en potencialidad, sino coexistiendo con la vida individual de los demás seres; el Cosmos es vida general, que á la vez se manifiesta en vidas individuales, como un movimiento, una energía potencial se manifiesta simultáneamente en una máquina, en multitud de formas de movimiento. Así como en la vida de un sér cualquiera coexisten y se dan á un tiempo todas sus funciones, y así como se mueve, siente, respira y circula por sus venas y arterias la sangre, del mismo modo el movimiento determinado por la energía cósmica se manifiesta en multitud de formas y posiciones coexistentes, en todas las formas de los seres, sea en los mundos infinitos, sea en las microscópicas moneras.

Ahora bien; probada y demostrada la vida general del Cosmos, ¿podemos afirmar su eternidad y darla como solución al problema propuesto?

Antes de resolvernos á tal cosa debemos examinar que sea esta vida del Cosmos en los seres que contiene y son producto de su actividad prodigiosa.

No completaríamos como se debe los datos que sirven para establecer la actual idea del Cosmos, si antes de descender á investigar las leyes de la evolución individual, reflejo de la vida de la totalidad, no entrásemos en algunas consideraciones respecto de la variabilidad de las formas, que más tarde ha de servirnos para precisar su evolución.

Al establecer la ley de la evolución que de la homogeneidad indefinida se pasa á una heterogeneidad definida, sufriendo el movimiento transformación análoga, nos demuestra que ningún sér se conserva idéntico á sí mismo, ni áun siquiera semejante en cada época de su vida, sino que, en mudanza continua, tiene en su desarrollo que sujetarse á ofrecer los caracteres de especies que le son inferiores; veamos, para combrarlo, el desarrollo y evolución del hombre.

Como la monera, ínfimo sér de la escala zoológica, procede el hombre de una célula simple, célula ovular conformada como el óvulo de cualquier mamífero y desenvuelta por los mismos procedimientos; por bipartición reiterada ó segmentación deriva de ella el cuerpo multicelular llamado morula, de la cual procede, mediante acumulación de un líquido interior, la vaxícula blastodérmica, nombrada blastófera, de que, á su vez, deriva otra forma, reproducción exacta de la forma filogenética de los metazoarios; y con esto solo, con considerar el desarrollo del óvulo humano, sin pasar de los primeros rebozos de la organización, encontramos ya formas que son de seres inferiores. Si después llegamos á estados superiores, á posteriores desenvolvimientos del organismo humano, encontramos todavía más confirmada esta variación de formas; el desarrollo embrionario nos asigna el mismo origen que á todos los animales, con el primer desenvolvimiento propio de los vertebrados, con la subsiguiente evolución de los ma-

míferos, con el mismo carácter que los monos y marcada semejanza con los antropoides, al ascender todavía en esta escala; y por fin, y diferenciándonos completamente de todos los demás animales y seres, con condiciones en toda época de nuestra ulterior evolución, que nos hacen variar á cada momento y período de nuestra vida, y nos diversifican,—y en esto debemos parar la atención—excluyéndose una forma á otra, contrariamente á lo que sucede en el conjunto, donde todas las formas coexisten. Y esta misma ley de variabilidad de formas, que es consecuencia clarísima de la instabilidad de lo homogéneo, se da así en el hombre como en los infusorios y espongiarios, en los actinidos, en los arácnidos, en los insectos, y en toda la escala zoológica, desde aquel esbozo de animal que se llama monera, hasta el organismo más perfecto que sintetiza la animalidad, hasta el hombre.

Las formas han de tener necesariamente el carácter de la masa de que proceden; considerad si no una infante ameba, si se parte en dos, cada una de estas partes conservará un carácter especial, que no es sino el carácter de la primitiva materia de que procede; por eso todos los seres, que al fin proceden de segmentaciones y diferenciaciones de los organismos más elementales, necesariamente han de conservar parecido con su origen.

Si ahora aspirais á investigar las razones de esta variabilidad de las formas y de la conservación de ciertos tipos, con arreglo á los cuales el desenvolvimiento se verifica, tendremos que venir á parar á la dependencia de la forma respecto del medio, que completa el estudio de la evolución general, constituyendo lo que se llama influencia del medio exterior en la forma.

En esta evolución incesante, en este cambio eterno y continuo de formas, hay ciertos puntos de reposo, ó más bien, estados de equilibrio que representan los tipos, las especies y los individuos; notándose que este equilibrio es tanto más estable cuanto más complicado es el organismo; por eso los seres superiores no cambian de especie, no varían de forma de un modo tan rápido y aparente como los organismos sencillos; el cambio de las moneras y amebas se ve todos los días; el cambio y transformación de seres más superiores es imperceptible; también la evolución en aquellos seres es más rápida y alcanzan pronto todas sus condiciones orgánicas, mientras que los organismos más complejos necesitan pasar por serie inmensa de estados intermedios, para darse en la plenitud de su desarrollo evolutivo; mas no pensemos que estos equilibrios son perfectamente estables y definidos, antes, por el contrario, convertibles unos en otros, siempre que para ello ocasion se presente, ó lo que es igual, siempre que se ofrezcan condiciones á la transformación favorables. Así es que si las condiciones de los corpúsculos ó glóbulos cloffleños se modifican, se reúnen, formando una ameba; si las condiciones de los seres que viven en el agua del mar se modifican, pueden llegar, como ya se ha demostrado, á cambiar sus órganos y convertirse en animales de agua dulce, por ejemplo.

Necesariamente al observar la constancia de la forma del tipo ó de la especie á que un individuo pertenece, ha de ocurrir preguntarse la razón de esta permanencia y conservación del modelo primitivo.

Digimos que ningún individuo se conserva idéntico á sí mismo, y, sin embargo, es un hecho, fuera de toda duda, que se mantiene en cada especie y clase de seres un tipo común; todos los mamíferos, por ejemplo, guardan y poseen el rasgo característico de su clase, todos se nutren lo mismo, su fuerza interna se transforma por medios parecidos, y llevan en sí la expresión de la identidad de origen, ya observemos el mamífero más elemental, ya consideremos al hombre. ¿Cabe preguntar de qué depende esta estabilidad del tipo ó de la clase, cuya existencia por opuestas condiciones se establece? A esta pregunta se contesta con la influencia del medio exterior en el desenvolvimiento y evolución de las formas; asuato en el que en este momento no debo entrar, porque sería abusar de vuestra ya cansada atención; basta ahora indicar que las condiciones especiales en que los seres viven pueden modificar su forma y hacerlos aparecer con caracteres y signos que indican la variación de la especie. Muchos experimentos de naturalistas tan distinguidos como Darwin, Haeckel, Plateau y otros, esfuerzan esta afirmación, que se vé también comprobada por los resultados obtenidos con las actinias y otros pólipos y aun con ciertos insectos, cuyas formas varían y se modifican á voluntad del experimentador, con solo cambiar las condiciones del medio externo en que tales seres viven.

De las anteriores consideraciones se deduce que el Cosmos vive como Todo y que esta vida está determinada por el cambio coexistente de las formas y la eternidad de la energía que causa todas las transformaciones: demuestra lo primero el estudio de la vida de las partes ó seres que este Cosmos encierra, y lo segundo es una consecuencia ó deducción de los principios matemáticos de la teoría del calor. Sin violentar, pues, la teoría de la evolución, podemos decir, que el desenvolvimiento del Cosmos es vasta serie filogénica, en la cual todas las formas de los seres coexisten y que este Cosmos no es otra cosa que producto de la potencial que reside en su todo, y que desenvolviéndose, según ley de evolución, se dá como

energía actual y determinada en cada uno de los desenvolvimientos y transformaciones de los seres, que, á modo de series ontogénicas, se ofrecen como reflejo ó reproducción, en cada sér, de la total evolución del Cosmos.

Para fundar resueltamente este concepto del Cosmos, fáltanos examinar, muy ligeramente, lo que hemos llamado *vida individual*; esto es, evolución y cambio de los seres.

Hemos determinado la vida del Cosmos por la coexistencia de todas las formas de los seres, y al estudiar esto; debemos advertir que si tomamos cada clase de seres en conjunto, hay que establecer también series filogénicas en las que cabe apreciar á un tiempo el conjunto de formas de cada clase de seres; mas si consideramos uno aislado, entonces, aunque en él se den todas las formas, la serie es ontogénica en cuanto una forma excluye inevitablemente á las demás, de donde resulta que únicamente para el individuo aislado existe el tiempo; ya que solo puede tener idea de él mediante la sucesión de sus distintas formas. Representémosnos una vez al Cosmos como la máquina de que varias veces he hablado; distribúyese la potencial en muchos trabajos que coexisten y simultáneamente se realizan; pero en cada mecanismo, un momento del trabajo, una forma del movimiento, excluye á las demás.

A fin de aclarar este concepto, consideremos los diversos órdenes de seres que en el Cosmos existen, á saber: astros, plantas y animales. En un astro no encontramos más que una forma; una nebulosa, por ejemplo, no es más que nebulosa; un astro concrecionado y muerto, como la luna, no es otra cosa tampoco; es decir, que una forma excluye á las demás; pero contemplad todos los astros y en su infinita serie encontrareis coexistiendo todas, absolutamente todas sus formas, desde la nebulosa irresoluble, hasta los astros sin vida como nuestro satélite: en un vegetal no determinais actualmente más que una forma, un período de su vida; pero en todos los vegetales coexisten todas las formas: en un animal no veis más que su actual desarrollo, que es un determinado momento de su evolución; pero en toda la escala animal coexisten cuantas formas, desarrollos y evoluciones caben; de aquí que el tiempo, en realidad, solo existe para la serie ontogénica, para la evolución del individuo; que para la serie filogénica, que significa el conjunto total y completísimo de desarrollos y evoluciones, sólo hay la eternidad, idea que justamente confirma el estudio de la evolución general del Cosmos.

Precisemos más, para concluir, esta idea. Los seres, considerados individualmente, cumplen un ciclo de metamorfosis muy limitado, en cuyo ciclo ó evolución una forma excluye á las otras, de tal modo, que el sér tiene idea del tiempo por esta sucesión de formas. Al considerar una clase de seres, como hay más formas, el ciclo es mayor, y entonces ya las formas existen todas á la vez, porque no todos los seres que la clase comprende están en el mismo y preciso punto de su desarrollo, sino que cada uno se encuentra en un punto distinto de su evolución ontogénica. Si reunimos todas las series ó grandes ciclos de evoluciones que comprenden todas las clases y especies de seres, llegaremos á constituir una serie vastísima que comprenderá todas las evoluciones de todas las formas; esta gran serie filogénica es precisamente el Cosmos. Un ejemplo hará esto más claro. En el momento que una piedra cae sobre la tranquila superficie de las aguas, un sólo elemento se mueve; después este movimiento se propaga en ondas, cada vez mayores, y cuyos límites se distinguen ménos á medida que su diámetro aumenta, hasta que llega el movimiento como á recogerse dentro del agua, y todo queda tranquilo. El primer movimiento semeja la evolución individual ontogénica, que por segmentación vá haciéndose cada vez mayor, pero conservando siempre su carácter de onda; las ondas mayores parécense á las evoluciones filogénicas de las especies ó conjuntos de seres, y así como al hacerse las ondas más grandes se van extinguiendo los límites, de igual manera se extinguen los límites de las series filogénicas, hasta que desapareciendo completamente, determinan esa serie de series, esa vastísima evolución que todo lo comprende, y en cuya eternidad todo coexiste.

Resumiendo lo espuesto ya podemos decir: los seres viven y se forman por serie ontogénica, esto es, excluyéndose unas formas á otras, vive y se forma cada clase de seres por serie filogénica, ó lo que es lo mismo, coexistiendo ó dándose á la vez el conjunto de formas que determina el sér consecutivamente en su vida, y por último, la reunión de los seres, esto es, el Cosmos, determina su vida en una vastísima serie filogénica, en la que existen á la vez todas las formas de los seres todos.

Los principios de la Termodinámica, de una parte, y de otra los estudios de la evolución de los seres, nos inducen á formar, en el momento actual, este concepto cosmogónico.

Es el Cosmos como el mar, oleaje incesante, infinito, eterno; y así como necesitamos el estudio y consideración de cada ola para comprender el movimiento del mar, así el estudio de la vida y de la evolución del ser, ola de este mar de la vida, lleva á comprender la vida y evolución del todo. Que de esta suerte, avanzando por todas partes en lo finito, se llega á la comprensión de lo infinito, inmutable y eterno.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

## LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCION.

HOICHE.

I

El día 23 de Mayo de 1789 declaró Luis XVI de la manera más terminante que *no cambiaría nunca la institución del ejército*, es decir, que los grados serian para los nobles, que el soldado seria siempre soldado toda su vida. Entonces fué cuando Jourdan, Joubert y Kleber, abandonaron el servicio militar como una carrera desesperada, como un oscuro in-pace que nada les daba á cambio de los muchos sacrificios que les imponia. Su porvenir estaba fijado por aquel acto del monarca. Jóvenes, de gran corazon y sintiéndose con aliento bastante para acometer altas empresas, se veian, sin embargo, privados de toda esperanza; estaban clavados para siempre en sus actuales empleos. Entre los muchos á quien anulaba la voluntad real habia un hombre devorado por el afán de instruirse, un hombre en cuya frente resplandecia la llama del génio. Este hombre era Hoche, un pobre sargento de guardias franceses, que pasaba los dias estudiándolo todo como si presintiera el papel que el destino le reservaba.

Huérfano desde niño no tuvo más educacion que la que él mismo se dió á costa de grandes trabajos; su padre fué soldado en su juventud y despues, cuando dejó el servicio, palafrenero en las caballerizas reales. A su muerte, una hermana suya se encargó del niño, pero le tuvo poco tiempo á su costa: pronto el huérfano se bastó á sí mismo.

A los veinte años hacia su educacion, estudiando de una manera prodigiosa. Para comprar los libros que le eran precisos bordaba de dia chalecos de oficiales, que vendia en un café, que hace poco existia aún, debajo de Puente Nuevo, en París, y de noche sacaba agua. Su imaginacion tenia entonces una actividad febril; devoraba á Rousseau, el breviario de la revolucion, y hacia votos porque la revolucion llegase. La idea de un largo viaje le atraia. Se alistó en el ejército creyendo ser destinado á un cuerpo que iba á la India; pero despues supo que por una superchería, general en los reclutadores de aquel tiempo, le habian hecho firmar un enganche para los guardias franceses. Se resignó á no salir de su patria y siguió estudiando con ardor.

Hoche era alto y hermoso. El talento iluminaba su rostro juvenil, dándole un aire que le diferenciaba de sus compañeros. Un dia, en un ejercicio, una dama de la nobleza que le vió pasar, dijo, señalándole con el dedo: «¿Veis ese soldado? No es el soldado, es el general.»—El instinto femenino le habia adivinado, le habia visto tal cual era bajo su humilde uniforme de sargento.

II

El 14 de Julio, Hoche estaba entre los vencedores de la Bastilla. Despues del licenciamiento de los guardias franceses entró en la guardia parisiense instituida por Lafayette. Un dia de maniobras en los Campos Eliseos, el ministro de la Guerra, Servan, se fija en él y pide el nombre de «ese jóven que dirige tan bien su compañía.» Cuatro dias despues recibe el nombramiento de teniente y va á servir al ejército de los Ardennes á las órdenes del general Leveneur, que le hace á poco su ayudante, encantado con él por haber salvado la artillería sin perder un solo cañon en la retirada de Maestricht.

Recibe más tarde la órden de encerrarse en Dunquerque, que, á haber caido en poder del enemigo hubiera sido uno de los mayores peligros que podia correr la nueva Francia por su especial situacion, y durante el sitio hace prodigios defendiéndose con 7.000 hombres de los 20.000 ingleses y 20.000 austriacos que la sitiaban. La guardia cívica estaba desanimada y él levantó su espíritu; los marineros se sublevaron y él los volvió al sentimiento del deber. A todos infundió su patriotismo y su entusiasmo. En una salida destrozó la izquierda inglesa mientras Jourdan aniquilaba la derecha. A lí formó un plan de campaña que envió al comité de Salud Pública y que, seguido á la letra, más tarde, decidió la campaña de Holanda.

Un dia, el 1.º de Octubre de 1789, Carnot, que estaba en el Comité sentado á la derecha de Robespierre recibió una carta firmada por Hoche, un nombre desconocido, que incluía el proyecto de un desembarco en Inglaterra. «No pido,—decia,—grados ni empleos, sino el honor de ser el primero en pisar la tierra de esos bandidos políticos.» Carnot pasó la carta á Robespierre que la leyó atentamente y frunciendo el entrecejo, murmuró: «Hé aquí un hombre peligroso,» y es que Robespierre, amante celoso de la República como Saint-Just, tenia el presentimiento de que moriría á manos de un general. Y nadie para matarla mejor que Hoche, que á todos los excedia y que llevaba en esto ventaja al mismo Bonaparte, porque era querido con idolatría por sus subordinados. El célebre Michelet preguntaba un dia á un viejo general, conocedor de aquellos tiempos y de aquellos hombres:

—¿Quién creéis que, caso de una lucha, hubiera vencido: Hoche ó Napoleon?

—Hoche, porque era amado.

¿Y qué hacia para esto? Amar. Cariñoso con sus inferiores, extendia su cariño á sus jefes. Los

militares, Ney, Lefevre, le hubieran seguido ciega- mente á todas partes. Los héroes de la República, Dessaix, Championnet, no hacian distincion entre la República y su general. Si no hubiera muerto, como murió, él solo, apoyado en sus gloriosas amistades, habria opuesto fuerte valla á las ambiciones de Napoleon. Dios no lo quiso, y la revolucion fué vencida.

III

Veintiseis años tenia Hoche cuando realizaba tales maravillas en Dunquerque. En otro tiempo, llevado de un movimiento impetuoso, habia escrito una carta á Carnot, que dijo al leerla: «Este sargento irá lejos.» La prediccion empezaba ya á cumplirse.

Nombrado para el mando del ejército del Mosela, que debia romper la línea de los Vosgos, levantar el bloqueo de Laudan y efectuar su union con Pichegru, que mandaba el ejército del Rhin, causó gran entusiasmo al ejército antes de que hubiera hecho nada. Un oficial escribia: «He visto al nuevo general. Tiene mirada de águila, penetrante y altiva, es fuerte como el pueblo y jóven como la revolucion.»

El ejército del Mosela, sacrificado en provecho del ejército del Rhin, y muy debilitado porque continuamente se sacaban de él batallones que iban á reforzar las tropas de Pichegru, era incapaz de seguir un plan de campaña metódico. Debia ganar en rapidez lo que en solidez perdía. Así lo comprendió Hoche, y en pleno Diciembre suprimió los bagajes y hasta las tiendas. Esta determinacion levanta murmuraciones que llegan al oido del general, el cual da una órden privando al regimiento que primero habia murmurado, del honor de tomar parte en el combate que se preparaba. Todos sus individuos fueron con los ojos llenos de lágrimas á pedir á Hoche que levantase el infamante castigo y los permitiese pelear en la vanguardia. El general se lo concedió y el regimiento, para darle gracias, hizo prodigios de valor.

Sus primeros ataques son desgraciados, y en Kaiserslautern no consigue su objeto. Esto, sin embargo, redobla el ardor de sus tropas que gritan por donde quiera: «Landau ó la muerte.» La derrota de Kaiserslautern iba á tener su segunda parte, desastrosa como la primera, en Fraeschwiller. Los reductos del enemigo, en forma de anfiteatro, estaban defendidos por una formidable artillería. Al aspecto de las trincheras y de la triple línea de baterías que la coronan, los batallones republicanos vacilan. Pero Hoche conoce á sus soldados, y alegremente saca á subasta aquellos cañones tan temibles. «Comaradas—grita recorriendo las filas—á 400 libras cada cañon prusiano... ¡A 500, á 600!...» «¡Adjudicado!» responden riendo los soldados, y calando sus bayonetas se arrojan sobre ellos á paso de carga. En ménos de una hora toman las tres líneas de reductos y se apoderan de 18 cañones y 24 cajas de municiones que los prusianos abandonan en su fuga. Y las piezas conquistadas son satisfechas en el acto, delante de Hoche, al precio de la adjudicacion.

Los prusianos cedieron, el ejército francés atravesó la línea de los Vosgos, operando su union con Pichegru. Cuando los dos generales se encontraron, Hoche se arrojó en brazos de su colega y notó con asombro la frialdad con que éste le recibia. Unidos ya, se decidió que Hoche tomase el mando en jefe, y las operaciones se llevaron desde entonces rápidamente. Poco despues los prusianos eran rechazados del Rhin y la Alsacia se habia salvado.

Pero no era esto solo lo que queria el Comité. Equivocado sobre el modo de ser del ejército francés—falta de instruccion militar para que pudiera ser maniobrero—queria que se hubiera envuelto á los austriacos, plan irrealizable para soldados bisonos que solo eran fuertes por la pasion, y que por lo tanto carecian de condiciones para servir de instrumento á los cálculos tácticos, y Hoche recibió la órden de detenerse. Furioso por esta detencion escribió que rompería su espada é iria á vender fruta en casa de su tia la frutera, y el Comité, indignado por este lenguaje que no estaba acostumbrado á oír, le separó de sus soldados «para darle otro destino.»

Este destino fué la prision de Carmes.

IV

En esta prision Hoche no tenia más que un calabozo de seis piés cuadrados, falto de aire y de luz que daba á un establo, cuyas emanaciones de amoniaco debilitaron la vista del general, que desde entonces se vió obligado á gastar anteojos. Despues fué trasladado á la Consergería; aquí y como allí se dedicó á la lectura de Séneca y Montaigne: esos inteligentes panegiristas de la muerte, y á escribir por sí mismo retratos de costumbres y caracteres.

Ningun peligro mayor que aquella estancia para un alma que tuviese fé en la República. Allí estaba la sociedad antigua, terriblemente corruptora, pero no ya por sus encantos, sino por la compasion. Engendraba la duda. El prisionero asistia á la última hora de las víctimas, veia sus lágrimas. Ninguna escuela más á propósito para odiar la Revolucion.

Pero el corazon de Hoche era demasiado grande para abandonarse á esta influencia. Se ve por sus escritos que hacia esfuerzos por rechazar esta

muerte moral que le amenazaba. Escribia cosas alegres por más que siempre estuviera triste.

Un dia que se paseaba melancólicamente por un corredor sombrío, abrióse una puerta, y un hombre de alta estatura se inclinó para entrar por ella. Cuando se enderezó, Hoche reconoció el noble, el impassible, el temido rostro de Saint-Just. Era el 9 Thermidor. Hoche salia y Saint-Just entraba.

El que salia era incapaz de insultar á sus enemigos que venian á ocupar la prision que él abandonaba. Cualquiera que fuese el error fatal de los jefes terroristas, Hoche conocia su sinceridad, su amor á Francia. Nunca dijo contra ellos una sola palabra. Recordándole un dia un oficial que habia estado al mismo tiempo que él en la Consergería: «Olvidemos eso, amigo mio,—le contestó,—por miedo á que ese recuerdo nos haga injustos hacia los que sirvieron á la patria exponiendo sus vidas y se inmolaron por ella.»

V

Despues del Thermidor y de la muerte de Saint-Just, Hoche es destinado á la Vendée. ¿Qué iba á hacer en aquella guerra despiadada en que hasta la misma victoria se vestia de duelo, el jóven general en quien Ney y Lefevre veian la estrella de la República? Iba á darle nuevo aspecto, á presentarla bajo nueva fase: de cruel que era la hizo humana; sus primeras palabras fueron conmovedoras: «Franceses,—decia,—volved al seno de la madre patria. No creais que queremos vuestra perdida. Yo vengo á consolaros... ¡y yo tambien he sido desgraciado!»

Las ciudades sufrían mucho con la estancia en ellas del soldado, y este mismo se enervaba y tendia á la indisciplina. Hoche tomó la útil medida de sacarle de sus alojamientos y hacerle acampar en una serie de pequeños campamentos que vigilaban el país como envolviéndole en una red. La ley autorizaba al ejército para que tomase el quinto de la cosecha; el aldeano se sorprendió mucho al ver que el general proveia por sí mismo de si- miente á los que carecian de ella, daba víveres á los más necesitados, se hacia, en fin, el padre común del pueblo y del soldado.

Otro bien inesperado recibieron de él los campos. En la Vendée se obligaba al paisano á destruir sus setos y vallados que tan necesarios le son para darle follaje y para esas mil cosas que se sacan de los pequeños bosques. Hoche los permitió, mostrando así que no le preocupaban las emboscadas ni temia ser asesinado. Sin embargo, atentaron cuatro veces contra su vida. La primera, envió 25 luises á la viuda del asesino; la segunda, se encargó de alimentar á los hijos de aquel nuevo insensato.

La campaña en este punto es admirable. El país en masa, conmovido, fanatizado por los realistas, se levanta contra la República. Los chuanes recorren los caminos asesinando viajeros inofensivos, y las aldeas saqueando las casas de los patriotas; una vez mataron á nueve niños que iban á ingresar en la escuela de Marina. Inúndase el país de asignados falsificados en Holanda con tanto arte que era imposible distinguirlos de los buenos, y la rebelion aparece disponiendo de montes de oro, tan necesarios para pagar servicios de los miserables que en las guerras civiles se alistan á cualquier bando. Mientras sus enemigos cuentan con poblaciones que se sublevaron dando á la insurreccion todos sus hijos, y con socorros de emigrados, y proteccion de los ingleses, Hoche logra apenas reunir con gran trabajo trece mil hombres, y con ellos se defiende, con ellos se bate, con ellos conserva enhiesta, entre el humo de las batallas, la bendita bandera de la República que, como el sol en un cielo tempestuoso, se eclipsaba algunas veces pero siempre volvia á aparecer triunfante y esplendente entre las nubes que rompía con sus rayos.

Cuando un golpe decisivo, la sorpresa de Quicheron, permite á Hoche, investido de un poder dictatorial y del mando de los tres ejércitos de las costas, aplicar sin escrúpulo y sin peligro su sistema, á la vez hábil y humano, que debia ser la ley de toda la guerra civil, lo pone en práctica en seguida.

Empezó por desarmar á los pueblos. Los hacia rodear per sus tropas, se apoderaba de sus ganados y se los volvia á cambio de fusiles.

Pero no solo habia que quitar armas á las manos; habia que quitarles tambien el fanatismo. La Convencion acababa de decretar la ley sobre libertad de cultos, y Hoche se apresuró á difundirla por los campos, prescribiendo á los generales que promulgasen y á la vez predicasen en todas partes la tolerancia religiosa. El mismo escribia: «Los romanos, á quienes nos parecemos un poco, sometian á los pueblos por la fuerza de las armas y los gobernaban por la política... Es moral y político conceder la libertad de conciencia á todo ser que piense. Una religion cualquiera ocupa á veces, en el hombre ménos instruido, el lugar de las más caras afecciones; puede ser para él el freno de sus pasiones y la recompensa de sus trabajos.» Y dirigiéndose á los aldeanos les decia: «Volved á levantar vuestras cabañas, labrad vuestros campos y orad á Dios.»

Se apresuró tambien á levantar el estado de sitio. Costábale trabajo como soldado recurrir á ese medio extremo; como ciudadano, le horrorizaba el Gobierno militar. «El Gobierno militar—escribia—es un Gobierno de esclavos, y por lo tanto

no puede convenir á los hombres que han comprado con su sangre la libertad francesa. ¡Dios mío! ¿Qué sería una República en que una porción de sus habitantes estuviera sometida á uno solo? ¿Qué sería entonces de la libertad?»

La generosidad de Hoche dió bien pronto sus frutos. Los campos se repoblaron poco á poco; los aldeanos dejaron de mirar como enemigos á los azules. Los jefes rebeldes que no huyeron fueron presos y fusilados.

Los días 28 y 29 Mesidor del año IV, el Consejo de los Ancianos y el Consejo de los Quinientos decretaron que el ejército de las costas del Océano había merecido bien de la patria; y Hoche recibió el nombre más bello que el de vencedor, el nombre de *Pacificador de la Vendée*.

## VI

Concluida la campaña de la Vendée, pensó Hoche en tomar su revancha sobre Inglaterra.

En su concepto el único medio era buscar la guerra en su fuente, allí de donde salía el tesoro que sostenía los ejércitos del continente. El único medio de contener á Inglaterra en la guerra que, sin mezclarse en ella, hacía esta nación al mundo, no era, como equivocadamente creía Bonaparte, herirla en los Alpes ó en Egipto, sino sacudirla fuertemente y desde más cerca, amenazándola por Irlanda. No se trataba de vencer, sino de mantener en continua alarma, de espantar al comercio, á la banca, á la Bolsa, intimidar al enemigo, y dar alientos á Francia. Tales eran los proyectos de Hoche, proyectos atrevidos y desinteresados, pues ni aun tenían necesidad de la victoria.

La invasión, imposible á todas luces en 1804, cuando la intentó Napoleón, era muy posible en 1793 y los años siguientes. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque no estando advertida del peligro, Inglaterra no se había aun preparado, no contaba aún con los grandes medios de defensa que durante diez años acumuló. En 1795 Nelson y Collingwood eran simples capitanes, los almirantes no daban señales de vida, los ingleses abandonaban á Córcega. Pero la razón capital que hacía tan razonable el plan de Hoche como lo fué el de Napoleón, es que entonces existía una Irlanda, un pueblo que tendía sus brazos á los franceses, y que aun no había sido ahogado en sangre, aun no había entrado en esa senda de miseria creciente y e hambre que nos ha hecho testigo del fenómeno más terrible, el anonadamiento físico de una raza sin que esta raza desaparezca ni siquiera disminuya de población.

Mientras Bonaparte y Massena luchan con la nieve, Hoche afronta las tempestades del Océano. La flota de Brest no está pronta; «irá solo.» El Directorio le niega el permiso y le crea obstáculos sobre obstáculos; no había bastantes buques de vela: «Pronto—decía Hoche—nos harán creer que no hay agua en el mar.»

Por fin la flota se hizo á la vela para Irlanda, pero dos días más tarde, en una noche oscura en que los barcos no se veían unos á otros, y en que era muy fácil un choque. Cuatro navíos se extraviaron, y fué preciso esperar al día siguiente para continuar la marcha. Nuevo siniestro en la noche del 17: el *Seduisant* se va á pique y se hunde en el abismo con sus 74 cañones y los 1.300 hombres que llevaba.

La flota tenía por punto de reunión un puerto de Irlanda, la bahía de Bantry; una espantosa tempestad la arroja contra los escollos durante la noche del 18, separando de ella á Hoche. En ausencia del general, el contraalmirante Bouvet reúne los restos diseminados, y aplacada la tempestad, entra en la bahía con 17 navíos que llevaban 7.000 hombres. Pero vuelve á soplar el viento y corta los cables, haciendo rumbo á Francia. Combatida segunda vez por la tempestad tardó la escuadra quince días en llegar á Brest.

Al mismo tiempo llegaba Hoche á Bantry. ¡Nadie! El mar vació! Cuando supo que los suyos habían partido sin desembarcar, creyó morir de rabia y de dolor. El Directorio no aumentó con sus reproches la amargura que Hoche podía sentir por la pérdida de su hermoso sueño. Le llamó, y alejándole del lugar de estos reveses le dió el mando del ejército de Sambre et-Meuse. Pero el general republicano, en su obstinada convicción, escribía á uno de sus amigos: «Aunque mi fortuna me lleve, como espero, á las puertas de Viena, la abandonaré para correr á Dublin y de allí á Londres.»

Pero en estos momentos recibe un correo del ejército de Italia que le lleva los preliminares de la paz firmados en Léoben.

Bonaparte acababa de entregar Venecia al Austria. ¿Con qué objeto? Sin duda con el único de detener á Hoche en sus triunfos. Tanto le impacientaban éstos que antes de escribir á los directores que habían hecho la paz escribe contra todas las conveniencias, á Hoche que estaba en Francfort, á fin de detenerle y cerrar la campaña.

Hoche, sin embargo, en su magnánimo patriotismo, se alegró con la noticia de una paz que venía á interrumpirle en medio de sus triunfos. Escribió á Berthier: «Me felicito, con todos los franceses, de la nueva que me trasmítis,» y al Directorio: «El ejército que mando ha cogido la noticia de la paz con la más dulce emoción.»

Concedía á Bonaparte las altas virtudes de abnegación y sacrificio que solo en él existían. Su gran alma no daba acceso más que á dos senti-

mientos, la amistad y la admiración. Bien se pudo ver cuando los patriotas, reprochando al Directorio por sostener en Bonaparte, no á un general sino á un verdadero tirano de Italia que hacía en ella lo que se le antojaba sin contar con la República, pedían que fuese detenido en medio de sus tropas por el general Hoche; éste, de quien parecía acérrimo enemigo, de quien se burlaban los partidarios del futuro emperador, se indigna con tales suposiciones, las rechaza, sale garante de aquel á quien llama su hermano de armas y en una entusiasta carta responde así del patriotismo de Bonaparte: «Ah, bravo joven, ¡qué militar republicano no arde en deseos de imitarte! Conduce á Nápoles, á Viena, nuestros ejércitos victoriosos. Responde á tus enemigos personales humillando á los reyes, dando á nuestras armas nuevo lustre, y déjanos el cuidado de tu gloria; cuenta con nuestro reconocimiento.»

Y añade: «Cuenta también que fieles á la Constitución, la defenderemos contra los ataques de los enemigos del interior.»

## VII

Veintinueve años tenía Hoche cuando dejó de existir el 19 de Setiembre de 1797. ¿Murió de la pena que le causó verse acusado de traidor por los realistas con motivo de un nuevo proyecto de invasión de Irlanda? ¿Murió envenenado? No se sabe. Su estómago y sus intestinos presentaron en la autopsia grandes manchas negras. Desde su último viaje á París este joven tan robusto se sentía consumido con un fuego que no podía apagar. «Parece—decía—que tengo puesta la túnica de Neso.»

Murió cuando empezaba á creer que tal vez fuese útil contra Bonaparte; cuando empezaba á preocuparse de aquel astro revoltoso que se levantaba hacia Italia. «Si quiere hacerse déspota—decía á O'Connor—tendrá que pasar por cima de mi cadáver.»—Venceré á la contra-revolucion, había dicho en otra ocasión, y despues romperé mi espada.»

Napoleón se formaba verdadera idea del valor de Hoche. «Si hubiera desembarcado en Irlanda—escribía—su expedición, habría tenido éxito, por que Hoche tenía todas las condiciones necesarias para asegurarlo.»

Hemos dicho que el héroe de la Revolución fué amado de todo el mundo, y debíamos haber hecho una excepción. Le odiaban los agiotistas, los proveedores, esos cuervos que siguen á todas partes á los ejércitos ansiosos de chupar su sangre generosa. Le odiaban también los militares que querían la guerra, no para afianzar la República, para defender la libertad, sino como medio de medro personal.

Napoleón mismo se ha atrevido á decir de Hoche: «Era ambicioso.» Es verdad, Hoche era ambicioso, pero con una ambición santa y generosa que él era incapaz de comprender y mucho ménos de sentir.

P. RUIZ ALBISTUR.

## LA POBLACION DE AMÉRICA.

SU AUMENTO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

Los dos sistemas.

Sin necesidad de inspirarse en el ejemplo que presentan los Estados- Unidos,—ese niño mimado de la fortuna convertido en un verdadero coloso, merced al aumento casi fantástico de su población—todos los hombres públicos de la República Argentina, sus Gobiernos, su prensa y sus Parlamentos, comprendieron, desde la caída de la tiranía abominable de Rosas, que la primera de sus necesidades, una vez recobrada la libertad y afianzada la paz, era hacer todo cuanto fuere posible por atraer al país la emigración extranjera, buscando así los medios de explotar las inmensas riquezas que su vasto suelo atesora.

En este sentido he trabajado yo también, durante veinticinco años, en la prensa y en las Cámaras, sosteniendo ideas, que, no siempre aceptadas por los Gobiernos, el tiempo y la experiencia se han encargado de justificar, y declararlas como las más prácticas en esta importante cuestión de las emigraciones.

Dos sistemas han existido y existen aún para moverla hacia los inmensos territorios de América: la emigración artificial, y la emigración espontánea.

Llamo artificial á la que se lleva á cada país por cuenta de los Gobiernos, por medio de contratos entre sus agentes y el emigrante; contratos en que establecen las condiciones del pago de los pasajes, y las donaciones ó préstamos que se les hace al incitarlos á cambiar de domicilio.

He creído siempre, y la experiencia me lo está demostrando con ejemplos de todos los días, que ésta es, no sólo la peor de las emigraciones, sino causa constante de serias perturbaciones para el país en que tal sistema se adopta.

Y la razón es clara.

Un individuo, una empresa cualquiera, celebra un contrato con un Gobierno para llevar al país un número dado de emigrantes.

¿Cuál es el móvil que le guía al hacer la contrata?

¿Amor al país?

¿Deseo de verle prosperar con el aumento de su población?

No vivimos en tiempos en que se crean estas candidades.

El contratista es un especulador. Su ambición es realizar ganancias, introduciendo en el país el número de *enganchados* que se ha comprometido á llevar, sin cuidarse para nada, ni ménos *importarle un bledo de la clase* de emigrantes ó colonos que lleva.

¿Se comprende ó se calcula á cuántos abusos é infamias se presta este sistema?

Aquí está la verdad de lo que sucede: el contratista sale en busca de gentes á quienes *engancha*, sin averiguar si reúnen ó no las condiciones de moralidad de que habla su contrato, y si son ó no aptos para trabajar. Les habla de América como de otro *El Dorado*, donde el oro se encuentra, no cavando la mina, como en California ó el *Chinarillo*, sino simplemente removiendo la tierra con el pie. Les dice que en América la vida no cuesta nada, que todo se obtiene á precios tan ínfimos, que es regalada; y que, por consiguiente, todo, todo cuanto puedan ganar, son *utilidades, beneficios*, que pueden ir atesorando para formar un capital con que regresar en tres ó cuatro años.

Con esta propaganda se consigue *engancha* individuos que, no pocas veces, ni habían oído nombrar el país para el cual se les lleva.

¿Son sanos?

¿Son enfermos?

Esta es cuestión que tampoco preocupa al contratista, cuya única preocupación es esa:—llenar el número....

Por fin lo ha conseguido, y la expedición está en viaje para América, diré para precisar todo, para la República Argentina.

Los contratados, bajo los auspicios de tan seductoras promesas del especulador, llegan allí, y como al posar la planta en la tierra prometida no ven surgir en su seno los *duros y las onzas* de que el contratista les habló, entran en el país bajo esa impresión siempre sombría del *desencanto*.

A partir de ese instante, ese emigrante, ese colono, ya no encuentra nada bueno, todo le parece malo, vive disgustado, no quiere trabajar, hasta que finalmente estalla, diciendo que *le han engañado*.

¿Qué le sucede entonces?

Esto es lo práctico: que el Gobierno, convencido de la inutilidad de semejantes colonos, los deja en amplia y completa libertad para que se vayan á donde mejor los cuadre, *habiendo perdido todos los adelantos hechos* en pasajes, instrumentos de labranza, animales, semillas, transporte de la capital á las tierras acordadas, y, en fin, todos, todos los desembolsos hechos, según contrato.

Esta es la historia de lo sucedido en algunos pueblos de América, y principalmente en el imperio del Brasil, que despues de haber gastado varios millones de *duros en llevar emigración* por ese sistema, se ha quedado sin ella y sin los millones.

Por eso solo, es decir, por considerarlo pésimo, en mi carta al honorable ministro de Fomento le hacia presente que la República Argentina no tenía en Europa *ni contratistas ni agentes* de esos que enganchan gente, los unos para llenar sus compromisos, tomando *pèle mèle* á todo el que se le presenta, los otros engañando á los incautos á quienes arrancan una comisión para *consignarlos* á América.

Y hoy me siento feliz de que me lleguen documentos importantes de mi país, en apoyo de lo que, hace tres meses, aseguré al Sr. Albareda, y he repetido despues en varios artículos consagrados al estudio de esta cuestión de las emigraciones.

Citaré esos documentos, que á la vez que justifican mis afirmaciones, revelan las opiniones del Gobierno argentino respecto á la que llamo *emigración artificial*.

El doctor del Viso, ministro del Interior,—uno de los campeones más ardientes del progreso de su patria,—en la importantísima Memoria que del movimiento de su ministerio acaba de pasar al Congreso, dice estas palabras, hablando de los inconvenientes que han producido *ciertas remesas* de emigrantes de esas que se hacen en virtud de contratos.

«1.º No ha sucedido lo mismo respecto de la segunda parte de la inmigración, expedida por el contratista, resultó no ser agrícola, tener muy avanzada la edad, adoleciendo de vicios orgánicos y dolencias físicas que, sobre inhabilitarla para las faenas rurales, ha querido una costosa asistencia de médicos y medicamentos. El último contingente compuesto de 18 familias tiroleras que en vez de internarlo á la Colonia Resistencia, debió ser devuelto á Europa á cargo del contratista, si se le hubiera examinado escrupulosamente al tenor del contrato, acaba de ser extraído de la Colonia, dándose soltura á las familias en Corrientes, por convenio con ellas mismas.»

2.º Despues de permanecer en Resistencia siete meses en pleno estado de motin y ociosidad, subvertiendo el orden y perturbando la marcha de la Colonia, según avisos oficiales de ambos gobernadores del Chaco y de Corrientes ha resultado, no solamente inadecuada para la colonización agrícola, sino de la peor *condición moral* que pueda ofrecer la emigración europea.

3.º Es lo que acaba de llegar á conocimiento del Ministerio á mi cargo, por un informe telegráfico de 3 de Julio, del secretario mismo de emigración, comisionado con amplias facultades para resolver las cuestiones suscitadas por aquellas familias y arreglar la marcha de la Colonia como mejor crea convenir á su adelanto y progreso.

4.º Segun la opinion de este esperto empleado, esas familias cuyos jefes se han sublevado en su presencia misma haciendo armas contra la Comisaría, deben, aun hoy mismo, ser devueltas al empresario por encontrarse fuera de todas las condiciones del contrato. Pero el Gobierno, reconociendo el derecho que le asiste para ello, ha preferido adoptar un temperamento conciliatorio; accediendo á su propia solicitud ha ordenado se les dé soltura en Corrientes para dedicarse libremente á la industria que prefieran, previo reconocimiento de su respectiva deuda.

5.º Hechos no tan graves, pero sí de análogo carácter entre las familias destinadas á Caroya, evidencian que el sistema de los contratos debe ser abandonando.

6.º El de Calvari, dados los antecedentes del empresario á las consideraciones que el país tenía derecho á esperar en virtud de esos antecedentes, puede reputarse tan malo, como el celebrado con la comision ruso-alemana cuya inmigración, en vez de ser tan protegida, ha debido ser rechazada in limine del país.

Las disposiciones tomadas tienden á salvarnos de la necesidad de los contratos que, sobre no ser ni económica, adolece de muy serios inconvenientes. Es un resorte que debemos emplear solo en determinados casos, y para promover cierta clase especial de inmigrantes. Lanzarnos en la empresa de costear gruesas masas de inmigración por medio de contratos, es exponernos á los resultados ruinosos: á decepciones y aun al descrédito soportado ya por otras naciones americanas.»

Aquí tiene el gobierno español; aquí tiene la comision encargada de estudiar los medios de impedir la emigración; aquí tiene la parte de la ilustrada prensa de la Península, que últimamente ha estado discutiendo la cuestion, la manera de pensar del Gobierno de la República Argentina sobre la clase de emigración, que al país conviene, opinion que pone de relieve esta gran verdad, sentada en todos mis escritos publicados con anterioridad á la Memoria del ministro: que la emigración que hoy afluye allí en tan considerable número, no va de una manera artificial, ni llevada con engaños, ni *enganchada* por esos traficantes de carne humana, con tanta justicia anatematizados por *El Imparcial*.

Estas mismas opiniones alimenta y sostiene con el brillo de un hermoso talento y la autoridad de una larga experiencia, el actual jefe del Departamento de Inmigración en Buenos-Aires, señor don Samuel Navarro, de quien varios diarios de España se han ocupado en términos altamente honorables, reconociendo su gran competencia en una cuestion, á cuyo estudio ha dedicado veinte años de su vida.

Hace apenas cuarenta dias que el Gobierno sometió á su estudio, pidiéndole dictámen sobre ella, una vasta y colosal propuesta, que le fué elevada por el más activo, laborioso é inteligente de los cónsules argentinos en Europa, Sr. D. Eduardo Calvari.

Con tal motivo, el honorable Sr. Navarro, ha presentado un trabajo, que no debe considerarse como un simple informe destinado á combatir la propuesta presentada, sino como un estudio serio, profundo, concienzudo de la cuestion de emigración é inmigración, estableciendo los principios y preceptos de la legislación que, en la materia, debe regir en su patria.

De ese notabilísimo trabajo que, para honra del autor y gloria de la República Argentina, habria deseado tener la posibilidad de publicar íntegro, copiaré los párrafos con que empieza.

Son estos:

«Creo, Excmo. Señor, que, tanto por la naturaleza del asunto: por las ideas y opiniones que sobre él se han emitido en la prensa, como por el estudio que ha provocado, y el género de trabajos á que ha dado lugar en la Comisaría General de Inmigración, este informe debe publicarse inmediatamente, y así lo pido á V. E.; pues escritores de nota imbuidos aun en crasos errores sobre las materias de inmigración, estravian la opinion pública.

Así, es singular que por favorecer ó recomendar tal ó cual empresa privada, se cite el ejemplo de los Estados-Unidos para inducirnos á hacer, precisamente lo contrario de lo que allí se practica. Lo he dicho ya en varias ocasiones: El Gobierno N. Americano, no introduce á costa de su Erario, un solo inmigrante; las cuantiosas sumas destinadas á este ramo, se han empleado y emplean, en la propaganda hecha en Europa: en la recepcion y alojamiento de la inmigración en el grande Hotel de Castle Garden de Nueva-York; en facilitar la internación; y, en fomentar la colonización protegiendo las Empresas privadas, no en hacerla oficialmente.

Es esto mismo lo que el comisario general aspira hacer para ello, lo primero, lo primordial diré mejor es que se sancione la ley de tierras, que, á la vez facilitará los recursos para los servicios de inmigración y para promover la colonización, que no debe ser practicada, lo repito, sino *fomentada* por el gobierno.

La República Argentina se encuentra á la cabeza de las naciones Sud-Americanas en materia de inmigración y colonización, apesar de los gravísimos errores cometidos, y de los despilfarros consumados. Procurando, como lo hacemos, oficialmente, la inmigración europea, pesa sobre nosotros la obligacion de hacer conocer por nuestros órganos de publicidad, los trabajos, estudios y operaciones, las leyes y disposiciones administrativas á que dé lugar el fenómeno de la inmigración y sus diversas aplicaciones en la poblacion del país.

Hace 17 años que combato el sistema de la inmigración artificial, toda vez que ella no es destinada exclusivamente á la colonización y costeadá por la adjudicación de tierras, ó con producto de la venta de éstas; lo mismo que he combatido la colonización oficial, no en absoluto, sino por el siste-

ma, medios y hombres para ello empleados, y á cargo del Gobierno metropolitano.

Mi Memoria de inmigración del 74 contiene estudios y trabajos sobre ambos ramos, combatiendo oficialmente la colonización oficial, augurando los resultados que hoy se deploran, en los momentos mismos en que la administración anterior la emprendía, sin preparacion de ningun género, bajo una direccion radicalmente incipiente.

Mis ideas y mis opiniones, como ya he tenido el honor de exponer en el informe relativo á la propuesta de Lloyd norte alemán, lejos de modificarse á este respecto, se han afirmado fundamentalmente con el estudio, con las operaciones prácticas en que he tomado parte con las comisiones especiales que he desempeñado y la observacion constante y continuada, durante los nueve años que llevo de servicios á las instituciones de ambos ramos.»

Aquí tienen, el Gobierno y la prensa española, cómo piensan en la República Argentina los hombres competentes que en la cuestion de emigración se ocupan, y cuyas opiniones hacen ley en estas materias, y por esto, al ocuparme aquí del asunto, desde que se nombró la comision encargada de estudiar los medios de impedir la emigración, he estado sosteniendo que, como acto de justicia y conveniencias para España, nada se debe hacer con respecto á los que emigran para la República Argentina; porque estos van, todos, todos, libre y espontáneamente por inspiración propia, sin que nadie los incite, los engañe ó los *enganche*.

Y esta emigración, que es la que llamo *espontánea*, es la que allí queremos, la que nos interesa llevar, la que trabajamos por hacer ir.

¿De qué manera?

Lo he dicho ya muchas veces: haciendo propaganda, propaganda, y nada más que propaganda, que haga conocer el país, diciendo la verdad sobre su situación, sus riquezas, las facilidades de trabajar, lo bien remunerado de ese trabajo, la hospitalidad franca y cordial que le brinda al extranjero, y las garantías que para todos existen; bajo el amparo de un Gobierno liberal é ilustrado.

De esta manera, el emigrante que vá á la República Argentina, no vá engañado: vá porque quiere, porque cree que le conviene ir, conociendo el país á que se traslada, obedeciendo á sus propias inspiraciones, no á las sugerencias pífidas de los enganchadores.

¿Qué resulta entonces?

Lo que allí se está viendo, lo que es público y notorio:—que esa emigración espontánea entra sin desencantos que la aflija, se asimila al país, establece allí su hogar, encuentra trabajo, forma una familia, y se radica á la tierra de *tal manera*, que son muy contados los que despues de haber hecho fortuna regresan á su patria natal.

Entonces, sostendré yo que el Gobierno argentino no debe gastar un solo peso para ver aumentar su poblacion, ó mejor dicho, para que siga aumentando en las proporciones considerables de que dan fé las últimas estadísticas?

Insensato seria si tal pretendiese.

A este respecto, sostengo hoy lo que he sostenido siempre en la prensa y el Parlamento, que es lo mismo que sostiene el Comisario general de Inmigración, Sr. Navarro, á saber: Que el Gobierno debe tener en Europa agentes caracterizados que sepan hacer propaganda; que debe aumentar las comodidades que proporciona al emigrante al llegar al país antes que encuentre trabajo; tener tierras abundantes que ofrezcan, medios fáciles de comunicacion para sacarlos de la capital y transportarlos al interior de la República y á la campaña de Buenos-Aires.

Con esto basta para mantener viva la corriente de emigrantes que hoy se dirige á la República Argentina, atraída por las circunstancias y condiciones de vida, que no pueden menos que halagar á los que arrastran en Europa existencia de privaciones y miseria.

Una vez puesta en movimiento, lanzada esa corriente, ya nadie ni nada la podrá contener; porque el país ha entrado en una situación que no puede menos que seducir á todo hombre, que no pudiendo encontrar trabajo aquí, sueña con la idea de encontrarlo en otra parte, y como compensacion, hallar la fortuna que ese trabajo produce y proporciona.

Un Gobierno regular, fuerte y lleno de prestigio, se halla al frente de los destinos del país.

Le apoya el sentimiento unánime de los argentinos, y la inmensa masa de la poblacion extranjera.

Ese Gobierno—presidido por un hombre joven, inteligente, y que ambiciona ligar su apellido á grandes obras—rompiendo con la tradicion de los gobiernos políticos, está haciendo un *gobierno de trabajo y de progreso*, construyendo puentes, ferro-carriles, telégrafos, puentes, carreteras, templos, escuelas, multitud de edificios públicos, que facilitan, y están facilitando ocupacion y trabajo á millares de brazos, en todo el territorio de la República.

En el Gobierno de Buenos-Ayres—la gran capital sur-americana, la que los viajeros llaman la *Atenas del Plata*,—hay otro hombre joven tambien, que se siente dominado por una fiebre vertiginosa de progreso, que se agita y mueve, y tiene por divisa el eterno *Go ahead* de los *Yankees*, y ha consagrado toda su atencion y su talento y facultades, á secundar el *gobierno de progreso* del general Roca, estableciendo esa hermosa fraternidad de propósitos regeneradores, que realizándose en

medio de los esplendores de la libertad y de la paz, van conduciendo la República Argentina, á la conquista de sus grandes destinos.

Actualmente, en medio de aquel estruendo producido por el martillo del obrero, que por doquier trabaja, zbriendo caminos y levantando edificios, se construyen los vastos de la *Gran Exposicion Internacional*, que debe inaugurarse en la hermosa ciudad de Buenos Aires, el 15 del próximo Febrero, como símbolo potente de la época feliz de trabajo, progreso y bienestar que allí ha establecido su imperio.

Entonces: ¿cómo no han de afluir libre y espontáneamente á un país que se halla en tales condiciones, los que en Europa no encuentran ni pan ni trabajo?

¡Sí! ¡Que afluyan!

Que vayan, seguros de encontrar bajo el cielo de la tierra argentina la dulce fraternidad, que dando goces al corazón, inicia al hombre en los misterios deliciosos de la felicidad.

HECTOR F. VARELA.

## APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LOS REINOS DE TAIFAS (1).

El imperio de los Ommyadas, en otro tiempo rival del de Carlo-Magno, y que duró en España cerca de tres siglos, comprendiendo, además de la Península casi entera, una gran parte de las Galias y muchas provincias de Africa, quedó un tiempo reducido á capital sin Estados. Aquel imperio se destrozó tristemente en las convulsiones de una sangrienta anarquía. La revolucion habia sido tan rápida como completa; habia penetrado en la sociedad y en el Gobierno; habia, en fin, influido así en las costumbres populares como en las formas políticas. El respeto religioso á la persona del Príncipe, la obediencia á las leyes, la fidelidad en las promesas, la justicia de los jefes, la autoridad de las costumbres privadas, la buena fé, la humanidad, la tolerancia, todas esas virtudes, tan alabadas de los antiguos árabes, se habian relajado y corrompido en las perpétuas discordias y en la confusion general.

Mientras que el antes tan venerado trono de los califas se abatía por estas causas, los jefes de las provincias, fuertes por las debilidades del Gobierno, favorecidos por el comun desorden, y hasta escusados por aquella continua sucesion de soberanos y dinastías, se elevaban sobre las ruinas del Imperio, y salían de sus destrozos una multitud de pequeños reinos (2).

Estos régulos ó reyes, separados por rivalidades y rencores, en guerra frecuente por ofensas personales ó miras ambiciosas, y dominando pueblos empobrecidos y agotados por una larga serie de calamidades y desastres, pretendían, no obstante, imitar la opulencia de los califas de Bagdad, daban magníficos festines, se rodeaban de poetas, á quienes prodigaban mercedes y oro, y rivalizaban en esplendidez y magnificencia, cual si poseyesen dilatados Imperios.

Pero si bajo el aspecto político y nacional la caída de la monarquía cordobesa fué tan desastrosa para la España sarracena, continuó, sin embargo, en ella el progreso literario, porque el buen impulso estaba ya dado, porque los señores de los pequeños Estados, ó sea los reyes de Taifas (3), fueron grandes protectores de las letras, y en fin, porque sin la dominacion opresora del califato, el génio árabe (4), dado á la independencia, pudo campeare libremente, aunque fuese por poco tiempo.

(1) Fuentes: Miguel L. Alcántara: *Hist. de Granada*, comprendiendo las de sus cuatro provincias.—Viardot: *Historia de los árabes y de los moros de España*.—Emilio Lafuente: *Disc. de recep. en la Acad. de la Hist.*—F. Fernandez y Gonzalez: *Plan de una Bibliot. de autores árabes españoles*.—Schack: *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, trad. de Valera.—V. Lafuente: *Estudios y enseñanzas de España*, art. inserto en la *Rev. de la Univ. de Madrid*.—Simonet: *El siglo de oro de la literatura árabe-española*.—Dozy: *Hist. de los musulmanes españoles*, traducción y anotada por nuestro contemporáneo F. de Castro.—J. A. de los Rios: *Hist. social, política y religiosa de los judíos de España*.—Eguilaz: *Poesía histórica, lírica y descriptiva de los árabes andaluces*.—Laurent: *Estudios sobre la hist. de la Humanidad*, trad. de Lizárraga, etc., etc.

(2) A la caída del Califato compitieron con la madrisa de Córdoba, las escuelas de las aljamas mayores en los reinos de Taifas, distinguiéndose particularmente las de Sevilla, Badajoz, Zaragoza, Valencia, Murcia, Almería y Toledo. En este tiempo la multitud de centros de cultura producía resultados análogos á los ofrecidos despues por Italia en el siglo xv, y por Alemania en el nuestro.

(3) Thaifa ó Taifa, quiere decir escuadron, compañía, division. Este nombre, aún se usa en Andalucía, segun Simonet (leyenda titulada *Almanzor*, nota de la pág. 41). En concepto de otro insigne arabista (Emilio Lafuente, *Inscripciones árabes de Granada*, pág. 19), significa una parte de alguna cosa. Llamábanse reyes de Taifas, porque lo eran solamente de una parte del imperio.

(4) Schack cita, entre otras, esta anécdota, copiada de los historiadores árabes: «El rey de Almería, Almotasim entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó á su hijo pequeño, Al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de los creyentes ó la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella.» Maravillado el rey

El carácter de la civilización y de las letras arábigo-hispanas en este período fué, como en los siglos anteriores, eminentemente poético; pero la mayor libertad que tuvo el pensamiento, sacudido el yugo de la antigua monarquía, favoreció algún tanto el cultivo de todas las ciencias y doctrinas, sin excluir las filosóficas (1). Además, sometidos ya definitivamente al islamismo los Muladies, representantes de la raza indígena que bajo los últimos reinados había perdido toda esperanza de restauración, este elemento, copioso en el número, y más importante aún por los caracteres de su raza y antigua nacionalidad, dejó sentir su influencia en la literatura de los andaluces, prestándole cierto espiritualismo y propensión á estudios más racionales que los propios de la civilización arábica.

Diffícil es hoy, por extremo, aun considerado el constante anhelo de centralización que animaba el Califato, el determinar con certidumbre histórica las verdaderas circunscripciones de todos estos gobiernos ó *gualiatos*. Los escritores árabes guardan silencio sobre este punto, y no son, en verdad, más expresivos los modernos. Puede, no obstante, asegurarse que cuando se consumó la destrucción del imperio musulmán, se hallaba este dividido en los doce siguientes *gualiatos* ó *ameliyas*, á saber: Todmir (2), Valencia, Dénia, Huesca, Zaragoza, Toledo, Sevilla, Libla (Niebla), Badajoz, Algarbe, Málaga y Granada, sin contar la populosa de Córdoba, silla de los Califas. La reducción de los emiratos ó reinos de Taifas es, en cambio, punto ménos que imposible, dada su inestabilidad. Hay quien señala, sin embargo, hasta veintidos familias que constituyeron señorías independientes, entre las cuales son los más importantes la de los Abbaditas en Sevilla, la de los Hammuditas en Málaga y Algeciras, la de los Teyritas en Granada, la de los Beni-Yahya en Libla, la de los Beni-Mozain en Silves, la de los Aftasidas en Badajoz, la de los Beni-dzi-u-Nud en Toledo, la de los Beni-Hud en Zaragoza, la de los Beni-Cásim en Alpuente, la de los Beni-Somadhi (3) en Almería, etc., etc.

A semejanza de los antiguos vates de la Arabia, los del Aniluz cantaban el espectáculo de la naturaleza, las delicias y goces de la vida, el amor con sus dichas y cuidados, los encantos de las huirres terrenas, las glorias y hazañas militares, la hospitalidad en el aduar, la liberalidad y largueza, la esplendidez en los convites, empleando su ingenio, ya en panegíricos y alabanzas de los príncipes y magnates generosos en favorecerles, ya en sátiras contra los mezquinos y avaros.

Estos diferentes soberanos, que no dependían para nada del Califá, tenían sus cortes y sus ejércitos, levantaban impuestos, hacían acuñar moneda y tomaban el título de emires ó de reyes. Tenían además cierta clase de vasallos dependientes de su corona, pues una multitud de tales príncipes, que no poseían por Estados más que un cantón, una ciudad, un fuerte, etc., buscaban su seguridad en el apoyo de los grandes rebeldes.

Todo muslim rico, realizando é imitando en el mundo la voluptuosa imagen del Paraíso presentada en el Corán, tenía en España, como hoy sucede en Africa y el Oriente, su harem y retiro reservado para sus goces sensuales, compuesto de aposentos lujosamente alhajados y de floridos jardines, donde reposaba blanda y regaladamente, rodeado de multitud de mujeres jóvenes y encantadoras, parte esposas y parte concubinas, pasando allí sus ocios entre caricias, comidas y brindis. Los hastíos del harem divertíanles en compañía de los amigos, bebiendo, jugando é improvisando anacreónticas en frecuente y desatada orgía. Acrecentaban el regocijo de tales sesiones con la música y el canto, que les aletargaban más en la embriaguez y la molicie, para lo cual tenían á su ser-

de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez á prueba, y le preguntó: «Dime, Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?» mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí, contestó Fath; la mano que lo lleva.»

(1) Sin embargo, debemos declarar que en la edad de oro de la literatura arábigo-española, es decir, bajo el califato y los reyes de Taifas, nuestros musulmanes no dieron gran importancia á los estudios científicos, ni ménos, como asegura Simonet, á los propiamente filosóficos; porque los reyes y magnates sólo se pagaban de la poesía que los entretenía y lisonjaba, llegando el pueblo, poco ilustrado en general y fanatizado por los alfaquíes, al extremo de apedrear y quemar á los pocos que se dedicaban á la filosofía y la astrología, considerándolas como heréticas y contrarias á las doctrinas del Corán.

(2) Bien deslindada hallamos en historiadores y geógrafos árabes la región de Todmir, que la dilatan desde Cartagena hasta Alicante y desde Chinchilla y Segura hasta la Sierra Mágina, cerca del Guadalbullón, frontera de la de Jaén.—En 1154 veíase reducida la referida región á una cora ó distrito municipal, compuesto de la Deitania y de los tres orientales obispados contestanos *Ello*, *Carthago* é *Úlice*. Los de *Basti* y *Urci*, ó sean Baza y Pechina, sobre Almería formaban dos otras diferentes llamadas de *Ferreira* y *Pechina*.—Véase á Aureliano Fernandez-Guerra en sus sendos y notabilísimos estudios *Deitania* y *su catedral episcopal de Begastri*, publicada en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* y *Discurso-contestacion al de recepcion en la Acad. de la Hist.*, de nuestro paisano J. de Dios de la Rada y Delgado.

(3) Sobre esta insigne familia, que ocupó preferente lugar en los fastos de la cultura musulmana y que se hizo famosa por sus desgracias y desventuras, véase nuestro estudio *Almotasim y su corte*, publicado en la *Revista europea*, Junio de 1880.

vicio muchas cantoras de rara habilidad y hermosura.

Destronados los reyes de Taifas por los almoravides, concluyó la época clásica de la poesía árabe española, no logrando salir de su postración hasta la época de los Benu-Nasar de Granada.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## REVISTA AMERICANA.

República Argentina.—Marcha general.—Efectos de la paz con Chile.—Los negociadores.—Manifestaciones al ministro Irigoyen.—Las dos Repúblicas en la Exposición.—Los trabajos de ésta.—D. Nicolás Calvo.—*El Club Industrial*.—Adelantos materiales.—El empréstito provincial.—Su negociador, doctor Faustino Jorge.—Viajes oficiales.—Varias otras cosas.—República del Uruguay.—Cuestión presidencial.—Proclamación de una candidatura.—Esperanzas.—Resurrección del Paraguay.—Sanas intenciones de su Gobierno.—*La Capital* y su fundador Ovidio Lagos.

### I

Acabamos de recibir el correo de las Repúblicas del Plata y del Paraguay.

Lo que, ante todo, nos llama la atención, es el maravilloso desarrollo de la prensa de aquel país, el tamaño colosal de sus diarios, la belleza de su forma, la nitidez de su impresión, igual á la de los mejores diarios de los Estados-Unidos é Inglaterra y la ilustración que revelan todos los escritores que se hallan al frente de sus redacciones.

Entre los diarios que hemos recibido, figura *La Capital*, el más antiguo, importante y popular de la ciudad del Rosario, bella ciudad argentina que se levanta en una de las márgenes del Paraná, y la segunda de la República en importancia comercial.

Este diario puede tomarse como un testimonio honroso de la fuerza de voluntad, de la perseverancia é inteligencia de los hombres de aquel país, que marcha hoy á vanguardia de las naciones americanas, y á las que también hoy la Europa hace la justicia que se merecen.

Fué su fundador un simple cajista de imprenta, D. Ovidio Lagos, uno de esos hombres que no tienen en su diccionario la palabra *imposible*, que han nacido para la lucha, que en ella crecen y se agigantan, y que á veces la provocan para gozarse después en la dulce satisfacción del triunfo.

Así, luchando durante catorce años, siendo á veces cajista, impresor, corrector y redactor de *La Capital*, todo á la vez, ha conseguido al fin hacer de éste uno de los diarios más importantes de la América española, por su forma, dos veces más grande que el mayor de Madrid, por la importancia que tiene, lo ameno de su contenido y elevado de su redacción.

Esta ha sido la obra del cajista Ovidio Lagos, hombre emprendedor, inteligente, de hermoso talento natural, de convicciones profundas en política, siempre dispuesto al sacrificio, no retrocediendo jamás ante los peligros, y habiendo revelado en medio de ellos ese temple de alma serena que levanta las personalidades de la democracia en las grandes tempestades políticas de los pueblos.

En el número que acabamos de recibir de *La Capital*, su redactor festeja el 14 aniversario de su nacimiento.

Soldados de la prensa también, comprendemos la satisfacción con que lo hace, y en nombre de la fraternidad que debe ligarnos á todos los que en su terreno nos encontramos, saludamos desde las orillas del Manzanares al ilustrado colega de las márgenes del Paraná.

### II

Las noticias que de la República Argentina nos llegan, no pueden ser más consoladoras.

En su conjunto y en sus detalles, nos presentan al país marchando magestuosamente en el ancho sendero del progreso, bajo los auspicios de una paz fecunda y de una libertad que cada día echa raíces más profundas en una tierra en la que ya no quedan ni huellas de la sangrienta tiranía que la azotó por espacio de veinte años.

El partido del general Mitre, antiguo presidente, derrotado en la última lucha electoral, que dió por resultado la elevación al poder del joven don Julio A. Roca, ha replegado sus banderas de oposición furiosa y sistemática, y convencido del patriotismo, inteligencia, sanas intenciones y buena voluntad del actual Gobierno, se va asimilando ya á la situación, convencido también de su completa impotencia para embarazar la acción de los hombres que rigen los destinos del país.

Si algún diario de los que representó en la lucha ese partido sigue todavía su sistema de ataques furiosos, no representa sino la opinión de sus redactores, habiéndolos renegado dicho partido.

De esta manera, la acción del Gobierno del general Roca, y la del doctor Rocha, son más desembarazadas, pudiendo trabajar con más calma y ménos preocupaciones.

Como una prueba del espíritu emprendedor y de progreso que alienta todas las cabezas en aquel país, citaremos uno de los hechos de que nos dan cuenta las noticias que de allí recibimos.

Un furioso temporal destruyó las obras que se construían para la gran Exposición Continental

que se prepara en Buenos-Aires, ocasionando al *Club Industrial*, iniciador del pensamiento, una pérdida material, que no ha bajado de 150.000 pesetas.

Sin vacilar un momento, la comisión de ese centro de trabajadores honrados é inteligentes, en el que figuran no pocos españoles, de acuerdo con los que ha nombrado el Gobierno nacional, emprendieron nuevamente los trabajos de su construcción en la misma espaciosa plaza del *Once de Setiembre*, triplicando el número de obreros y desplegando una actividad verdaderamente asombrosa.

Merced á ella, la Exposición se abrirá el mismo día señalado antes del accidente, esto es, el 15 de FEBRERO DE 1882.

La comisión inspectora nombrada por el Gobierno, que ha contribuido á los gastos con medio millón de pesetas, ha nombrado, como presidente, al Sr. D. Nicolás A. Calvo.

Imposible haber hecho más acertada elección. El Sr. Calvo, diputado al Congreso, escritor brillante, orador rico de elocuencia y uno de los hombres más importantes de su país por su profunda instrucción, después de haber tomado una parte activa en la política de su país, se retiró á Europa, habiendo permanecido veinte años en Inglaterra.

Durante ese tiempo ha vivido estudiando constantemente, de manera, que al regresar á tomar nuevamente parte en la política y organización de su patria, el Sr. Calvo le ha llevado el valioso contingente de esos estudios y de la experiencia adquirida en la vida europea, estudios y experiencia, de que habiendo hecho ya brillante alarde en el Parlamento, podrá utilizar ahora al frente de la comisión de la Exposición.

### III

Los saludables efectos de la solución pacífica alcanzada en la cuestión con Chile, se dejaban sentir ya en todo el país, que preparaba grandes manifestaciones para festejarla.

Las primeras hacían objeto de simpatía al negociador de los tratados, doctor Irigoyen, á quien todos los miembros del cuerpo diplomático residentes en la capital de la República Argentina habían dirigido una serie de cordiales y expresivas comunicaciones, felicitándolo por la parte activa, inteligente é importantísima que había tenido en el arreglo definitivo de la cuestión chilena.

Al mismo tiempo, el alto comercio nacional y extranjero, asociado á los hombres importantes de todos los partidos políticos, había abierto una suscripción popular para ofrecer un *album* al señor Irigoyen, en testimonio de gratitud por sus grandes servicios en tan grave emergencia.

Los primeros que se asociaron á la idea fueron los Bancos.

Además se preparaba también un gran banquete en honor del mismo eminente ciudadano, cuyas altas cualidades de hombre público son ya conocidas en toda Europa, y principalmente en esta patria de sus padres, que rinde plena justicia á su talento, ilustración y profundos conocimientos en la ciencia de la diplomacia honrada.

Por su parte, el presidente de la República ofrecía, á su vez, otro banquete al plenipotenciario de los Estados-Unidos, general Osborn, bajo cuyos auspicios, en representación de su Gobierno, se habían iniciado y conducido las negociaciones que pusieron fin al viejo y fastidioso litigio.

Todos estos hechos dan testimonio de la situación tranquila de aquel país, al que seguía afluendo en gran número la emigración, donde no cesaban los adelantos y progresos materiales, y en cuya vida se sentía ese *bienestar general* que solo se disfruta en naciones perfectamente constituidas, donde la libertad y la paz están, como allí, sólidamente garantidas.

### IV

Se tenían noticias en Buenos-Aires del éxito feliz que tuvo en el mercado de Lóndres el empréstito de 20 millones de duros que fué á negociar el doctor Faustino Jorge, director del ferro-carril del Oeste, de la gran Metrópoli americana.

Este apreciable caballero, uno de los hombres más inteligentes de su país, patriota honrado y sincero, ha sabido conducir la negociación con tal tino é inteligencia, que el empréstito lo ha podido realizar, en mejores y más ventajosas condiciones que todos los anteriores; servicio que, no dudamos, su patria le sabrá agradecer en lo que vale, como le agradecerá al gobernador, doctor Rocha, el haberlo elegido para negociador.

«Es raro, ha dicho Montesquieu, que un gobernante, sobreponiéndose á sus afectos, tenga siempre tino y discreción para saber elegir los hombres competentes y adecuados que le han de ayudar en su administración.»

Es la verdad; pero esa discreción y ese tino los está relevando el eminente doctor Rocha desde que subió al mando, empleando en los altos puestos, y sobre todo en aquellos que tienen responsabilidades, á personas cuya honradez y competencia ofrecen garantías á la opinión.

En este caso está el doctor Jorge, que durante su corta permanencia en Europa ha sabido captarse la estimación y simpatía de cuantos le han tratado.

Por otra parte, la fácil realización de este empréstito, que ha sido lanzado al mercado por la

respetable casa de los Sres. Baring Brothers, confirma el inmenso crédito que gozan en Europa los Gobiernos de la República Argentina y la fé que inspiran los hombres que se hallan á su frente.

## V

Las noticias de la República del Uruguay no carecen de interés en esta quincena, apesar de los ataques constantes que casi toda la prensa de la Península dirige á su Gobierno, tratado con una dureza no siempre justificada, á nuestro entender.

Durante largos años han luchado en aquel país dos grandes partidos políticos: el *colorado* y el *blanco*.

El primero ha sido el representante de los principios, el defensor constante de la libertad, el partido á que sirvió Garibaldi, y que ha visto figurar en sus filas á los hombres más importantes del país, como Santiago Vazquez, Herrera y Obes, Joaquín Suarez, Melchor Pacheco y Obes, Juan Carlos Gomez, Magariños, José María Muñoz, é infinitos más, abogados, literatos, militares, hombres de gran valer.

El segundo ha sido el partido que sirvió de auxiliar á la espantosa tiranía de Rosas, bajo las órdenes del asesino Manuel Oribe, azote y verdugo de aquellos países.

El primero de esos partidos, el *colorado*, dueño del poder hace tiempo, acaba de proclamar como candidato á la presidencia al joven general Máximo Santos, proclamación, que á juzgar por las noticias que de allí recibimos, ha sido eminentemente popular, aún cuando no haya tomado parte en ella el elemento joven del partido denominado con el nombre de los *principistas*.

Para sostener esta candidatura, á más de los varios diarios que la proclamaron ya y la sostienen, se ha fundado uno nuevo é importante.

Se titula *La Patria Uruguaya*, y le dirige el conocido escritor señor Isaac de Tezanos, ex-ministro durante la administración del señor Varela, y que después fué nombrado ministro plenipotenciario en esta corte.

Es uno de los periodistas más fecundos y valientes de su país, pudiendo decirse que su concurso será de gran importancia para la candidatura Santos, cuyo éxito, por otra parte, se hallaba asegurado.

Una prudente reserva, dada la fé que han merecido hasta ahora todos nuestros juicios sobre los hombres y los acontecimientos de América, á menudo reproducidos por órganos importantes de distintas capitales de Europa, nos obliga á no abrirlo *todavía* sobre el candidato para la presidencia de la República Uruguaya.

Esperaremos... El ex-dictador Latorre seguía en Buenos-Aires; pero reducido á la más completa impotencia, como lo hemos estado asegurando, cuando aquí se le daba á las puertas de Montevideo al frente de *huestes vencedoras*.

No. Ese siniestro personaje no volverá á gobernar aquel país, en el que tan funestos recuerdos ha dejado, y precisamente la proclamación de la candidatura Santos ha sido el golpe de gracia descargado contra sus ambiciones sangrientas.

## VI

Del Paraguay son satisfactorias las noticias. Levantar aquel enfermo de su lecho de dolores, es obra de titanes, y esa obra la está realizando el Gobierno del general Caballero, compuesto de hombres inteligentes y de buena voluntad, tratando, ante todo, de consolidar la paz, infundiendo confianza, no sólo á los naturales del país, sino á la población extranjera, que necesariamente ha de afluir allí, atraída por las inmensas riquezas naturales que el Paraguay atesora en su suelo vírgen é inexplorado.

De aquí el apoyo con que cuenta aquel Gobierno, que está muy lejos de merecer los reproches que estos días se le dirigía en una correspondencia, publicada por uno de nuestros colegas de provincia.

Entregado á pacíficas tareas, el Paraguay se ocupaba últimamente en prepararse para concurrir dignamente á la gran Exposición continental de Buenos-Aires, donde ciertamente podrá hacer lujoso alarde de los varios y riquísimos productos que posee.

P. DE NAVARRETE.

## LAS LENGUAS.

Las ciencias ofrecen una riquísima cosecha de verdades al espíritu que trabaja por enriquecerse y atesorar conocimientos.

Las matemáticas rigurosas, exactas, inalterables y universales, le brindan verdades absolutas que, además de vigorizar el raciocinio por la índole de los métodos y de la incertidumbre de los procedimientos que emplean, le proporcionan la perfecta inteligencia de las leyes que forman la armonía, la solidez y la duración del universo material.

Las ciencias naturales, hijas de la sagaz observación del hombre, le presentan el cúmulo de verdades apreciables por los sentidos y le esclarecen la razón y el carácter de los fenómenos que le impresionan como sér de sensaciones; de suerte que es en ellas en las que el espíritu deseoso de com-

prender la naturaleza tal como ella se insinúa en el alma, por medio de los sentidos, busca y halla la explicación de sus variadas apariencias.

Las ciencias intelectuales, replegando el alma sobre sí misma y aislándola del mundo exterior, buscan dentro de sus propias tinieblas con la antorcha que unas veces llama Razon y otras Fé, la causa y la razón de su sér, los atributos y diferencias de sus facultades, su destino, sus aptitudes, y su origen. Son las ciencias de un mundo superior que flota más allá de los sentidos; y sus verdades son una acumulación extraña de principios hijos de la Fé y de principios hijos de la Razon.

Las ciencias políticas y sociales, remontándose del individuo á la especie, del hombre á la familia y de éstos á las razas y á las naciones, estudian al hombre como sér colectivo, provisto de una misión providencial y obligado á formar un conjunto armonioso por la recíproca conformidad de derechos y de deberes, de libertades y de restricciones.

El que estudia cualesquiera de estas ciencias busca un fin: desearlo es una noble aspiración, hallarlo una gran conquista; conquistarlo y poseerlo es una gloriosa felicidad y una inestimable adquisición.

Pero hay en el copioso repertorio de los conocimientos humanos, algunos que si no son ni deben ser un fin, son el medio más eficaz para conseguirlo, hoy que la civilización no es la obra exclusiva de un hombre, ni de un pueblo, ni de un continente, ni de una raza; hoy que todos los hombres, todos los pueblos, todos los continentes y todas las razas son fuerzas convergentes que empujan al mundo en una misma dirección, con un mismo objeto y hácia un mismo fin.

El título con que encabezamos estas líneas habrá hecho comprender al lector que queremos hablar de los idiomas.

Saber su propia lengua es ser ciudadano de su propia nación; saber la lengua de otra nación es tomar carta de naturaleza en ella y adquirir títulos para ser convidado á los festines de sus inteligencias; saber muchas lenguas es multiplicarse acrecentando su capacidad para aprovecharse de los frutos madurados entre los pueblos que las hablan; no saber ninguna lengua es renunciar á su razón y convertirse en un sér degenerado.

Entre un sordo-mudo y una bestia no hay, según los sábios, otra diferencia que la de ser mejor la bestia, que siquiera posee sus instintos y tiene aptitudes para cumplir con su misión.

Aprender una lengua extranjera es romper la valla que separa su propiedad de la del vecino para poder, con derecho y legítimamente, segar en campo ajeno, aprovechándose de las más gallardas de sus flores, de los más sustanciosos de sus frutos y de los más ricos de sus granos.

Saber el francés, el italiano, el inglés, el alemán, el portugués; conocer las lenguas que han habido y en que han escrito los hombres que han sobresalido en la historia por sus talentos, su imaginación ó su ciencia, es introducir en el alma un elemento de grandeza, un nuevo aparato de perfección y, por decirlo así, una nueva facultad.

El hombre que habiendo emprendido el estudio de una lengua desconocida para él, ha logrado hacerse capaz de comprender las obras escritas en ella, se asemeja al viajero que empeñado en las difíciles gargantas llamadas «puertas de las naciones», asoma al fin al término ganado con sus esfuerzos y fatigas. Abrese de repente ante sus ojos la inmensa llanura sembrada de ciudades y de aldeas, de sementeras y de prados, de estanques y de bosques; y más allá, en el lejantisimo confin, montañas azuladas disolviéndose lentamente en el infinito azul de un horizonte ilimitado.

Su alma fatigada se alivia y fortifica respirando á plenos pulmones el aire saturado de aromas que incitan y satisfacen á la vez su dulce voluptuosidad.

Las literaturas tienen, como los paisajes, sus rasgos y caracteres especiales y exclusivos: poseen un génio propio que las vuelve más adecuadas para la inteligencia y desarrollo de ciertos conocimientos. Unas para la filosofía, otras para la política, éstas para las ciencias, aquellas para la poesía; de suerte que cada una tiene su mérito y su aptitud predominante. Nunca el que habla hebreo, por ejemplo, se remontará á las nebulosas abstracciones que el griego permite alcanzar, como el que habla esta lengua, «la más bella que hayan hablado los hombres», no podrán conmovier con el patético y natural sentimentalismo de la primera. Nunca se alcanzará en italiano la concisa elocuencia parlamentaria del inglés, ni en inglés la melodiosa armonía del italiano; como no igualará nunca el español al alemán, en la riquísima combinación que la nomenclatura de las ciencias requiere para perfecta expresión de sus verdades.

No hay, pues, idioma, cuyo conocimiento sea inútil, ni aún los que pudieran ser llamados *arqueológicos* por haber pasado con las generaciones que los hablaron. Los que miran con desden el estudio de las lenguas muertas, son como los que condenaran el estudio de la Historia por cuanto han muerto ya y pasaron para siempre las naciones, los hombres y los hechos inmortalizados por ella.

Estos quisieran en la especie humana una solución de continuidad, una ruptura completa con el pasado, que es siempre la base, y con frecuencia, la razón del porvenir; para éstos, lo mismo que para los insensatos ó los hombres irreflexivos,

no hay otro momento útil que el presente sin conexión, sin enlace y sin importancia alguna. Para ellos la memoria y la lógica son una facultad y un arte tan perjudiciales como inútiles.

Quizá sean más ricos de enseñanza los escritos de las generaciones pasadas que nos dan á conocer sus costumbres, sus verdades, sus sentimientos, sus ideas, sus aberraciones y las dificultades que la mente humana ha logrado vencer en sus primeros esfuerzos, que las brillantes ampliaciones del siglo en que vivimos, que es un siglo de pura *decoración*, si se nos permite calificarlo así.

Estudiar las lenguas muertas no es inútil: al contrario, no merece el nombre de sábio el que no sepa descifrar el testamento espiritual en que todos nuestros antepasados nos legaron el abundante patrimonio de conocimientos y verdades de que estamos tan orgullosos y engreídos. Su estudio tiene aún una importancia más capital de la que á primera vista se observa, y que convierte el aprendizaje de las lenguas en mucho más que un *medio*; en un *fin* de trascendentales consecuencias.

Viéñense involuntariamente á nuestra memoria las palabras de César Cantú, á propósito de los orientistas que exhumaron en la India las más bellas revelaciones del sentimiento humano.... «Pero sobre todo, el venturoso descubrimiento de una India más rica que la que Vasco de Gama abrió á la Europa, cuyo valor no consiste en los aromas, en las perlas ni en el oro bárbaro, sino en tratados de ciencia nunca explorados, en minas de sabiduría indígena, por largo tiempo intactas, en tesoros de doctrina simbólica profundamente sepultados, y en monumentos por largo tiempo escondidos, de primitivas y venerandas tradiciones...»

Han sido hallados, con efecto, con el estudio del sanscrito, del pelvi y de otros hijos mayores de la lengua primitiva, algo más que momias y tesoros; sus viejos papiros, deshechos y casi disueltos por el tiempo, son como el *alma momificada* de los primeros gigantes intelectuales de la especie; en esos documentos brillan mejor y más esplendorosamente las revelaciones primitivas y los sentimientos poéticos de una organización nueva, vigorosa y vírgen.

Y no son las ciencias, la filosofía, la historia, la poesía, las únicas que se aprovechan de los venenos imprevistos é incalculables depositados por la ciencia antigua bajo el polvo de sus archivos sepultados: la religión misma, furibundamente combatida por el espíritu moderno, ha hallado en el propio arsenal á donde sus enemigos acudían á buscar armas, los más seguros fundamentos de su doctrina, los más sólidos sostenes de sus tradiciones y creencias.

Así es que los filólogos modernos, como Schlegel, G. de Humboldt, Wiseman, Niehbur, Klaproth, Remusat y otros, admiten la unidad de la especie humana, como una verdad *demonstrada* por la convergencia de todas las lenguas conocidas hácia un tronco único, roto en mil pedazos, y roto *violentamente*, como lo refieren de Babel, las Santas Escrituras.

Los sábios orientistas, estudiando y comparando las lenguas vivas y muertas, han reconocido en todas ellas vocablos y giros que demuestran un indisputable parentesco ó una evidente afinidad. Y ellos formulan el resultado de sus observaciones con tanta certidumbre como el geólogo que reconoce en un conglomerado de nueva formación, el origen de las brechas ó pudingas que las primitivas prominencias han suministrado por la repentina ó lenta erosión de los cataclismos, las vicisitudes y los años.

La fábula de Babel, como decía Voltaire, no es una fábula; y la demostración se debe, no á la fé, que nada demuestra, sino á la razón, que analizando las lenguas antiguas ha reconocido en ellas y en las modernas, *fragmentos angulosos* que revelan la trituración instantánea de una gran lengua perdida; y *fragmentos arredondados*, más voluminosos mientras más antiguos y menos alterados por la corriente de los tiempos, ó por la fricción de los pueblos que, impulsados por sus destinos, se han arrastrado por el tortuoso cauce de la historia...

Hemos tomado la pluma para trazar estas líneas en un momento en que reflexionábamos sobre el desden con que la juventud de nuestro país acostumbra mirar el estudio de las lenguas; desden que podría disculpar, si fuera disculpable, el desgreño con que son tratados en nuestros establecimientos de educación. Ojalá nuestra voz fuera bastante poderosa para despertarla de semejante apatía. No bastan, no, como lo creen algunos, las buenas ó malas traducciones con que la *Prensa mercantil* trata de propagar las obras maestras de otras lenguas; porque son casi siempre infeas, siendo, como es imposible, transmitir á una lengua todo el espíritu y el color de un escrito confeccionado y *pensado* en otra. Dijimos antes y repetimos ahora, que cada lengua tiene su aire, su índole, sus propiedades y sus aptitudes características.

Debe haber siempre armonía entre la concepción y el instrumento, porque *¿cómo* sería una fogosa oración de Demóstenes pronunciada por el lábio burlón de Talleyrand? *¿Cómo* será el *Don Quijote* de Cervantes, vertido á otra lengua, cuánto perdería de su gracia, disfrazado con el traje del castellano actual? Nos parece que serían horrosas, palabras de amor pronunciadas por el lábio de un cadáver! Y no es esto sólo: el día más desgraciado del poeta Klopstock, según cuenta él

mismo, fué aquel, en el cual leyó la primera versión francesa que se hizo de su hermoso poema, la *Mesíada*; de suerte que no es atrevido el decir que son muchos los puntos de contacto que existen entre una traducción y una calumnia.

Quisiéramos que los Gobiernos mismos intentaran un ensanche mayor de los estadios de literatura extranjera; que se enseñara el francés, el inglés, el latín, el griego y el alemán con tanta perseverancia y habilidad como se enseña el castellano.

El alemán, hablado por el pueblo más poderoso y más ilustrado de Europa, merece ya una mención en nuestros programas de enseñanza. Si hubiéramos conocido esta lengua, y por medio de ella las grandiosas producciones intelectuales del genio germánico, no nos habríamos atrevido á estampar, como ya lo hemos hecho, la irreflexiva calificación de *barbara*, aplicada á la Alemania por escritores que no conocen de ella ni aún su geografía, ni su constitución política. Nosotros, poseyendo apenas la lengua francesa, no conocemos de la literatura y de las ciencias alemanas, más que lo que hemos entrevisto al través del prisma francés, cuidadosamente envuelto en sus propios ropajes.

Si es un deber en los hombres instruirse, y en los pueblos civilizarse, para alcanzar la altura de los más ilustrados, ó por lo ménos para hacerse capaz de comprenderlos y apreciarlos, estudiemos la lengua del pueblo cuya hora de labor ha sonado ya, si no estamos equivocados. Hay en la importancia sucesiva de las razas, algo como una alterabilidad providencial que las encomienda del impulso civilizador y las reviste de un magisterio ó de una soberanía que las hace predominar en épocas marcadas de la historia.

Al principio las antiguas razas teocráticas de la India que transmitieron sus conocimientos á la raza etíopea en Egipto; luego la pelásgica que creció, lució y murió con la civilización griega; más tarde la latina que dominó con Roma al mundo, legando su brillo y su poder á la Francia de los tiempos modernos, y después... después... ¡quién sabe si ha sonado ya para la raza latina la hora del descanso! ¡Quién sabe si habrá sido como una de esas estrellas que después de haber resplandecido por muchos años, se extinguen de repente ahogadas en los abismos del espacio! ¡Quién sabe si por más que lastime nuestras simpatías de sangre, la raza germánica la habrá reemplazado para dirigir los destinos providenciales de la humanidad!...

Los que son jóvenes lograrán quizá tiempos muy distintos: preparémoslos; instruyémoslos, armémoslos para las épocas que vienen; y cuando lo logremos, descáñenos ó muramos con la noble satisfacción del que ha cumplido su misión y llenado su deber.

FRANCISCO DE P. MUÑOZ.

Medellín, (Nueva Granada.)

## VENEZUELA.

Manifestaciones populares.—Guzman Blanco.—Nueva organización política de la República.—Un gran artículo.—Bello, Baralt, Calcaño.

### I

Mientras que un diario serio de Madrid recoge el rumor esparcido por enemigos encubiertos de que en Venezuela había estallado un movimiento revolucionario, las noticias que de allí nos llegan, no sólo desmienten la siniestra invención, sino que presentan á la rica República siguiendo tranquila y confiadamente su camino de engrandecimiento y de progreso, bajo los auspicios de la libertad y de la paz, que, fundadas por Guzman Blanco, tienen hoy poder y prestigio, sólidas garantías de estabilidad. Creyéndose todavía que este célebre hombre de Estado que en la historia de su patria ha de figurar al lado de Bolívar insiste en la resolución por él manifestada de abandonar el país, no aceptando el mando que los pueblos se disponen á darle en el próximo Febrero han continuado en todos ellos las grandes manifestaciones para pedir á Guzman Blanco que desista de su propósito.

Con tal motivo, el movimiento de la opinión desde la llegada del último correo, ha sido realmente espléndido, pues desde el seno de la coqueta ciudad de Caracas hasta los últimos confines de la República, no ha quedado ya Gobierno, ni Estado, legislatura, Ayuntamiento, ni población que no le haya hecho comprender al famoso caudillo que *ni podía, ni debía renunciar al mando*.

Lo sabemos perfectamente y la historia de América nos presenta de ello varios ejemplos: cuando un país se halla tiranizado por un hombre; cuando su voluntad soberana es la que impera; cuando gobierna, no en nombre de la ley tranquila, sino en nombre de la voluntad brutal; cuando ha conseguido imponerse por medio del terror y la fuerza, esta clase de manifestaciones, en vez de ser movimientos de la opinión que engrandecen, son actos de cobardía que degradan, ó síntomas fatales de decaimiento, como el que dominaba al pueblo argentino cuando dió las *facultades extraordinarias* al tirano Rosas.

Pero el pueblo venezolano no está en este caso.

Allí cada ciudadano es hoy dueño de su augusta personalidad, goza de libertad amplia y completa,

y, por consiguiente, todos sus actos llevan el carácter de espontaneidad y libre albedrío que dan fuerza á los grandes hechos populares.

### II

Por otra parte las manifestaciones del pueblo venezolano no pueden tener un origen más justo, y creemos que, dados los antecedentes que las producen, el general Guzman Blanco, si las desatendiese persistiendo en su resolución, cometería una falta, quizá una arbitrariedad, de que la historia tendría derecho á pedirle estrecha cuenta.

Como siempre, juzgamos los acontecimientos de América y el proceder de sus hombres públicos, con amplia é inquebrantable independencia.

Los de Venezuela los venimos siguiendo con suma atención, y podemos, por consiguiente, juzgarlos desapasionadamente, al acompañar á la nación en sus manifestaciones, y al combatir la resolución del general Guzman Blanco.

Este mandatario, después de haber pacificado el país, establecido el imperio de las instituciones, anulado la influencia y prestigio de los *caudillos* que por largos años mantuvieron la República en constante anarquía, quiso darla una nueva y completa organización política, implantando en su patria las admirables instituciones suizas, con aquellas modificaciones que reclamaban la índole del país y el carácter de sus habitantes.

Conocemos la obra y los trabajos del general Guzman Blanco, y haciendo justicia al genio, al talento, á la práctica de los hombres públicos americanos, podemos decir que esa obra y esos trabajos harían la gloria de cualquiera de los más afamados estadistas europeos.

El cambio fundamental operado en Venezuela, no ha sido ni brusco, ni violento, ni se ha llevado á cabo con esa precipitación irreflexiva que, en no pocas ocasiones, hace fracasar las empresas de mayor trascendencia.

Por el contrario: comprendiendo la magnitud de la obra, el autor ha empezado por preparar el terreno, por iniciar al pueblo en su pensamiento, por invitarlo á discutir las grandes reformas concebidas, y cuando ha creído *llegado el momento*, ha procedido entonces al planteamiento de las nuevas instituciones, cambiando el mecanismo político y administrativo de la República.

En esta tarea ha tenido por auxiliar al pueblo, que, secundando su elevado pensamiento, se la ha facilitado hasta ver coronada su obra.

### III

Segun los preceptos de la nueva Constitución hay que elegir al mandatario que se ponga al frente de los destinos del país en el próximo Febrero.

El pueblo venezolano, prescindiendo ya de la gratitud que debe á su *verdadero salvador*, al que le arrancó de las sombras de una noche sangrienta de anarquía para bañar su frente en las claridades de una luz brillante de libertad, comprende, que después de creada esta nueva situación política y administrativa, el *ensayo de la vida nueva* debe ser presidido por el que la ha iniciado y llevado á cabo, deseo que si no justificase el cariño que á los venezolanos inspira su caudillo, justificaria siempre la lógica de los procederes humanos.

Guzman Blanco,—á cuya clara y experimentada inteligencia no pueden escapar las razones fundamentales que el pueblo tiene para desear que asuma el mando de la República,—dice, á pesar de todo, que *no debe aceptar ese mando*, persistiendo en su resolución de que sea cualquier otro quien lo tome en sus manos.

Y bien: lejos del teatro de los sucesos, ajenos completamente á la política interna del país, no debiendo ni pudiendo juzgar sino lo que tenemos delante de los ojos, y procediendo con esa serena imparcialidad de los que hablan en nombre de convicciones honradas, nosotros diremos, que el general Guzman Blanco *no tiene, ni el derecho de optar en estas circunstancias, y que los compromisos que él mismo ha contraído voluntariamente ante su patria, LE IMPONEN LA OBLIGACION DE ACEPTAR EL MANDO*.

Hacer lo contrario, seria asumir ante la historia y la posteridad una responsabilidad que podría comprometer su nombre, que, grande y lleno de prestigio hoy, tal vez se empuñeciese mañana.

Por esto debemos esperar que el actual presidente de Venezuela, volviendo sobre sus pasos y meditando sobre las serias consideraciones en que sus compatriotas se fundan para pedirle la aceptación del mando, se resuelva á ello, disipando así temores, que introduciendo la desconfianza acerca del porvenir, pudieran causar inmenso daño á los intereses de tan hermoso país.

### IV

Y puesto que de Venezuela nos ocupamos, no podríamos concluir este artículo sin consagrar algunas palabras á uno publicado á la salida del último correo, en ocasión de solemnizarse el natalicio de Simon Bolívar.

Pertenece á Eduardo Castaño, redactor de *El Monitor*, que es hoy el diario más popular y conceptuado de la República venezolana.

Cuando todavía resonaba en nuestros oídos el eco del discurso en que uno de nuestros afamados académicos hacia el elogio de Andrés Bello, festejando su centenario, recibimos el artículo de Cal-

caño, como si hubiese querido dar testimonio de que la patria de este insigne ingenio, la patria de Baralt, Cecilio Acosta, Antonio Leocadio Guzman, J. V. Gonzalez y tantos otros, tiene hoy en la nueva generación talentos tan brillantes como aquellos.

Entre éstos se destaca en primera línea, Eduardo Castaño, que á sus privilegiadas dotes de insigne escritor, reúne las no ménos elevadas de gran orador.

Evocando los recuerdos de las hazañas legendarias del Gran Capitan, cuya memoria enaltece, ha escrito uno de esos artículos que no pueden leerse sin el arrobamiento delicioso que en el ánimo producen las producciones que, á la belleza de la forma y lo castizo del lenguaje, reúnen las inspiraciones brillantes de la imaginación, en que las ideas flotan como rayos de brillante luz.

Sin espacio para reproducir íntegro ese artículo, titulado *Apoteosis*, vamos á reproducir en seguida sus primeros párrafos.

### V.

Son estos:

«Era la hora de la historia: el instante supremo del juicio final de la posteridad.

No más acentos de pasiones temerarias: ni vocerías de envidia, ni clamores de odio, ni cobardes negaciones de ingratitude.

Harto tiempo habían llenado los aires de vergüenza, de encono los anales, y de sombras la gloria nacional.

El afán de la calumnia, quebrantado: el ardor de la intriga, extinguido: la cólera libelista, muerta.

La verdad era tribunal: á su rededor, silencio y luz. La Historia, en su trono, instrua el proceso de la gloria y adjudicaba, en galardón, coronas de inmortalidad.

Ví coronar á Alejandro,—y of un suspiro que salía de los abismos.

Ví coronar á César,—y brotó de las profundidades un gemido con rumor de cadenas.

Ví coronar á Napoleon,—y un lamento prolongado, como de dolores muy antiguos, hirió mi corazón.

¿Quién se duele?

Volví los ojos, turbados de extrañeza, hácia la oscuridad que se quejaba.

Era el derecho humano.

Una luz blanquísima y brillante, como de alba que nace, comenzó á proyectarse lentamente sobre las páginas abiertas del libro inmortal.

Oíanse á lo lejos ruidos confusos, como de multitudes apiñadas,—vítores prolongados, como de turbas idólatras,—aclamaciones estrepitosas, como de pueblos redimidos.

Destacado sobre el cielo inmenso de la América aparece un sér, extraño de grandeza, imponente de majestad. Su faz es la que irradia aquellas nuevas claridades: su sombra se proyecta sobre Europa. Alta y árida la frente como cráter de pensamientos de fuego en perpétua ebullición: enarcada la ceja, que denuncia la audacia del proyecto, el acero de la voluntad, el atrevimiento olímpico: encendida la mirada en luz de rayo, y fija en lo infinito, atravesando el porvenir con la electricidad de la profecía: el labio desdeñoso, en reto á los tiranos, y en supremo desprecio á las adversidades del destino y á las increíbles complicidades de la naturaleza.

Tres mensajeros de su gloria comparecen en el estrado de las generaciones á pedir para su frente la corona de los inmortales, y el eco eterno de la celebridad para su nombre.

Venerable el uno y ceñido de ruinas antiguas, tiene el altivo continente de una larga soberanía tradicional: el manto de sus hombros, polvo de héroes; pero vaga en su fisonomía no sé qué sombra extraña de tristeza; como de majestad caída, como de obelisco destruido. Es el Aventino.

Ufano el otro, lleva la frente hasta las nubes: su corona es de rayos, su manto de primavera. Hay en su aspecto no sé qué alegre lozanía y vigor imponente; como sávia de juventud, como fuerza de Titan. Es el Chimborazo.

Algo llora el último mensajero, porque en su frente pálida y desnuda hay toda la austeridad de los dolores ocultos, los tintes desteñidos de la melancolía suprema. Las palmas y las gasas que ciñen su talle, parecen decoraciones importunas que han sobrevivido á las alegrías que las prepararon; como flores de fiesta desvanecida, como atavíos de virgen muerta. Es el Avila.»

Tal es la primera parte del artículo del insigne escritor Eduardo Calcaño, cuya imaginación parece una dulce primavera, en que brotan las flores besadas por auras de aliento de ángeles, y cuyo perfume embriagador penetra los sentidos en ondas de arrobador deleite.

M. NUÑEZ DE ACER.

## LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

—Todo eso es pura palabrería, y á mí no me la *dñas* tú por boca de títere.

—Crea usted que le digo la verdad, hombre.

—Canta, *indino*; mira que no te engaña, que hoy vas á sudar sangre. ¿Serás tú más testarudo que yo?

Y así diciendo, ciego de ira el Tio Martin descargó otro golpe con el puño cerrado en la cabeza del atribulado prisionero, que con lastimoso acento exclamó:

—¡Dios mío!... ¿Por qué consientes tanta injusticia?

La entonación con que don Agapito pronunció estas palabras, pareció impresionar al pronto al feroz viejo, que después de permanecer algunos instantes ceñudo y silencioso, como hablando consigo mismo, al fin murmuró:

—¡Hipocritón! Este quiere más que á Dios las cruces de su dinero.

Y formulado este razonamiento y juzgando por su corazón el ajeno, añadió en voz alta:

—No te andes ahora con beaterías, que todos conocemos, y que no te han de librar de mis uñas.

El cautivo entonces sacudió la cabeza con un movimiento nervioso, y como un hombre resuelto á poner término á sus penalidades, aunque fuese con la muerte; y más animado y con voz entera, respondió:

—He dicho y repito que no tengo dinero ninguno escondido. ¿Para qué lo querría yo si lo tuviera, sino para salir cuanto antes de aquí?

—No seas atestado, mira que vas á morir.

—Pues moriré; pero lo cierto es que no lo tengo, y que aún cuando le dijera á usted lo contrario, sólo serviría para affigir más y más á mi pobre familia, y para que al fin y á la postre se descubra la mentira. ¿Qué me importa morir ahora ó luego?

—¡Maldito de cocer!—exclamó furioso el Tío Martín, abofeteando de nuevo á su desdichada víctima, que entre sollozos dijo:

—¡Tenga usted compasión de mí!

—¡Perro, tunante, socarrón, testarudo, bribonazo! Si tú no tienes compasión de tí mismo, ¿cómo quieres que yo la tenga?

Y el Tío Martín, harto ya de pegarle al secuestrado y habiendo perdido además la esperanza de que éste le descubriese el escondite, que sólo existía en su imaginación, pero muy convencido de que el triste don Agapito mentía como un bellaco, tomó el cesto consabido, puso en pié al pobre secuestrado, y se lo embanastó por la cabeza, dejándole con ella de fuera y los brazos extendidos y pegados al cuerpo, sin que pudiese hacer con ellos ni el más pequeño movimiento, ni más ni ménos, que si le hubiesen puesto una camisa de fuerza.

Es imposible describir la impresion repulsiva y el dolor punzante que experimentó el infeliz cautivo, al ponerle aquella diabólica vestimenta de mimbres que le desgarró á la vez sus ropas y sus carnes, á consecuencia de los violentísimos tirones, que aquel viejo brutal le daba para colocarle á su gusto aquella especie de traje de madera.

El malaventurado prisionero, entre ayes y lamentos y con voz desfallecida, preguntó:

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?

—Nada, hijo; no quiero hacer nada, sino impedirte que te vuelvan á dar tentaciones de gatear, como la otra vez, porque ya tienes las manitas buenas, y es menester contigo estar en todo.

El Tío Martín prorumpió en una burlona carcajada, mientras se complacía ferozmente en mirar á su víctima de la suerte que la había dejado y le apretaba y ponía bien los pañuelos que le cubrían los ojos y que se le habían descompuerto algun tanto, al ponerle por la cabeza á guisa de dalmática, el endiablado cesto.

—¿Qué tal? preguntó el Tío Martín con una sonrisa de demonio. ¿Te encuentras á tu gusto? ¡Qué zagalejo tan cuco y de tanta dura! ¡Pareces así un galápagos manco!

—Pero si me deja usted así, no podré acostarme ni moverme, repuso con voz dolorida el cautivo.

—Justamente eso es lo que yo quiero, ó por mejor decir, tú lo quisiste, *fraile mosten, tú lo quisiste, tú te lo ten;* respondió el maligno viejo canturreando con socarronería los dos citados versos de esta sabida y antigua canción.

—¿Es posible que crea usted que yo quiero verme de esta manera?

—Sí, lo creo, porque si tú no lo quisieras, tú cantarías.

—¿Qué obcecación! murmuró don Agapito.

—Pero lo bueno que tiene, insistió el Tío Martín, es que si no cantas hoy, ya cantarás mañana, porque te advierto y te repito que de esta hecha vas á perder hasta el modo de andar, si no me descubres en dónde tienes los dineros.

El infeliz secuestrado, en vista de aquella tenacidad nada respondida, limitándose á exhalar un prolongado y profundo suspiro.

Y en seguida el Tío Martín se alejó de la cueva, dejando á su cautivo inmóvil, lleno de terror y doblemente sepultado en la lóbrega caverna, que le parecía una fosa, y en el angosto cesto, que se le figuraba un ataúd.

## CAPÍTULO XVIII.

### CONDUCTA INESPLICABLE DE LOS SECUESTRADORES.

Volviendo ahora al buen Melero, debo decir que regresó al pueblo de la Alameda con la carta de los secuestradores.

Entre tanto, fácilmente puede comprender el lector la indecible ansiedad en que se hallaba la desolada familia del infortunado y triste don Agapito.

Doña María y sus hijos aguardaban con la más viva impaciencia la llegada de Melero, que se presentó en el momento en que la angustiada señora se hallaba departiendo acerca de su desdicha con su hija, su yerno y su hijo mayor Francisco.

Al ver penetrar en la estancia á su deudo y mensajero, todas las miradas se clavaron en él como para rastrear por la expresion de su semblante, el resultado de su viaje y de sus gestiones.

Melero, interrogado por doña María, refirió todo cuanto le había sucedido, y al terminar su relato, le entregó al hijo mayor la carta que para él le habían dado los secuestradores, y cuyo tenor era el siguiente:

«Sr. D. Francisco Delgado.

«Muy señor mío y especial amigo: con la suya á la vista y las razones del portador, veo en la desgracia que todos nos encontramos; pero, amigo mío, yo no puedo ménos que es hablar con los compañeros y quedar disgustados todos con la tardanza del dinero, porque como usted conoce, su padre está haciendo falta en su casa y nosotros comprometidos, porque era diferente tomar los dineros en ocho días á echar diez y seis.

«Respecto á lo que usted me dice que su padre escriba unos renglones, amigo mío, no puede ser, á consecuencia de estar distante de aquí, porque siempre la cita se pone lejos del cautivo; pero faltaríamos á los deberes de tener humanidad, si á su padre le faltase nada de cuanto apeteciera en el mundo; es hombre de poco comer, pero aunque comiera mucho, ese cuidado sería nuestro para que no le faltase.

«A ruegos del dador y míos, hemos convenido en que

para el día 5, del próximo Abril, nos mande usted la suma de 1.000 duros sin faltar un céntimo; éstos los traerá el referido José Melero el Moreno, que sólo él hubiera alcanzado una rebaja tan grande como la que se ha hecho.

«Cita para el día 5: saldrá de La Alameda el día 5 á las once de la noche por el camino natural á Benamejí, y estará en la posada hasta la una del día 6; á la una saldrá para Lucena, hará noche en Lucena; y á la otra noche, día 7, estará en Benamejí, y el día 8 se volverá á La Alameda, si no salimos por el dinero.

«Sin otra cosa más, que procure usted no caer en falta, pues ya á nosotros mismos nos da lástima de tenerlo cautivo tantos días.

«P. D. Recibí del referido Melero la suma de 1.400 reales vellón.»

Tal es el texto auténtico de la carta, que en voz alta leyó el hijo mayor de don Agapito.

Los circunstantes á la vez se alegraron y se affigieron de su contenido. Alegráronse, por saber del cautivo, así como tambien por la rebaja conseguida, y se affigieron, por la premura del plazo en que debían buscar á réditos los mil duros.

Sin embargo, despues de las primeras impresiones, la tierna esposa manifestó desconfianza de que su esposo aún viviese.

En vano los hijos y aún el mismo portador de la carta procuraron disuadirla de sus temores, intentando desvanecer sus dudas y sospechas.

—Mucho me temo que haya sucedido una desgracia, dijo suspirando la esposa.

—¿Y en qué se funda usted para esos recelos? preguntó Francisco.

—Me parece que no hay motivos para esos temores, dijo el yerno Zambrana.

—¡Quién sabe! exclamó la hija, que tambien participaba de los recelos de su madre.

—¿No os habeis fijado en éso que dice la carta, de que no ha podido escribir por estar léjos? preguntó doña María.

Esta observacion dejó perplejos y contristados á los hijos; mas el buen Melero, que estaba muy convencido de que su tío vivía, se esforzó cuanto pudo por trasmitir á los demás su opinion, bien que sin conseguirlo, porque la esposa y la hija se aferraron cada vez con más ahinco á sus referidas sospechas.

En este sentido fueron inútiles para convencerlas cuantas razones alegaron sus hijos, Melero y el yerno; pues que si la madre invocaba la circunstancia de que su esposo no hubiese escrito, la hija invocaba á su turno, la autoridad de un ensueño que había tenido la noche precedente, y durante el cual había visto á su padre asesinado por los secuestradores.

En resolucion, diré que como de ordinario acontece en el hogar doméstico, prevaleció la opinion femenina, comunicándose aquellas alarmas á todos los hijos del prisionero.

No por esto dejaron de hacer cuantas diligencias estuvieron á su alcance, para reunir en tan breve plazo la suma convenida; pero es lo cierto, que quizás y sin quizás, la mencionada sospecha influyó poderosamente en no consagrar tan vivas diligencias, como hubieran debido hacer, para buscar y reunir la cantidad exigida.

Melero sobre todo, se disgustó mucho por aquella preocupacion y descuido, tanto porque comprendía lo funesto que podría ser á la familia, cuanto porque él era quien debía dar la cara en aquel triste negocio.

El resultado fué que llegó el día convenido, sin que se hubiesen encontrado los mil duros; pero de todas maneras, la familia resolvió que Melero acudiese á la cita con la doble intencion de pedir nuevo plazo y averiguar por todos los medios imaginables la verdadera suerte del cautivo.

Así, pues, el buen Melero siguió al pié de la letra el itinerario marcado por los bandidos, deteniéndose en Lucena y Benamejí el tiempo que se le prevenía, y regresando el día 8 á la Alameda.

Presentóse Melero á doña María Gallardo y á toda su familia, que se hallaba en su compañía esperándole, y desde luego llamó la atencion de todos la expresion de contrariedad y desabrimiento, que se advertía en el rostro del mensajero.

—¿Qué noticias trae? preguntó con impaciencia la infeliz señora.

—Si he de decir la verdad... En fin, no traigo noticias ningunas.

—Vamos, José, no digas eso, porque no estamos para chanzas;—repuso doña María con acento de cariñosa y dolorida reconvenion.

—Pues tampoco traigo yo ganas de bromas; pero la verdad es... la que he dicho.

—¿No te han dado carta ninguna? preguntó Francisco.

—No, señor.

—Pero algun recado traerás,—terció Dolores.

—Tampoco traigo ningun recado.

—Cuenta, hombre, lo que haya sucedido, dijo el yerno.

—El caso es... ¡Qué cosa más extraña!

Y Melero se detuvo como absorto en sus pensamientos. Los circunstantes se miraban unos á otros, llenos de la más cruel ansiedad y deseando y temiendo á la vez que Melero hablase.

Entonces la infeliz señora, así como tambien su angustiada hija, prorumpieron en amargo llanto y desesperados lamentos, porque al ver el semblante y conducta de su pariente, se confirmaron más y más en su creencia de que el achacoso don Agapito había sucumbido á los malos tratamientos de los secuestradores, ó que éstos en su furor lo habían asesinado.

Los hijos y el yerno lloraban tambien silenciosamente, harto impresionados por el doloroso espectáculo que les ofrecían la madre y la hija, no ménos que por el silencio y ambigüedades del buen Melero, el cual parecía participar igualmente de la general afficion de la familia.

—¡Acabemos de una vez, Pepel! gritó resueltamente Francisco. ¿Vive mi pobrecito padre?

—¡Sí, sí, responde de una vez! exclamaron todos en coro.

Melero pasó en torno suyo una mirada vagarosa y sombría, contemplando alternativamente á los circunstantes,

como un hombre en extremo atónito, afligido y azorado.

—¿No respondes? insistió Francisco.

—¡Amado esposo mío! exclamó la desolada doña María.

—¿Vive mi padre? preguntó con indescriptible angustia la sensible Dolores, llorando con grandísimo desconsuelo.

—¡Vaya usted á saber!... exclamó al fin Melero. ¿Quién es capaz de responder á esa pregunta?... La otra vez, cuando decían ustedes que no había escrito, creía yo que estaba vivo y sano y que sus recelos no eran más que aprensiones; pero ahora...

—¡Ahora!... ¿Qué ha sucedido? preguntaron todos á la vez.

—Ahora, digo que... quizás tengan ustedes razon...

—¿En qué? interrumpieron todos.

—En llorarlo por muerto.

Las precedentes palabras cayeron sobre aquella desolada familia, como una losa sepulcral.

Durante algunos instantes no se oyó en la estancia más que tristes lamentos de las dos mujeres y comprimidos sollozos de los varones.

Trascurridos algunos minutos, los cuatro hijos y el yerno levantáronse de pronto, pasando del extremo del abatimiento del dolor, al último paroxismo de la cólera, y con los puños crispados, lanzando fuego por los ojos, rodearon á Melero, diciéndole:

—¡Cuenta sin rodeos todo cuanto sepas!

—¡Pues eso es lo peor! exclamó el buen Melero. El caso es que no tengo nada que contar.

—Pues entonces... ¿Qué te ha sucedido en el viaje? preguntó Francisco.

—Dílo todo, añadió Zambrana, y si no quieres que éstas te oigan, vente conmigo y cuéntamelo todo.

—No es menester, replicó Melero, porque lo que ha sucedido aunque es muy extraño, y yo ni me lo esperaba, ni acierto á explicármelo, puedo contarlo aquí delante de todos.

—¡Habla por Dios! exclamaron todos á la vez.

—Pues, señor, yo salí de aquí, siguiendo hora por hora el camino y los sitios que esa gente había mandado, llegué á Benamejí y estuve en la posada hasta la una del día, y viendo que nadie se me presentaba, salí á la una en punto para Lucena, en donde hice noche el día 6, y luego volví á salir para estar otra vez la noche del día 7 en Benamejí; pero tampoco se me presentó allí alma viviente, y yo dije para mi capote: «quizá esta gente aguarde á verme en el camino de La Alameda.» Y entonces no queriendo caer en falta, y deseando cumplir al pié de la letra todo lo que ellos habían mandado, me decidí á volverme esta mañana, y aquí donde me ven ustedes, tampoco nadie me ha salido al encuentro. ¿No es esto muy extraño? Pues ya lo saben ustedes todos.

Excusado parece decir que el precedente y verídico relato de Melero, fué oído por la familia con tan profundo silencio como viva atencion, produciendo en todos los circunstantes la más extraordinaria é indescriptible sorpresa.

—¿Y qué opinas tú de que los secuestradores no hayan asistido á la cita? preguntó Francisco.

—Yo no sé qué pensar, ni cómo entender, ni cómo explicar lo que ha sucedido.

—¡Qué desgraciada soy! exclamó la triste esposa. La explicacion es bien sencilla, mi Agapito ha muerto, y por eso no han acudido á la cita, ni ya volveremos más á saber de esos malvados... ¡Esposo de mi alma!

—¡Padre de mi corazon! exclamaron á la vez todos los hijos, convencidos por la explicacion de su afligida madre.

—Yo creo que todavía no debemos perder la esperanza, dijo Zambrana, procurando consolar á la llorosa y acojonada familia.

Pero todos sus esfuerzos fueron completamente inútiles para que prestasen oídos á sus reflexiones.

—Pues ello es necesario hacer algo para apurar este negocio, y saber á qué atenerse, insistió el yerno.

Y como asaltado por una idea súbita, levantóse rápidamente y dirigiéndose á Melero, hízole seña de que le siguiese fuera de la estancia.

El buen Melero recogió la seña y salió inmediatamente detrás de Zambrana, que lo condujo con mucho misterio á un apartado aposento.

## CAPÍTULO XIX.

### DONDE APARECE OTRA VEZ EL CABALLERO MISTERIOSO.

Mientras que el caballero misterioso y su acompañante caminaban desde el pueblo de Martín de la Jara al de Campillos, entablaron el diálogo siguiente:

—Crea usted que siento no dejar ultimado este negocio, dijo Carrascoso.

—¿Y qué te importa? replicó el caballero. Además, que despues de hacer en el Arahál lo que hemos convenido, puedes volverte.

—Sí; pero yo tengo que estar en Benamejí el día 6 y no sé si podré conseguirlo, porque ya sabe usted lo que pasa; pues unas cosas se enredan con otras y los amigos le traen á uno mil compromisos, y cuando ménos se piensa, tiene uno que detenerse por su causa, y en fin, me parece que no voy á poder dar la vuelta tan pronto como yo quisiera.

—En último caso, lo que conviene es atender á lo que más importa.

—En eso tiene usted razon.

—Pues á Roma por todo, y si puedes volver ese día vuelves, y si no, que te aguarden.

Carrascoso, al oír estas palabras, prorumpió en una estrepitosa carcajada, y despues dijo:

—Hombre, me gusta usted, porque tiene el pecho más ancho que la mar, y no se apura usted por nada.

—Pues claro está; en este mundo, Pepillo, no hay que apurarse más que por tener mucho dinero, y todo lo demás es tontería. Por eso algunas veces me das que sentir, porque ya sabes que yo te quiero de verdad, y me incomoda el verte que te metes en cualquier negocio, y te vas detrás de cualquiera para ganar cuatro cuartos.

—¿Y qué quiere usted que haga? Muchas veces tiene un

hombre que agarrarse aunque sea á un clavo ardiendo para mantener las obligaciones.

—Pero los hombres como tú de pelo en pecho y que ya están comprometidos, es menester que piensen en dar golpes de gracia y salir de pobres.

—Eso es verdad, porque tan perdido está uno por mil como por mil quinientos; pero no siempre se presentan los negocios á gusto.

—Porque no pensais en buscarlos, ni tampoco sabeis manejarlos como conviene. Si yo me encontrá en tu pellejo y no me contuvieran los respetos de mi familia, ya verías tú qué pronto afanaba yo una gran fortuna para gastar y triunfar, salir de apuros para siempre y verme de las persecuciones de la justicia, pues con nada se le tapa mejor la boca y se les ataja la pluma á los curiales que con onzas de oro.

—Habla usted lo mismo que un gran maestro.

—Ya sabes tú que siempre he sido amigo y compañero de la gente del bronco, que con ella me he gastado el *loben* en francachelas y bromazos, y que si no fuera por las mormas y el juego, no andaría yo tan atrancado y antecogido por la curia; pero poco hemos de vivir, ó saldremos de tantos apuros.

—¡Dios ó el diablo lo quiera! exclamó Carrascoso.

—Quién lo ha de querer de veras somos nosotros, que tenemos á la puerta de nuestra casa, como quien dice, los que nos pueden sacar de todos los barrancos.

—Hombre, yo no he querido nunca meterme con la gente del Arahál, porque se han portado bien conmigo, porque me quieren y me dejan el paso libre, y yo en eso me parezco á los gitanos, que dicen: «Donde duermas, no hagas daño».

—No creas que se portan así porque te quieren, sino porque te tienen miedo. Por lo demás, lo que necesitamos los amigos es aviarnos; ya verás luego cómo todo el mundo te alaba y quita el sombrero.

Así el caballero misterioso, como un espíritu satánico, infundía en Carrascoso los sentimientos más perversos, ó lo confirmaba más y más en las horrosas máximas que le habían lanzado por la senda del crimen. Aquellos dos hombres, caminando en medio de las tinieblas de una ventosa noche y departiendo de aquella manera, ofrecían un espectáculo terrible y á la vez doloroso para el pensador.

En efecto, un hombre de buena educación y perteneciente á una clase distinguida era el seductor que trataba de corromper hasta la médula de los huesos á otro hombre tosco, sin educación y que pertenecía á la clase del pueblo.

¡Cuántas tremendas reflexiones no surgen de éste y otros análogos hechos!

Ante Dios y ante los hombres, ¿cuál de aquellos dos individuos era el más culpable?

El caballero misterioso continuó:

—Esos escrúpulos que tú tienes te empequeñecen y perjudican. Enhorabuena que en cada pueblo tengas una persona que respetes para que te sirva en lo que allí te ocurra; pero con las demás no debes tener miramientos ningunos, porque todos son unos tunantes, y cuanto más ricos más malos, pues para llegar á serlo han hecho, aunque con más picardía, lo mismo que necesitamos hacer nosotros, si no queremos vivir rabiando y arrastrados como las culebras y morir en un hospital.

—Le digo á usted que me gusta que hablemos, porque con estar á su vera se aprende mucho, respondió Carrascoso perfectamente convencido por las razones del caballero.

—Es menester estudiar lo que pasa en el mundo, Pepillo.

—Si yo tuviera el talento que usted tiene y mis padres me hubieran dado la enseñanza que á usted le dieron los suyos, ya vería usted cómo yo hacia milagros en la faena, volviendo patas arriba este pícaro mundo, y entonces yo le juro que no se comerían los gordos á los flacos, sin más razón que porque sí.

—¡Así me gusta! exclamó el caballero misterioso, sacando de su chaquetón el frasco de aguardiente, del cual había echado ya varios tragos, y alargándoselo al bandido, añadió:

—Toma, hombre, y bebe como yo, que hace una ventisca del mismo demonio.

—Venga un traguito, ya que usted se empeña, porque la verdad es que el aire que corre corta los huesos, dijo Carrascoso tomando el frasco y echándose un trago.

—Si tú hubieras venido tragando como yo, no tendrías frío, respondió el caballero, cuya voz aguardentosa revelaba sus aficiones.

—Tenga usted su cacharrito, que el mata ratas que lleva deja á uno sin campanilla.

—Esto es la mejor defensa para estas noches; pero volviendo á la cuestión que nos importa, debo decirte, que tú no sabes sacar partido de la nombradía que vas adquiriendo y de las simpatías que tienes entre la gente de estos contornos, pues si tú fueras otro, serías el amo.

—¿De qué había yo de ser el amo? preguntó con cierto interés el bandido.

—De toda esta tierra.

—¿Y qué es menester que yo haga para eso?

—Encargarte de la ejecución de todos los planes que otros te darian, pues ya sabes que nuestra asociación es numerosa, que hay muchos que discurren y pocos que tengan las cualidades que tú para ejecutar, por cuyo motivo en los negocios que traemos entre manos, debes ahora echar el resto, para que todos vean que tú eres el hombre de más acción de la compañía, mientras que por mi parte, yo te ayudaré más de lo que tú piensas. ¿Te conviene, Pepillo?

—Trato hecho, y ya verá usted si á mí se me pone ninguno por delante.

—Pues como tú sigas ese camino, yo te prometo que no te ha de faltar qué hacer, porque en el Arahál tenemos una gran mina; y no tengas miramientos con la gente de ese pueblo, que ya verás que cuanto más hagas, más te han de respetar; y si te ocurre algún percance, los asociados te sacaremos en palmas.

—No hay ningún inconveniente, y despues de coger á

esos pájaros que usted sabe, seguiremos explotando la mina.

—Eso es lo que yo quiero, Pepillo, que todo lo que se haga pase por tu mano.

En éstas y otras, llegaron al pueblo de Campillos, y ámbos se detuvieron ante la puerta de una casa de buen aspecto.

Allí el caballero misterioso tosió fuertemente y en seguida se abrió la puerta.

Los dos jinetes penetraron en dicha casa, y pocos momentos despues se hallaban en un abrigado aposento, en donde prosiguieron bebiendo y hablando, muy á su sabor de sus malvados planes.

Allí pasó Carrascoso todo el día, hasta que llegada la noche, se despidió del caballero, diciéndole:

—Descuide usted, que todo se hará como convenga.

—Bueno será que desde aquí te lleves para allá revistada toda la gente.

—Esa es mi intencion, y no dejaré de ir á los cortijos que usted sabe.

—Me parece bien. Hasta la vista.

—A la paz de Dios.

Carrascoso metió espuelas á su caballo, emprendiendo su marcha con dirección á el Arahál; pero deteniéndose con harta frecuencia en cortijos y caseríos, en donde era muy bien recibido y tratado por las gentes del campo, á quienes dirigía sus preguntas y daba sus instrucciones, que todos escuchaban con respeto y prometían cumplir al pié de la letra.

Cuando llegó al Arahál, despues de haber visto á su mujer y á su hijo que allí vivían, recorrió las tabernas y muy pronto encontró á los amigos y cómplices que buscaba, los cuales le dieron minuciosa cuenta de todo lo que habían hecho y del estado en que se hallaban sus proyectos.

Pero á la vez que se ocupaba incesantemente, ya dentro, ya fuera de la población, en preparar los golpes concertados, y á causa de las entrevistas con los amigos, acudían también amigas y se armaban jolgorios y jaranas, que él aprovechaba para sus fines, pasando días y noches en una constante borrasca de francachelas, comilonas y borracheras.

Mas no obstante el invencible atractivo que para él tenía el alegre trato de sus amigos y comadres, tuvo resolución suficiente para abandonarlos y encaminarse al lugar donde le esperaban los secuestradores de D. Agapito, con el fin de concurrir despues á la cita con Melero.

Reunióse, en efecto, con ellos y se dirigieron á Benamejí, en donde antes siempre campaban por sus respetos y tenían muchos amigos y se habían propuesto ver á Melero, quien, como ya el lector sabe, llevaba prefijado el tiempo que había de permanecer en la posada.

Pero Carrascoso y sus cómplices estaban muy lejos de sospechar el estado de indecible alarma en que se hallaban sus paniaguados y compinches, que todos eran lobos de la misma camada.

Dirigiéndose á casa del famoso Niño, el cual ni siquiera quiso recibirlos, limitándose á enviarles un recado con una persona de confianza, previniéndoles que de ninguna manera se metiesen en ningún fregado en el pueblo y sus contornos, porque la Guardia civil bebía los vientos; que habían ocurrido grandes cosas; que había en la población y en el campo más policías que piedras y matas; que el gobernador de la provincia no dejaba respirar ni á las moscas; y que se tuviesen por irremisiblemente perdidos si caían en sus garras.

El emisario del Niño los condujo á su casa, donde los tuvo escondidos hasta que llegara la noche, haciéndoles la más viva pintura de los peligros que todos corrían, á consecuencia de las disposiciones del Gobernador de Córdoba, que había tomado muy á pechos la persecucion de los secuestradores y que hasta el mismo Niño, que había podido ser siempre su amparador y padrino, además de señor y rey de la comarca, se hallaba muy abatido y temeroso de que le sobreviniese algún desavío.

Y con este motivo el emisario les refirió también las terribles amenazas que el Gobernador le había dirigido al Niño, á quien había llamado á Córdoba para exigirle que dejase libre al secuestrado don José Orellana y que de lo contrario, que él pagaría con su cabeza.

Añadió también que el Niño se había dado tal maña, que había conseguido que el tal secuestrado volviese á su casa, pero que á pesar de haber cumplido las órdenes del Gobernador, las precauciones seguían y la persecucion se aumentaba, y que en el pueblo no entraba alma viviente, sin que lo vigilase la policía y estuviese expuesto á sufrir algún percance.

En suma, el emisario del Niño les manifestó que debían alejarse de allí en cuanto llegase la noche, que vivieran muy alerta, y que si no querían tener alguna desazon gorda, que se fuesen cuanto antes de la provincia, como lo habían hecho ya todos los más comprometidos que amparaba el Niño.

Atemorizados con tan desagradables noticias los secuestradores, cuando se hubieron quedado solos, discurrieron la conducta que en aquel caso improvisado debían seguir, y decididos á no comprometerse, acordaron no presentarse á Melero, que acaso estuviera vigilado por la policía, si es que, interrogado por ella, éste no se había ido de la lengua.

Mas por otra parte, los bandidos no querían dar su brazo á torcer, confesando su informalidad, ni mucho menos demostrar que el temor había tenido parte en su conducta, por cuyas razones determinaron escribir una carta á la familia de don Agapito, poniendo valientemente otra nueva cita, si bien dando á entender que la falta había estado en Melero, que no había cumplido puntualmente las instrucciones que se le habían dado.

Prevalció este parecer, porque así se ocultaba perfectamente la verdadera causa de no haber ellos asistido á la cita, si bien comprendiendo el inminente peligro que corrían en la provincia de Córdoba, se reservaban la intencion de avistarse con Melero, no en Benamejí, ni en territorio de dicha provincia, sino en un punto de la ruta correspondiente á la inmediata de Málaga.

No bien hubieron acabado de escribir la carta, cuando

regresó el amigo del Niño, que había salido á tomar lenguas y prepararles la salida, manifestándoles que ya era la hora conveniente para la marcha y que si no querían comprometerse y comprometerlo, que se ausentasen inmediatamente y con todo género de precauciones.

Carrascoso y sus compañeros despidiéronse de su compinche, dándole muchas expresiones para el Niño y para el Sordo Lechuga, rogándole al mismo tiempo que pusiese en seguida en el correo la carta que habían escrito y cuyo contenido era el siguiente:

«Señora Doña María Gallardo.

»Muy señora mía y de toda mi atencion: vuelvo á ponerle nueva cita, porque seguramente comprendo que el conductor ha perdido el camino que llevaba marcado; pues hemos pasado un mal rato con haber faltado ese hombre á las horas que tenía marcadas; y como usted conoce, esta cita es un sagrado, que no puede ni salir más tarde, ni más temprano, ni mudar caminos.

»Pues bien; ahora le marcaré otra ruta, á ver si no hay falta; con que así, tendrá usted la bondad de hacerme la remision antedicha en la forma siguiente:

»Cita para el día 10 del presente Abril: el día 10 á las seis de la tarde saldrá de La Alameda para Benamejí por el camino de herradura; pasará por la cañada de los Madroñales y el camino seguido que entra en el arrecife, cerca del puente de Benamejí.

»En el puente de Benamejí echará un misto para encender un cigarro.

»El día 11 por la mañana, al apuntar el sol, saldrá de Benamejí para Lucena y á la noche volverá á Benamejí, y el día 12 al apuntar el sol, saldrá para La Alameda.

»Esto lo ha de verificar, sin que salga más tarde ni más temprano.»

La precedente carta vino á tranquilizar en algún modo á la familia de don Agapito, así como también á destruir el plan que había concebido Zambrana de que Melero volviese á recorrer de nuevo todo el trayecto de la cita, para ver si alguno de los secuestradores se le presentaba y averiguar á punto fijo la verdadera suerte del prisionero.

Ahora bien; la mencionada carta devolvió su alegría á los acojados hijos de don Agapito; pero ¡cosa extraña! ni la infeliz esposa ni su hija Dolores quedaron completamente tranquilas.

¡Tal importancia le daban una y otra á su fatídico presentimiento, el uno en forma de corazonada, el otro en forma de ensueño!

## CAPÍTULO XX.

### ENTREVISTA DE FRANCISCO DELGADO CON LOS SEQUESTRADORES.

La familia de D. Agapito no había reunido la suma exigida por su rescate; pero en la situación de ánimo en que se hallaba es seguro que no habría pensado en remitir el dinero, aunque lo hubiese tenido á su disposición, preocupándose tan sólo de que Melero acudiese á la cita para averiguar si vivía ó no el cautivo.

Así, pues, ni le dieron carta al mensajero ni más encargo que el de adquirir la completa evidencia de lo que habían hecho los secuestradores con su víctima.

Con tales instrucciones salió Melero á las seis de la tarde del pueblo de La Alameda, repasando en su memoria los puntos que debía recorrer, y las operaciones que debía verificar en su ruta, procurando con grandísimo esmero no detenerse ni anticiparse.

Embebido en sus pensamientos caminaba el buen Melero sobre su macho, muy ajeno de lo que había de ocurrirle en su ruta, buscando allá en su imaginación todos los argumentos que su caletre le sugería para demostrar á los secuestradores que ellos y no él eran los que habían faltado á la cita.

La noche entre tanto iba extendiendo sus sombras por los campos, estrechando cada vez más los límites del horizonte, de suerte que Melero solo podía divisar los objetos más cercanos y el camino que blanqueaba entre las tinieblas por los próximos repechos.

Poco más de una hora llevaría de marcha, cuando súbitamente, al llegar al sitio denominado de *Aguillita chica*, le salieron al encuentro dos hombres que, trabando por el ronzal el macho, lo sacaron fuera del camino, conduciéndole al sitio más sombrío de aquellos contornos.

La repentina aparición de aquellos dos hombres, que semejaban dos fantasmas por su ligereza y su silencio, produjo en el ánimo del buen Melero una sorpresa indescriptible y una emoción extraordinaria; pero muy luego reconoció en los dos aparecidos á los mismos que, disfrazados de pastores, le habían hablado en la posada de Martín de la Jara.

—¿Por qué no fuiste á la entrevista? le preguntó Carrascoso en tono de reconvenccion.

—Pues sí estuve, y viendo que nadie me dijo esta boca es mía, me volví á casa.

JULIAN ZUGASTI.

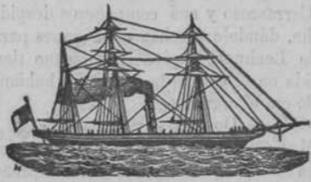
(Continuará.)

Aplaudimos las dignas alocuciones que nuestro distinguido amigo, el Excmo. Sr. D. Luis de Prendergast, gobernador superior de la Isla de Cuba, ha dirigido á sus habitantes al hacerse cargo del mando de la misma.

Se inspiran en una política expansiva y generosa, en sentimientos de concordia, de imparcialidad y de justicia, respecto de todos los partidos políticos, respetando sus opiniones y su dignidad, para que puedan desarrollarse las reformas legales, y se llegue á la asimilación política y administrativa con la Península, á la sombra de la gloriosa bandera española y dentro del santo principio de la integridad nacional.

Conocemos hace muchos años la sinceridad de carácter del Sr. Prendergast, y estamos íntimamente persuadidos de que sus elocuentes frases, nacidas de la rectitud de su conciencia, han de ser verdaderamente sancionadas por los hechos.

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

### SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden también billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

### BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los bonos del Tesoro, emision de 1.º de Abril de 1879, que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION de los bonos que deben ser amortizados.		Numeracion de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION de los bonos que deben ser amortizados.	
	Del	al		Del	al
28	2701	800	3851	385001	100
65	6401	500	3853	386201	300
170	16901	17000	3998	399701	800
266	26501	600	4050	404901	405000
399	39801	900	4237	423601	700
693	69201	300	4247	424601	700
719	71801	900	4296	429501	600
741	74001	100	4346	434501	600
750	74901	75000	4423	442201	300
856	85501	600	4437	443601	700
930	92901	93000	4575	457401	500
947	94601	700	4612	461101	200
1012	101101	200	4741	474001	100
1065	106401	500	4748	474701	800
1160	115901	116000	4864	486301	400
1372	137101	200	4878	487701	800
1380	137901	138000	4995	499401	500
1434	143301	400	5048	504701	800
1673	167201	300	5253	525201	300
1706	170501	600	5318	531701	800
1797	179601	700	5347	534601	700
1903	190201	300	5530	552901	553000
1947	194601	700	5682	568101	200
2008	200701	800	5685	568401	500
2055	205401	500	5765	576401	500
2080	207901	208000	5785	578401	500
2110	210901	211000	5927	592601	700
2127	212601	700	6037	603601	700
2187	218601	700	6089	608801	900
2206	220501	600	6334	633301	400
2240	223901	224000	6363	636201	300
2329	232801	900	6414	641301	400
2349	234801	900	6439	643801	900
2492	249101	200	6517	651601	700
2506	250501	600	6544	654301	400
2513	251201	300	6662	666101	200
2583	258201	300	6739	673801	900
2654	265301	400	6759	675801	900
2679	267801	900	6808	680701	800
2840	283901	284000	7011	701001	100
2850	284901	285000	7117	711601	700
2996	299501	600	7120	711901	712000
3079	307801	900	7130	712901	713000
3083	308201	900	7156	715501	600
3173	317201	300	7196	719501	600
3551	355001	100	7275	727401	500
3633	363201	300	7511	751001	100
3740	363901	364000			

Madrid 10 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, J. Morales.—V.º B.º.—Por el gobernador, Breto.

### BANCO DE ESPAÑA.

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupon de las obligaciones del Banco y del Tesoro, series exterior é interior del Tesoro sobre el producto de Aduanas y de los Bonos del mismo, se previene á los depositantes que quieran retirar los referidos cupones en rama, se sirvan manifestar antes del día 11 de Diciembre inmediato, para que deje de cortarlos el Banco.

Los que deseen domiciliar en provincias el pago de intereses y amortización de las obligaciones y bonos, lo manifestarán por escrito al Banco

hasta el 15 de Diciembre, y á las sucursales y comisiones hasta el 22, expresando el número de cada uno de los efectos que hayan de domiciliarse, en el concepto de que pasados aquellos días sin haberlo solicitado, sólo se pagarán en la Caja de este establecimiento los intereses y amortización.

Este establecimiento, sin embargo, cortará y pagará el cupon corriente de los citados valores que se depositen con él hasta el 25 del mes de Diciembre.

Desde el día 10 del mismo, se admitirá en la Caja de efectos los valores que á continuación se expresan,

para el pago de intereses y amortización, y por el orden siguiente:

Días 10, 14 y 17, cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie interior.

Idem 12, 15 y 19, cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie exterior y de aduanas.

Idem 13, 16 y 20, cupones de bonos y bonos amortizados.

Desde el día 21 en adelante se admitirán toda clase de valores sin distinción.

Al respaldo de los efectos amortizados deberá ponerse el siguiente endoso: *Al Banco de España para su amortización y pago*, fecha y firma del presentador.

Comprobados los efectos á que se refiere el párrafo precedente con sus respectivas facturas, se entregará el correspondiente documento al interesado con el señalamiento del día en que ha de tener lugar el pago por la Caja de efectivo.

El pago de los intereses de los valores antes detallados, depositados en este Establecimiento, se verificará desde el día 2 de Enero, y desde la misma fecha podrán presentarse en la intervención los depositantes con los resguardos respectivos á recoger el oportuno libramiento.

Los valores que formando parte de un depósito, sean amortizados, deberán ser retirados por los interesados á fin de hacer por sí la presentación de aquellos en la forma que queda establecida.

Madrid 28 de Noviembre de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

### BANCO DE ESPAÑA.

Como consecuencia de lo dispuesto en el anuncio de este establecimiento de 17 de este mes, inserto en la *Gaceta* del 19, se advierte al público:

1.º Que los dueños de depósitos constituidos en esta Caja central, y consistentes en Deuda amortizable al 2 por 100 exterior, acciones de carreteras (excepto las de Abril de 1850), acciones de obras públicas y deuda de personal, que no opten por cangear los mencionados valores, habrán de avisarlo por escrito al Banco antes del 31 de este mes, pues de lo contrario se presentarán por el mismo al cange en los días señalados al efecto, según se expresa en la regla 15 del citado anuncio, y

2.º Que desde el día 15 de Enero próximo ya no se admitirán en depósito voluntario los valores llamados á la conversión.

Madrid 23 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, Juan de Morales y Serrano.

### BANCO DE ESPAÑA.

Los intereses correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Enero próximo de los valores especiales del Tesoro depositados en este Establecimiento, se pagarán por la caja del mismo en la forma siguiente:

Día 2 de Enero.—Obligaciones del Banco y Tesoro, serie interior.

Día 3 de id.—Obligaciones del Banco y Tesoro, serie exterior, y de aduanas.

Días 4 y 5.—Bonos del Tesoro.

Desde el 7 en adelante se pagarán los intereses de todas las expresadas clases de valores indistintamente.

Madrid 26 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, Juan de Morales y Serrano.

### BANCO HISPANO-COLONIAL.

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sorteo de amortización de 5.250 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, según lo dispuesto en el art. 7.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, han resultado favorecidas las bolas números 73, 396, 383, 287, 535, 562 y 421.

En su consecuencia, quedan amortizados en el primer millar los nú-

meros 73, 287, 383, 396, 421, 535 y 562; en el segundo millar los números 1.073, 1.287, 1.383, 1.396, 1.421, 1.535 y 1.562, y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emisión.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º de Enero próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupon que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas que se facilitarán en las oficinas del Banco, Aneha, 3, Barcelona; en Madrid, en el Banco Hipotecario de España; en las provincias, en casa de los corresponsales ya designados en cada plaza; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, en casa de los Sres. Uthoff y Compañía.

Barcelona, 1.º de Diciembre, de 1881.—El vice-gerente, P. Aleu Arandes.

### BANCO HISPANO-COLONIAL.

#### ANUNCIO.

El Consejo de Administración, según lo prevenido en el art. 25 de los Estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar junta general ordinaria el día 8 de Enero de 1882, á las once de la mañana, en Barcelona, en el domicilio social, calle Aneha, núm. 3, principal, con objeto de aprobar el balance y cuentas del quinto ejercicio social, terminado en 31 de Octubre último.

Según lo dispuesto en el art. 26 de los Estatutos, sea cual fuere el número de los concurrentes y el de las acciones representadas, se constituirá la junta y se celebrará la sesión con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia se necesita depositar en las cajas de la Sociedad, con arreglo al artículo 29, CINCUENTA acciones, cuando menos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta el 7 de Enero y cinco horas de la tarde, y en Madrid en la delegación del Banco, Barquillo, 3, hasta el 5 del mismo mes y tres de la tarde, cuyos centros expedirán los resguardos y papeletas de entrada á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo efecto se facilitarán ejemplares de poderes en las oficinas de Barcelona y Madrid.

Los socios que no posean individualmente cincuenta acciones, podrán, según el art. 27, reunirse y confiar la representación de sus acciones, cincuenta á lo menos, á uno de entre ellos.

Lo que de acuerdo del Consejo se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 24 de Diciembre de 1881.—El director-gerente, P. de Sotolongo.

### BANCO DE CASTILLA.

La Administración de este Banco pone en conocimiento de las personas que tengan efectos públicos en este establecimiento, tanto en garantía de préstamos, como en depósito de los señalados para su conversión por el nuevo signo al 4 por 100, que hasta el 27 de este mes inclusive recibirá los avisos de los interesados que preferían el reembolso á metálico, advirtiéndole que al que no haya avisado en dicha fecha se le considerará conforme con la conversión, de cuyas operaciones se encargará este Banco gratuitamente por cuenta de los depositantes.

Madrid 17 de Diciembre de 1881.—Por acuerdo de la Administración, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

### BANCO HIPOTECARIO

#### DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varía según la duración del préstamo.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relación clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestación inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestación se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulación en caso de que fuere necesario.

Admite también el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

### LA AMERICA

#### Año XXII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa.

El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Precio de suscripción en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

#### ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.º

Cafos, 1.



# ÍNDICE

## POR MATERIAS Y AUTORES



POLITICA		Núms.	Págs.
EL PORVENIR de España (don Pedro Arnó).		1	4
ESPAÑA y sus colonias (don Manuel Becerra).			
I.		1	5
II.		2	5
III.		3	5
IV.		4	2
V.		5	2
VI.		6	6
VII.		7	2
EL SOCIALISMO de Luis Blanc (don Eusebio Asquerino).		1	7
REPUBLICA Argentina (don Héctor Florencio Varela).		2	2
CHILENOS y peruanos (don Manuel Prieto y Prieto).		3	5
LA CUESTION de Marruecos (don Francisco Cañamaque).		3	8
LA LIBERTAD: estudio sobre la revolucion (don Pablo Nougués).		4	4
LA UNIVERSALIDAD de la democracia (don Emilio Castelar).		4	10
CONTESTACION á las cartas del Times sobre el Brasil (don Manuel de Foronda).			
I.		5	8
II.		6	10
SUCESOS de Rusia (don José Anchorena).		6	4
POLITICA ultramarina (don Bernardo Portuondo).		8	6
LAS REVOLUCIONES: Lo que las trae y lo que se las lleva (don Tomás Rodríguez Pinilla).		8	6
EL PODER del Jefe del Estado (don Gumerindo Azcárate).		9	2
EL ESPIRITU del siglo (don Pablo Nougués).		10	6
EL PERSONALISMO y la indisciplina de los partidos (don Tomás Rodríguez Pinilla).		10	13
EL PODER y la libertad en el mundo antiguo (don Manuel Pedregal).		11	8
REVISTA americana (don A. del Palacio).		12	5
EL SOCIALISMO de cátedra (don Gabriel Rodríguez).			
I.		12	9
II.		13	5
REPUBLICAS americanas (don Héctor Florencio Varela).		13	6
CARTA al Ministro Sr. Albareda (don Héctor Florencio Varela).		15	2
LA LIBERTAD: el derecho (don Eusebio Asquerino).		16	8
REVISTA americana (don Héctor Florencio Varela).		17	8
LA CUESTION de Oriente (don Eusebio Asquerino).		18	7
REVISTA americana (don Héctor Florencio Varela).		18	8
CONSTITUCION política de Honduras (don Ramon Rosa).		19	5
REPUBLICA del Paraguay (don Héctor Florencio Varela).		19	10
REVISTA americana (don M. de Perez Ruano).		19	11
REVISTA americana (don M. P. Navarrete).		20	9
NUESTRA política (don Eusebio Asquerino).		21	5
MEJICO (don Eusebio Asquerino).		22	5
REVISTA americana (don M. P. Navarrete).		21	11
LOS PROGRESOS de América (don M. P. Navarrete).		23	11
PERU, Chile y Méjico (don Eusebio Asquerino).		23	5
REVISTA americana (don M. P. Navarrete).		24	11
VENEZUELA (don M. Nuñez de Acer).		24	12
ADMINISTRACION.			
LOS PRESUPUESTOS considerados á la luz de la filosofía (don Fernando Corradi).			
I.		1	3
II.		2	3
TRAVESIA de los Pirineos centrales por vías de hierro internacionales (don P. Calvo y Martín).			
I.		2	12
II.		5	10
III.		7	6
IV.		9	5
EL PAUPERISMO y la asociacion (don Eusebio Asquerino).		3	2
EL PORVENIR de la agricultura española (don Fernando Corradi).		10	5
EL TRABAJO y la produccion en la América española (don Bernardo Portuondo).		12	2
DEL TRABAJO como fin principal de la vida (don Tristan Medina).		13	2
EL LAND BILL, ley agraria (don Tomás Rodríguez Pinilla).		17	2
COLONIZACION de Cuba (don Pedro Becerra y Alfonso).		22	12

INDUSTRIA Y COMERCIO		Núms.	Págs.
DE LA INDUSTRIA pesquera canario-africana (don Joaquín Baeza).		1	12
EL AZUCAR en Rusia (don P. Ruiz Albistur).		2	14
LA BALANZA mercantil (don M. A. Montejó).		8	13
EL SISTEMA prohibitivo y la libertad de comercio en Africa (don José J. Acosta).		11	2
LA COMUNICACION como fórmula del progreso comercial (don Julio Domingo Bazan).		14	2

HISTORIA		Núms.	Págs.
LOS BUFONES en Alemania (don Nemesio Fernandez Cuesta).		1	11
LOS BUFONES en algunos Estados alemanes (don Nemesio Fernandez Cuesta).		2	11
EL EMPERADOR José II de Austria (don Juan Fastenrath).		3	10
PALMARES y los sargentos de la Rochela (don Eusebio Asquerino).		6	11
LOS AFRANCESES (don J. Guell y Mercader).		7	4
LA INDEPENDENCIA de América (don Emilio Castelar).		7	8
LOS BUFONES en Italia (don Nemesio Fernandez Cuesta).		7	9
RUSIA (don Eusebio Asquerino).			
I.		8	4
II.		9	4
III.		10	8
IV.		11	5
V.		12	5
VI.		14	5
VII.		15	9
VIII.		17	4
APUNTES históricos sobre los reinos de Tai-fas (don Antonio M. Duimovich).		24	10

GRAMATICA		Núms.	Págs.
SOBRE el significado de los modos adverbiales a priori y a posteriori (don Rafael Angel de la Peña).		13	11
LIGERAS observaciones sobre los acentos de nuestro idioma (don Antonio M. Duimovich).		14	7
DE LA CONCORDANCIA lógica del pensamiento con su expresion (el marqués de San Gregorio).			
I.		15	7
II.		16	5
III.		17	6
DE ALGUNAS voces españolas generalmente mal usadas (don Antonio M. Duimovich).		22	8
LAS LENGUAS (don Francisco de P. Muñoz).		24	12

ENSEÑANZA		Núms.	Págs.
LA EDUCACION y el Arte (don Pedro Arnó).		6	13
LA EDUCACION de la mujer (don Eusebio Asquerino).		7	5
LA SOCIEDAD geográfica de Madrid y el doctor Lenz (don Manuel Foronda).		7	13
EL PORVENIR de la agricultura española (don Fernando Corradi).		10	5
LA EDUCACION del pueblo (don Eusebio Asquerino).		20	6

BIOGRAFIA		Núms.	Págs.
FISONOMIA de un gran pintor: Nicasio Keisser (don Héctor F. Varela).			
I.		3	3
II.		4	9
EL FUTURO gobernador de Buenos Aires, doctor Dardo Rocha (don Héctor F. Varela).		6	3
EL PRESIDENTE de la República Argentina, Julio A. Roca (don Héctor F. Varela).			
I.		8	2
II.		10	7
EMILIO de Girardin (don Emilio Castelar).		9	8
D. MANUEL Carpio (don Bernardo Couto).		14	7
BERNARDO de Paling (don Eugenio de Olaverria y Huarte).		16	13
EL BARON de Humboldt (don Joaquín Olmedilla Puig).		18	6
HOCHÉ (don P. Ruiz Albistur).		24	8

NECROLOGIA		Núms.	Págs.
EDUARDO Asquerino (don Miguel Moya).		19	1
ORTEGO (don Ricardo Becerra de Bengoa).		21	8

FILOSOFIA Y LEGISLACION		Núms.	Págs.
LAS IDEAS sobre la muerte y el mal en el pasado (don Alfredo Opisso).			
I.		3	11
II.		4	10

CAIDA del hombre y su rehabilitacion (don Juan Estéban Zamorra).		8	3
LA PEOR prostitucion (don Manuel Prieto y Prieto).		14	14
LA SOCIEDAD civilizándose en sus castigos (don Tristan Medina).		18	2
ESTUDIOS MORALES (don Lúcio V. Mansilla).		20	7

CIENCIAS Y ARTES		Núms.	Págs.
LAS CATACUMBAS de Roma (don Rafael Fernandez Neda).		1	10
EL ARTE cristiano (don Eusebio Asquerino).		2	4
LA CATEDRAL de Toledo (don Emilio Castelar).		3	7
DE LA conservacion de la energía en el mundo material (don José Echegaray).			
I.		4	6
II.		5	5
EL ARTE y la libertad en Grecia (don Eusebio Asquerino).		4	8
PERICLES (don Eusebio Asquerino).		5	4
TOLEDO (don Emilio Castelar).		6	9
DE LA locura y su tratamiento (don J. M. Esquerdo).		8	11
A ORILLAS del Mediterráneo (don Emilio Castelar).		11	12
EL COMETA (Mr. Camilo Flammarion).		13	12
EL JOR JAL de los sábios (don Luis Simarro).		15	5
INFLUENCIA de las ciencias naturales en la civilizacion (don J. Gomez de la Mata).		15	8
UNA REVOLUCION geográfica (don Pedro Arnó).		16	9
CIENCIA y arte (don Antonio Arruti).			
I.		17	11
II.		18	11
III.		19	2
IV.		20	3
V.		21	3
VI.		22	2
VII.		23	2
VIII.		24	2
CONFLICTOS entre la ciencia y la religion (don Manuel Murillo).		18	5
EL CAMINO y el túnel del Simplon (don Ricardo Becerra de Bengoa).		19	5
UTILIDAD de la botánica (don Francisco A. Zea).		20	5
IDEA general de la vida en el Universo (don José Rodríguez Mourelto).		22	6
LA MUSICA (don Juan José Molina).		23	6
CONCEPTO actual del Cosmos (don José Rodríguez Mourelto).		23	8
I.		24	6
II.		24	6
ESPIRITU griego y romano (don Eusebio Asquerino).		24	5

VIAJES		Núms.	Págs.
LAS CATACUMBAS de Roma (don Rafael Fernandez Neda).		1	10
ESCURSIONES de invierno: Niza y Mónaco (don Ricardo Becerra de Bengoa).		4	12
RECUERDOS de la patria del poeta Coleridge (don Tristan Medina).			
I.		8	9
II.		9	10
EL MEDITERRANEO (don Emilio Castelar).		8	12
A ORILLAS del Mediterráneo (don Emilio Castelar).		11	12
LA TIERRA del Fuego y sus habitantes (don Ramon Lista).		16	7
Mr. ANTOINE d'Abbadie (don Ricardo Becerra de Bengoa).		18	10
EL CAMINO y el túnel del Simplon (don Ricardo Becerra de Bengoa).		19	5
CURACAO (don Luis M. Restrepo).		21	8
EL SIGU (don Lúcio V. Mansilla).		21	11
EN CHATA (don Lúcio V. Mansilla).		22	10

CRITICA LITERARIA		Núms.	Págs.
ELENA, considerada como símbolo del arte clásico (don Emilio Castelar).			
I.		1	8
II.		2	8
EL CANTOR del amor y épico Godofredo de Strasburgo (don Juan Fastenrath).		2	7
EL BARDO y caballero del Tirol Oswald de Walsenstein (don Juan Fastenrath).		5	7
EL FORO y su elocuencia en Francia (don Federico Melchor y Lamourette).		5	9
EL GRAN épico y lírico Wolfran de Eschenbach (don Juan Fastenrath).		6	8
EL NOVELISTA y autor dramático Gustavo Freitag (don Juan Fastenrath).		7	9
POETAS arábigo-almerienses (don Antonio M. Duimovich).			
I.		5	11
II.		7	10

	Núms.	Págs.
BERNIBER, estudio por el Sr. D. Antonio M. Fabiá (don Enrique Ucelay).	8	12
SOBRE canciones populares (don Antonio M. Duimovich).	9	7
UN GENIO de la literatura (don Antonio de Lara).	9	13
CERVANTES y Calderon (don Tristan Medina).	10	3
EL PESIMISMO de Leopardi (don Antonio Ledesma Fernandez).	11	11
VERDADES poéticas, por D. Melchor Palau (don Alfredo Opisso).	10	15
OJEADA á varias comedias de Calderon, (don Antonio M. Doimovich).	11	6
ESCRITORES americanos: Eduardo Gutierrez (don P. M. Navarrete).	12	10
LAS CIENCIAS positivas en Calderon de la Barca (don José Grinda).		
I.	12	10
II.	13	7
III.	14	10
IV.	15	10
V.	16	11
LA LITERATURA rusa (don Eusebio Asquerino).	13	9
LA LITERATURA ibérica (don Luis Vidart).	15	2
LITERATURA anglo-americana: Emerson (don Nestor Ponca de Leon).	17	9
POETAS americanos (don Héctor F. Varela).	18	13
ESTUDIOS de poesía popular: La poesía popular en Rumania (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	19	8
SAPHO ante la crítica alemana moderna (don José M. de Retes).	19	10
UN POETA argentino (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	20	12
ESPAÑA y América: Juegos Florales (don M. P. de Navarrete).	22	7
PROYECTOS de leyendas para el siglo XX (don P. Ruiz Alquistur).	22	12
UNA VISITA á Zola (don Lucio V. Mansilla).	22	10

#### NOVELAS Y ARTICULOS RECREATIVOS

EL AMOR que mata (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	1	14
LA FANTASMA (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	2	14
EL CIPRES de la Sultana (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	3	12
IMPRESIONES de Carnaval (don Manuel Reina).	4	12
LA CRUZ de San Fernando (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	4	14
LA CONQUISTA de Aurelia (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	5	13
LA CAUTIVA de Martos (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	6	13
LA FUENTE del cura (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	7	13
LA PETENERA (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	8	14
APUNTES para un libro de fiestas y costumbres populares: La Virgen del Valle (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	9	12
EL TIEMPO (don Demetrio Viana).	9	14
LA DEVOCION de la Cruz (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	10	10
UNA BOTELLA de Brandy y otra de Ginebra (don Juan de D. Restrepo).	11	10

EN TREN correo (don Ricardo Sepúlveda).	11	14
EL GALLO considerado bajo su aspecto social (don Manuel Uribe).	12	7
COSTUMBRES limeñas: La tapada (don Arcenio Escobar).	12	13
UN RECUERDO de la Malibrán (don Ignacio Gomez).	12	14
VANIDAD y envidia (don Manuel Antonio Hernandez).	13	10
SECUESTRO de dos súbditos ingleses (don Julian Zugasti).		
I.	13	13
II.	14	14
III.	15	14
IV.	16	14
V.	17	13
EL MURCIÉLAGO (don Camilo A. Echevarri).	14	13
TEMPLADO por el Trisagio (don Hermenegildo Botero).	15	13
LA CARIDAD (doña Enriqueta Varea de Alvarran).	16	10
LA PROVIDENCIA negra (don Eugenio Olavarria y Huarte).	18	13
PARRAFOS sueltos (X).	19	12
LA HUERTA del tío Martin (don Julian Zugasti).		
I.	19	12
II.	20	14
III.	21	13
IV.	22	13
V.	23	13
VI.	24	13
UN RAMO de pensamientos (don Eduardo Villa).	20	10
MISS GANDA (don Eduardo Villa).	21	6
LA NIEBLA (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	21	10
LA BARCA misteriosa (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	23	10
UN AÑO, alegoría (don Miguel Moya).	24	1

#### POESÍA

LA NOCHE (don José Selgas).	1	13
EL PATIO andaluz (don Manuel Reina).	1	13
LA CRUZ de piedra (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	1	14
ORLANDO furioso (canto XXIX) (El conde de Chestre).	2	9
EL CANTO del poeta (don Manuel Reina).	3	15
LA VOZ del siglo (don Eusebio Blasco).	3	15
DOLORA (don C. Rodríguez Pinilla).	3	15
EN VARIOS albums (don Ramon de Campoamor).	3	15
¡SIEMPRE! (don José Selgas).	3	15
LA RISA (don S. Rueda).	3	15
FRAGMENTOS (don Antonio Garcia Gutierrez).	3	15
LA CONCIENCIA (don José Mompou).	3	15
HISTORIA eterna (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	3	15
LA POLILLA (don Mariano Ramiro).	5	15
EN UN ALBUM (don Ramon de Campoamor).	5	15
AL TRABAJO (don Benito Mas y Prats).	5	15
LANCES de honor (don Pedro Maria Barrera).	5	15
LA FELICIDAD (don José Selgas).	5	15
LA CONSULTA (don J. R. Gallinar).	7	15
¡CHIST! (don José Selgas).	7	15
MODUS vivendi (don Eusebio Blasco).	7	15

AL ANGEL de mis amores (don Cándido Rodríguez Pinilla).	7	15
SIEMPRE dudando (don Luis Vidart).	9	15
EL PECADO original (don Mariano Ramiro).	9	15
LA CARTUJA (don Eusebio Blasco).	9	15
EL BIEN (don José Selgas).	9	15
EL BRILLANTE y el gusano de luz (don Ramiro Blanco).	9	15
A LA PATRIA (don Manuel Reina).	9	15
A CALDERON (don Marcos Zapata).	10	15
MARIA Chacon (don Mariano Ramiro).	11	13
LA FE; la Esperanza; la Caridad (don José Selgas).	11	14
CUENTO (don P. Langley).	11	14
EN MAYO (don Manuel Reina).	11	14
LA AMISTAD: Trenodia (don Tristan Medina).	12	15
A CALDERON en el segundo centenario de su muerte (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	12	15
LA REDENCION (don Plácido Langley).	12	15
AL MARQUES viudo de Medina, en la muerte de su esposa (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	13	15
BALADA (don Manuel Reina).	13	15
LAS GRANDES dudas (don Luis Vidart).	13	15
A LA MUERTE del inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera (don C. Rodríguez Pinilla).	13	15
TU ALMA (don José Selgas).	13	15
NOSTALGIA (don Plácido Langley).	13	15
ELEGIA (don Enrique Frezas).	17	15
EL VINO extranjero (don Manuel Reina).	17	15
TRES DONES (don José Selgas).	17	15
LA MUSICA (don Ricardo Sepúlveda).	17	15
EPÍGRAMAS (don Tristan Medina).	17	15
LA AUSENCIA (don Plácido Langley).	17	15
EL ENTIERRO (don S. Rueda).	17	15
COMEDIA (don José María Alcalde).	17	15
CREPUSCULO (don Eugenio de Olavarria y Huarte).	17	15
PREDICAR en desierto (don Luis Vidart).	19	15
Á UNA mujer (don Narciso Diaz Escobar).	19	15
IN PRINCIPIO (don J. J. Jimenez Delgado).	19	15
LUX et Tenebris (don Mariano Ramiro).	19	15
EL INSECTO y la estrella (don Manuel Reina).	19	15
TU Y YO (don José Selgas).	19	15
LA CARIDAD (don Ricardo Sepúlveda).	19	15
EL PRIMER BESO (don Plácido Langley).	19	15
SONETOS (don Tristan Medina).	19	15
ESPERANZA (don Plácido Langley).	20	13
LA MUJER (don Mariano Ramiro).	23	12
LA VIDA (don José Selgas).	23	13

#### REVISTAS Y ARTICULOS DE ACTUALIDAD

VEINTE y tres revistas generales (don Miguel Moya).

(Estas revistas empiezan en la primera hoja de cada uno de los números de que consta este tomo.)

MULTITUD de artículos de todas dimensiones y materias sobre asuntos y sucesos de inmediato interés. (Varios autores.)

(Estos artículos se encuentran diseminados por todo el cuerpo del tomo.)

FIN DEL TOMO XXII

